



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA.

FUNDADOR Y PROPIETARIO.—D. EDUARDO ASQUERINO.

PRECIOS DE SUSCRICION: En ESPAÑA, 24 rs. trimestre, 96 adelantado.—En el EXTRANJERO, 40 francos al año, suscribiéndose directamente; si no, 60.—En ULTRAMAR, 12 pesos fuertes.

ANUNCIOS EN ESPAÑA: medio real línea.—COMUNICADOS: 20 rs. en adelante por cada línea.—REDACCION Y ADMINISTRACION: Madrid, calle de Florida Blanca, núm. 5.

Los anuncios se justifican en letra de 7 puntos y sobre cinco columnas.—Los reclamos y remitidos en letra de 8 puntos y cuatro columnas.—Para mas pormenores véase la última plana.

COLABORADORES: Señores. Amador de los Ríos, Alarcon, Arce, Sra. Avellaneda, Sres. Asquerino, Auñón (Marqués de), Alvarez (Miguel de los Santos), Ayala, Alonso (J. B.), Araquistain, Alberto de Quintana, Becquer, Benavides, Bueno, Borao, Bona, Breton de los Herreros, Campoamor, Camus, Canalejas, Cañete, Castelar, Castro y Blanc, Cánovas del Castillo, Castro y Serrano, Conde de Pozos Dulces, Colmeiro, Correa, Cueto, Sra. Coronado, Sres. Dacarrete, Eguilaz, Escosura, Estrella, Fernandez Cuesta, Ferrer del Río, Figuerola, A. Pita, Figueroa (Augusto Suarez de), Forteza, Félix Piñueta, Garcia Gutierrez, Gayangos, Graells, Harzenbusch, Janer, Jo é Feliu, José Joaquín Ribó, Lopez Garcia, Larra, Larrañaga, Lasala, Lorenzana, Lorente, Labaila (D. Jacinto), Madoz, Mata, Mañé y Flaquer, Montesino, Molins (Marqués de), Motos, Moya (F. J.), Ochoa, Olavarria, Olózaga, Palacio, Pasaron y Lastra, Pí Margall, Poej, Reinoso, Retes, Ribot y Fontseré, Rafael Blasco, Ríos y Rosas, Rivera, Rivero, Romero Ortiz, Rodríguez, Ros de Olano, Rossell, Ruiz Aguilera, Rodríguez (Gabriel), Selgas, Sanz, Segovia, Salvador de Salvador, Salmeron, Serrano Alcázar, Sanmartín y Aguirre (D. José F.), Teodoro Lorente, Trueba, Torres Mena (D. J.), Varela, Valera, Vicente Boix, Wilson (la baronesa de).

SUMARIO.

Revista general, por F.—El partido progresista-democrático, por XX.—Proceso de la Commune de París.—Lo que pasa en Filipinas, por X.—Canal marítimo de Suez.—Los checos y la monarquía austro-húngara, por D. Ladislao del Corral.—La cueca, por D. Manuel del Palaci.—La serrana de la Vera, por D. V. Berrate.—Drama marítimo.—El comercio en Trípoli.—La educación superior de la mujer en Inglaterra (de A. Tines).—Ultimos días y ejecución de Russel, Ferré y Hourgeois en Satory.—Naufragio del Conarías.—Discurso del rey Víctor Manuel, en la apertura del Parlamento italiano.—Pláticas agrícolas, por D. Mañé Casado.—El suicidio de Girgenti.—Toc... Toc... Toc. Estudio por Ivan Tourgueneff.—Poesías alemanas. Cantares de Enrique Heine, por D. Jaime Clark.—Anuncios.

LA AMÉRICA.

MADRID 13 DE DICIEMBRE DE 1871.

REVISTA GENERAL.

Con el último aliento de los derechos humanos han concluido las elecciones municipales, y con las elecciones municipales ha concluido el proceso del Gobierno.

No era posible imaginar ni más reñida batalla, ni más formidable protesta contra la existencia en el poder de esos tiranuelos, cuya invasión y correrías se van prolongando más de lo conveniente para la revolución que les ha dado origen, para las instituciones que les dan amparo, y para el país obligado a tolerarlos; que todos reciben notorio quebranto cuando caen en ineptas manos ó asisten á sucesos de tan oscuro carácter y tan tenebrosos colores.

El Gobierno quería ganar las elecciones: necesitaba ganarlas, aunque debiera comprometer su nombre, descubrirse el rostro, publicar su secreto, dejar odiosa memoria de su vida en los fastos de nuestra política, abandonar las libertades individuales, sagrado escudo de la conciencia, á las iras de la autoridad gubernativa, y exponer la monarquía, sereno regulador de las necesidades públicas, á la irreverente censura de muchedumbres encolerizadas.

Las elecciones municipales, como toda consulta y todo acto que da á los pueblos ocasión para congregarse y fallar sobre la gestión de sus propios negocios, tienen notable solemnidad, grandísima importancia. Libranse siempre en ellas reñidos combates, y en estos combates con que la civilización ha reemplazado los del hierro y el fuego, se ventila siempre el interés de una numerosa familia; la familia que en otros tiempos se agrupaba bajo el pórtico del místico templo, ó á los pies del duro castillo, con el alma puesta en perpétua ascension hasta el cielo y la materia encadenada al terruño; la familia que en los tiempos corrientes, para

dicha nuestra fabricados por la mano de Dios, bulle dentro de la escuela y se aposenta en torno del taller; dueña de su cuerpo y de su espíritu; consagrada á los honrosos ejercicios de la paz; divertida por alegres y varoniles cantos que llenan el ánimo de placeres, cual lo bañaba en negras congojas la invariable salmodia de la Iglesia; empujada por la esperanza hácia deslumbradores ideales; libre de clases que sustituyan los lazos de la fraternidad con los títulos del señorio; redimida de esclavitudes que conviertan en noches de aterradora lobreguez los días mejores de la vida, y truequen en estrecha cárcel los anchos horizontes.

Pero puesta á un lado esa importancia que debe en muy buena parte al sufragio universal, quédale al municipio español una gran representación histórica y una gran misión revolucionaria.

No se puede estudiar nuestra epopeya de la Reconquista sin hallar á cada paso mil pruebas de esta verdad. Lo que más admira en aquella tremenda lucha de siete siglos, durante los cuales peleamos sin desmayo por arrancar nuestros hogares á la invasión musulmana, por apartar nuestra conciencia de la falsa fe, y mucho tambien por la libertad de todos los pueblos europeos, no es ciertamente la constancia de los reyes, no la fiera de los nobles, sino el heroísmo de aquellos villanos que combatían en la vanguardia bajo la enseña del municipio, contra el furor indiscriminado de los árabes, como más adelante, y bajo los pliegues de la bandera nacional, debían oponer sus inerme pechos á la espada de grandes capitanes, y reconstruir tres veces, pedazo por pedazo, la mutilada patria.

Ni es posible tampoco pensar en la revolución, en la reconquista de nuestras libertades, sin conocer que por su carácter y por sus prendas históricas, las instituciones municipales, que ampararon al pueblo en la lucha con los señores y con el trono; las instituciones municipales, tan fuertes y tan arraigadas en el suelo español, que no pudieron arrancárselas ni destruirlas por completo los reyes de la maldiciada dinastía austriaca, deben ser el primer cimiento de aquella obra.

Pero no es esto lo que el Gobierno ha visto en la ya pasada contienda electoral. ¿Qué le importaban á él las glorias nacionales, si las ha escarnecido en la persona de sus representantes? ¿Qué le importaban los destinos de la revolución, si los ha extraviado con su torpeza y los ha falsificado con su hipocresía? ¿Qué le importaban los intereses populares si los ha herido con aleve mano, poniéndolos á merced de codiciosos sastrapas ó de improvisadas corporaciones? ¿Qué le importaban los fueros de la jus-

ticia, si los ha invadido y atropellado, arrojando á los pies del último agente gubernativo la sagrada vestidura del magistrado?

Queréis vencer á todo trance. ¿Y sabéis por qué? Porque en esta ocasión, las elecciones municipales tenían un marcado carácter plebiscitario.

Apelábase al país; en circunstancias bien extraordinarias y solemnes. Suspensas las sesiones de las Cortes; muda y sellada por el real mandato la tribuna, condenada por el voto de los representantes la conducta del ministerio, los representados iban á fallar indirectamente sobre este conflicto, ora autorizando la intriga, ora confirmando la protesta.

Para conservar la confianza de la corona, necesitaba el Gobierno presentarle una larga lista de ayuntamientos adictos á su política; y para cubrir esta lista, no teniendo simpatías ni fuerza alguna en la opinion, era preciso, por toda suerte de procedimientos, dejar en absoluta soledad los comicios, llenar con votos supuestos las urnas, cohibir á los ciudadanos; aprisionarlos cuando las coacciones no bastaran á doblar sus ánimos, y ganar en lujo de arbitrariedades y de insolencia, ¿cosa difícil y brava! á los gobernantes del antiguo régimen.

Y por cierto que no le faltaban al ministerio agentes dispuestos á ello.

Cual si hubiera escuchado los consejos que el sábio y venerable Franklin daba á los ministros ingleses para que convirtieran en pequeño un grande Estado, habia puesto las provincias bajo la encomienda de torpes subalternos, facultados para que, á pretexto de tranquilidad pública y seguridad social, hicieran prisiones y decretaran destierros; habia publicado que quien contradijere ó dejare de venerar estas providencias era un perturbador ó un sospechoso; contaba con funcionarios dispuestos á provocar desórdenes ó revueltas y con tropas que las reprimiesen á balazos, para llegar, así como el marido que por sospechas maltrata á su mujer, á convertir las sospechas en realidades.

Bien ha cumplido con aquellas advertencias. No ha nombrado gobernadores que pudieran estudiar el interés público y promover su prosperidad, para que no se creyese que el Gobierno la deseaba. Los ha nombrado entre gentes que, no teniendo educación ni patrimonio, quisieran adquirirlo con poco trabajo, para que irriten con su rapacidad y grosería. Hadejado los procedimientos á cargo de la prudencia y celo de sus agentes subalternos, para ostentar grande poderío y destruir la ilusión de las leyes.

Calcúlese qué larga cuenta de agravios podrá formar el cuerpo electoral; calcúlese qué inmenso número de heridas habrán recibido las libertades indi-

viduales; calcúlese cuántas voces habrán levantado la prensa para condenar estas demasías, y cuántas protestas habrán salido de las urnas contra la existencia del Gabinete.

En la provincia de Málaga se ha perseguido y encarcelado á los ciudadanos, sin temor á las iras de la ley. En la provincia de Cádiz se ha excluido de los padrones y listas electorales á todos los votantes de oposicion. En Sevilla, en Orense, en Murcia, en Toledo, en Valencia, todo ha caído bajo la tiranía del Gobierno; personas, periódicos, reuniones.

En la capital de la monarquía, donde por la vigilancia de la prensa y la mayor fuerza de los partidos, hubiera sido harto escandaloso y de poco provecho el apelar á estos medios, se han empleado la seducción y los halagos.

Sábese otro tanto de muchos parajes: uno solo en toda España se ha visto libre de aquellas groseras violencias, acaso por que su gobernador, afamado violentista, mientras los gobernados resolvían los problemas de la política, se abandonaba con artístico abandono á los placeres de la música.

Mas no han valido tales artes para aumentar el número de los amigos, ni para quebrar la entereza de los adversarios.

Madrid, residencia del Gobierno, ha elegido un ayuntamiento de oposicion compuesto por siete republicanos y cuarenta y tres individuos del partido democrático, á cuyo frente se encuentran los hombres del ministerio de Julio.

Granada, Córdoba, Orense, Jaen, Badajoz, Castellon, Soria, Huelva, Huesca, Valencia, Teruel, con otras populosas capitales; Barbastro, Mérida, Ubeda, La Carolina, Moron, Segorbe, con otras muchas ciudades, ricas por la feracidad del suelo, ó por lo raro de sus industrias, han entregado sus intereses y sus negocios á los hombres del partido republicano.

Guadalajara, Segovia, Albacete, Valladolid, Santander, Salamanca, Burgos, Pontevedra y otras más, á semejanza de Madrid, han tributado justo homenaje á la desgracia, y prestado entera sanción á la política radical, escogiendo sus diputados municipales entre los amigos del ministerio Ruiz Zorrilla. Lorca, San Sebastián, Tarrasa, Sagunto, Toro, Astorga, Almadén, Gijona, Villarrobledo, Almagro, Aranjuez, Osuna, han imitado el proceder de aquellas capitales, como gran número de villas y ciudades, cuyos nombres no puede retener la memoria.

En algunas provincias, bien contadas por cierto, han triunfado los absolutistas. En otras, cual Zaragoza y Barcelona, no puede ningun partido atribuirse la victoria, pero menos el Gobierno, cuyos amigos se encuentran en minoría.

Solamente en Cádiz, Málaga, Sevilla y alguna otra localidad, han conseguido

69

las violencias lo que jamás hubiera logrado el Gabinete, ni aun contando, y si ha contado, con el apoyo de las fracciones conservadoras.

Pero el mismo nombre de esas tres ricas y populosas ciudades, engarzado á la corona que la prensa ministerial ha puesto sobre las sienes del Gobierno, el nombre de Sevilla, que proclamó los derechos individuales antes que ninguna otra capital de España; los nombres de Cádiz y Málaga, que han consagrado al ideal republicano la sangre de sus hijos, prueban hasta qué punto se habrá esforzado la arbitrariedad, hasta qué extremo habrá llegado la grosera corrupción de las prácticas gubernamentales, en qué olvido están las leyes, y en qué profundos abismos ha caído el espíritu de nuestra última revolución.

F.

EL PARTIDO PROGRESISTA-DEMOCRÁTICO.

I.

Nunca ocasion tan propicia como esta para dilucidar cuestiones de dogma, tratándose, rota la conciliación, de deslindar los campos y formar los dos grandes partidos constitucionales, progresivo y conservador, que deben turnar pacíficamente en el poder, una vez normalizada la revolución y planteadas en toda su integridad las grandes reformas, las inapreciables conquistas de la gloriosa regeneración de Setiembre. Según las circunstancias lo exijan y las necesidades del momento, los dos grandes partidos, monárquicos y dinásticos, entrarán á ocupar el poder, no por la mera satisfacción de gozar de sus delicias, si el poder las tiene, sino para atender á las exigencias públicas, y satisfacer la opinión del país, siempre dentro de su dogma político y gobernando única y exclusivamente con sus fundamentales principios.

Mistificaciones ingeniosas, habilidades añejas, conciliaciones de ideas de todo punto imposibles, argüirían solamente ambición de mando, y no podrían responder nunca á lo que de los partidos políticos, la sinceridad y el cumplimiento de su deber exigen. Hoy no hay, ni habrá para ventura de España, necesidad de una unión liberal que armonice tendencias populares con instituciones altísimas, ni que intente atraer á legalidades estrechas, partidos nobles y sistemáticamente desheredados, y no comprendemos dentro de la monarquía otros partidos que los dos grandes y respetables á que en el comienzo aludimos. Cualquier otra aspiración es inoportuna, por impropia, y de todo punto inútil.

Frente á frente los dos partidos, no enemigos, sino adversarios, ni vencedores, ni vencidos, sinceramente constitucionales y sinceramente monárquicos, partiendo siempre de una legalidad común, la Constitución democrática del 69, y con un interés general, el del afianzamiento y consolidación de la libertad, y el afianzamiento y consolidación de la dinastía, únicamente los principios y los procedimientos empleados para su desarrollo y práctica, deben diferenciarlos sustancial y necesariamente.

Los derechos naturales, anteriores y superiores á toda soberanía, por cuanto son inherentes á la naturaleza del hombre, y por tales, ilegales por la soberanía nacional, como origen de todo poder; el sufragio universal, como el único procedimiento legítimo de la soberanía; y la monarquía democrática, como forma del poder, son los principios, las ideas, la aspiración racional y científica del popular y nobilísimo partido progresista-democrático.

El hombre, como hombre, independiente de todo poder, sin sujeción á ley alguna escrita, sin obediencia á tradición alguna, ni á inveterada costumbre, piensa, siente, quiere; conoce, compara, juzga; en una palabra, vive.

En un orden relativo, es como Dios, infinito; es como Dios, absoluto; se posee á sí propio, tiene la conciencia de su propio ser, y ejercita, por lo tanto, sobre toda soberanía, y de toda soberanía á despecho, esos derechos inherentes á su naturaleza y que existen por sí, reconocidos ó no la ley; que en el orden religioso, en el intelectual y en el social, relativamente á la vida pública, constituyen esas sacrosantas libertades, á las

que no ha de tocarse sin blasfemar de Dios, por que al querer restringirlas, se ofende al Sér Supremo, violentando al creado á su imagen y semejanza. Los derechos naturales son venerandos emblemas de la Divinidad, que, á semejanza de las sagradas reliquias encerradas en el arca santa, sér alguno puede tocarlas, ni aun para defenderlas, sin peligro de muerte.

¿Qué ley puede limitar el pensamiento? ¿Qué ley puede atajar la razón, si los horizontes del infinito sirven de inmenso espacio donde tiende sus hermosas alas? La ciencia, el amor á Dios, la enseñanza, nacida de la santa conciencia, y fortalecida por la convicción, la asociación como medio de sociabilidad, son por su naturaleza libres manifestaciones que en sí propias contienen sus límites.

Reconocidos los derechos naturales, explicada su esencia, claramente se comprende que todo cuanto se diga acerca de la posibilidad de legislarlos, es atacar su propia naturaleza. Se ataca la esencia de los derechos naturales en el momento en que son legislados. Se les desconoce, se les falsea, y al falsearlos y desconocerlos, se ataca al hombre, en quien viven, en quien son sustancialmente, y se cae en la más absurda tiranía. Y cuenta cuando se dice doctrinariamente, no son los derechos naturales legíslables, sino únicamente su ejercicio. Y ¿qué diferencia sustancial existe entre el derecho y su ejercicio? ¿Pues qué el ejercicio es otra cosa que el derecho manifestándose, expresándose mediante forma externa? ¿Y al deber minarse, pierde acaso su carácter, pierde por ventura su naturaleza, resulta disconforme consigo propio?

Mas la sutileza de la argumentación no para aquí: cuando los doctrinarios se empeñan en defender errores teóricos, no se dan punto de reposo, y con hipótesis, distingos, circualoquios y sofismas, caminan derechamente á sustentar como eminentemente liberales, soluciones que minan por su base todo el magnífico edificio de las conquistas revolucionarias, y demostrado su despropósito científico, tratan de salvar la reacción, diciendo que en el ejercicio de los derechos, se pueden cometer abusos, y que á impedirlos se debe limitar la ley, y solamente para que no se desvirtúe ó ofenda la libertad, han de dictarse reglas preventivas y de ninguna manera atentatorias.

¿Mas si el derecho, en cuanto lo es, no imposibilita otro derecho, sino hay derecho contra derecho, si en el momento en que el ejercicio de un derecho natural pugna contra otro, ya deja de serlo, para convertirse ó en un delito ó en una falta, á qué, pues, conducen prevenciones y prudencias que si no amparan la libertad, fomentan en alto grado la arbitrariedad de los poderes constituidos?

O los derechos son naturales y sustanciales en el hombre, y entonces ellos por sí mismos están regulados, y el Código penal que define los delitos y las faltas basta y sobra para castigar á los que con motivo del ejercicio de aquellos los cometen, y en ellos incurran ó los derechos nacen de la ley, á su espíritu y letra se atemperan, y no alcanzan otra esfera, ni pueden girar en órbita más dilatada que la que marque la legislación general de un país.

Uno de estos extremos es el que debe seguirse; todo lo que sea pretender explicar reacciones infundadas por amalgamas de principios incompatibles, será una verdadera superchería.

Haya franqueza, discútase de buena fe, y no se pretenda velar las intenciones con fórmulas convencionales, que no pueden engañar sino á los incautos.

No hay excesos, no hay ejercicios atentatorios, no hay prácticas abusivas por los que sea de necesidad absoluta la limitación de lo que es absoluto; no hay sino el derecho que en su propia naturaleza contiene todo deber, sin necesidad de que la ley lo señale, y la falta ó el crimen cuya penalidad se consigna en el Código.

Y no es esto negar la necesidad absoluta de la sociedad para el hombre, que es como para el ave el aire, lo que el agua para el pez, elemento de vida, condición indispensable de existencia, ni se ha de seguir con torcida interpretación científica que los deberes que dentro de ella esté obligado á cumplir, limiten sus naturales derechos, porque tanto valdría

resucitar los absurdos errores del pacto de Rousseau, del que decía con admirable gracia Voltaire: «Ma hace envidiar á los animales.»

No: el impueste no ataca á la propiedad; la obligación de defender la patria no ataca á la vida; deberes son sagrados que el ciudadano cumple por satisfacer las exigencias de la honra, y en justo pago de la grandes ventajas que la sociedad le reporta, entre las que se cuenta la eficaz garantía prestada por las leyes á sus naturales derechos. Pensar, argumentar de tan singular manera, no dice mucho en pró del conocimiento científico de quien tales armas emplea, sobre lo que la sociedad sea, y sobre lo que en ella el hombre significa.

El hombre se levanta, por la razón de lo que es, á lo que debe ser; de lo finito, á lo infinito; de la tierra, al cielo; conoce el hecho, y busca la causa; analiza los seres é investiga sus relaciones; huella los horizontes infinitos, y se extasia en la contemplación de lo absoluto, y por esfuerzo poderosísimo de su divina esencia abarca todas las armonías, concilia todas las antinomias y une en la comunión mística de las ideas todas las almas alejadas de su centro y perdidas en los errores de la ambición ó el odio.

El hombre, llevado de su ansia voraz de saber, abre el libro de la ciencia, escudriña la verdad que en sus páginas eternas ha consignado la inteligencia de todos los tiempos y de los países todos; medita, compara, juzga, y libre como el alma donde su pensamiento tiene misterioso asilo, deduce consecuencias, sienta teorías y lanza al viento de la publicidad la alta idea engendrada en el laboratorio sublime de su cerebro, y parte con sus semejantes su propia vida, y abre á la luz los secretos y las convicciones de su conciencia.

El hombre no se basta; en sí mismo no encuentra la satisfacción de sus anhelos; su alma ansia perderse en el perfume de otra alma; su pensamiento, completarse en otro pensamiento; su corazón, enlazarse eternamente con otro corazón: el hombre ama, en otro sér busca la calma de la conciencia, la intimidad del sentimiento, la pureza de las ilusiones, la felicidad de la existencia, y levanta el hogar, santuario de inefables venturas, y dicta su propio ser, en la santidad de la familia.

Pero el hombre que razona, que estudia, que ama, tiene una voluntad que le impulsa al movimiento, á la acción; y sus labios se abren y pronuncian la palabra de vida, y su mano esculpe en el libro de la verdad las grandezas de la idea, y la necesidad le obliga á buscar á sus semejantes, y á aliarse con ellos, y á formar una nueva familia, cobijada bajo un alto pensamiento, y dirigida á el logro de un fin preconcebido.

Limitad su razón; no dejéis horizonte al pensamiento; alejadle del hogar sagrado; poned la sacrilega mano en el altar de la conciencia; echad cadenas sobre su voluntad poderosa, y entonces habréis herido de muerte al hombre, y blasfemado de su creador.

El hombre no puede vivir fuera de la sociedad; no se le concibe solo, aislado, errante, sin la luz de la idea en la mente; sin el iris del sentimiento en el alma. La sociedad para el hombre es más que una necesidad; es el aire, es la luz, es la vida. La sociedad le ampara, le defiende, le reintegra en sus derechos, sin amputar sus miembros, sin contradecir las leyes de su naturaleza, como el doctrinarismo pretende. La vida del hombre, es la vida del derecho; por eso la forma más alta de la vida social, el Estado, no es más que una realización del derecho.

Por esto, atentar al derecho, es atentar á la vida del hombre; limitar sus libertades, es coartar su voluntad, encadenar su inteligencia, intentar el imposible, de matar su alma.

Y no vale hablar de derechos sociales, por que en nada se oponen á los individuales. El hombre necesita vivir la vida del derecho: la sociedad es elemento de vida para el hombre; presentar como antinómicos extremos que son perfectamente armónicos, es un absurdo científico de la peor especie.

El derecho del hombre se determina por dos diversas libertades. Libertad del alma consciente; libertad de acción.

La ciencia es libre; perfectamente libre é ilimitado es el derecho que el hombre tiene de pensar y expresar su pensa-

miento: la tribuna, la prensa, la enseñanza, son libres, y por su ciencia no pueden ser sometidas á una legislación casuística y brutal, por absurdamente imposible.

La conciencia es libre: las convicciones son de la conciencia; la fe es de la conciencia; el amor de la conciencia. El amor de la religión es infinito; el amor de la religión es absolutamente libre. La religión es independiente del Estado; la conciencia está sobre todas las leyes escritas.

La voluntad es libre: de condenar la voluntad, se daría la más infame de las tiranías. Reconocer libre el pensamiento, reconocer libre la conciencia y negar á la voluntad su condición de existencia, sería condenar al sér racional al tremendo martirio, al dolor inmenso de vivir su voz, sin movimiento, aislado, con la luz de la idea en la mente, con la pasión en el alma, con el anhelo del bien en el corazón, y sin poder comunicar su idea, exhalar el perfume de su amor, saciar el misterioso deseo de su conciencia y completar su naturaleza, enlazando su espíritu en abrazo sublime con el espíritu de la humanidad. Sería el horrible tormento del que pudiendo extasiarse en la contemplación de la luz, de los colores, de los hermosos arbores del cielo, viese sumido en profundas tinieblas, teniendo conciencia de su aptitud y sin poder gozar de un hermoso rayo del astro del día.

No: la voluntad es libre: el hombre necesita de sus semejantes para realizar su destino, y la asociación para todos los fines de la vida es un derecho inconcuso de su existencia. La asociación contempla las fuerzas, eleva al caído, ampara al miserable, equipara al desheredado con el poderoso, y á la igualdad sustantiva añade la igualdad condicional.

El derecho, coercitivo por naturaleza, la moral, por naturaleza, libre y afectiva; aquel expresándose por leyes, ésta por preceptos; imponiéndose el uno; la otra, apoderándose de la conciencia, son los límites naturales, infranqueables, únicos de la libertad. Los derechos humanos se fundan como todo derecho, como el derecho absoluto, en el bien y en sí mismos se contienen los naturales límites, sin que el capricho de un día ó la aparente necesidad de un momento sean bastantes para pretender levantar lindes que, como los altos malecones construidos para contener las aguas torrenciales, cederían, y serían arrastrados por las impetuosas corrientes de la idea.

Resumiendo: el hombre que piensa, tiene derecho á manifestar su pensamiento; el hombre que ama, tiene derecho á que su amor sea respetado; el hombre que quiere y que puede, tiene derecho á determinar su propio sér, por la acción inteligente y continuada; por eso la libertad de la conciencia y la libertad de asociación, en las que todas las demás se encierran, son anteriores y superiores á toda ley, porque como inherentes á la propia esencia del hombre, descienden de la más alta soberanía, y ostentan el sello de la divinidad. Nada puede afirmarse con mayor certeza: el hombre es libre, y su libertad está amparada por el derecho divino.

XX.

PROCESO DE LA COMMUNE DE PARÍS.

(Continuación.)

—P. ¿Visteis al acusado Ferré?

—R. No. El que ví era rubio y llevaba los bigotes retorcidos.

El testigo declara en seguida que vió al arzobispo de París, y que éste fué groseramente insultado por los guardias nacionales. Oyó que el arzobispo decía á los que le acusaban de no haber hecho nada: «He escrito á Versalles, pero no he tenido contestación. He sido siempre amante de la libertad, y si he de morir, moriré como honrado.»

El abogado Marchand.—Quisiera que el testigo declarase por qué causa estaba preso.

El testigo.—Estaba condenado á trece meses de prision por esta.

M. de Marcy, vicario de San Vicente de Paul, oyó únicamente decir el 27 de Mayo en la Roquette que el acusado Ferré estaba presente. El 24 el testigo se encontraba en la Roquette, y obtuvo el favor de cambiar su calabozo con el del arzobispo.

Monseñor el arzobispo de París sufría mucho en una celda menos cómoda y oreada que la que se dió al testigo.

Tuve el honor, añade el testigo, de ver á monseñor, el cual me declaró que se le había noticiado en cierto modo la suerte que le esperaba; pero para él, «así como el sitio del soldado es el campo de batalla, el del pastor debe ser al lado de su rebaño.» Vi también á M. Bonjean, ese hombre esclavo de la justicia y del trabajo.

Hablé con él dos horas enteras. Se le habían concedido cuarenta y ocho horas de libertad para ir á visitar á Mad. Bonjean, á quien llamaba con razón su santa compañera; por que yo la conozco y puedo atestiguarlo.

M. Bonjean, esclavo de su palabra y temiendo no poder volver en el plazo que se le había concedido, no usó del permiso que se le había dado. Se quedó, y ya sabeis lo sucedido. Cuando llamaron á los rehenes, M. Bonjean estaba en mangas de camisa. Preguntó si debía vestirse, y le contestaron bruscamente: «Bajad como esteis.» Comprendió entonces lo que significaba aquel llamamiento siniestro, y volviéndose hácia mí me dijo: «Decid á mi esposa que muero con su recuerdo en el corazón.» Bajó en seguida, y pocos momentos despues vi á los rehenes pasar por el camino de ronda conducidos al sitio de su ejecución.

El testigo cuenta seguidamente los hechos relativos á su salida de la Roquette y las circunstancias en que fué detenido y llevado á esa cárcel, de la que salió el sábado 27 á las cuatro de la tarde.

En este último día oyó decir que Ferré estaba instalado en la Roquette. Entonces vió por una puertecita que salía humo de un pabellon del Este. El fuego procedía de la casa de detencion.

A eso de las cuatro y cuarto abrieron-se las puertas; el testigo se presentó á una de las verjas para salir, cuando un guardia nacional de muy mala catadura amenazó con su bayoneta; pero aguardó una distraccion de éste para escapar y huir á toda prisa.

Se le disparó un tiro sin que se le alcanzara. Pasando por el boulevard del Príncipe Eugenio llegó á la calle de Charonne, en donde se le ofreció hospitalidad por un vigilante de Mazas, en casa del cual pasó la noche. Al día siguiente volvió á San Vicente de Paul.

Ferré.—¿Sabe el testigo si los federados armaron á los detenidos, si se armaron por sí mismos ó bajo qué orden?

El testigo.—Nada puedo decir, pues nada he oido sobre este particular. Tan solo por la mañana supe, porque así se decía, que por la noche debía haber incendio y francachela.

Fué detenido dos veces: una el domingo de Quasimodo, y despues el 18 de Mayo, día de la Ascension. Me detuvieron en la calle, pero nó como á clérigo, sino como una reflexion que yo creí muy exacta á propósito de la Guardia nacional.

Acababa de tener noticias del pillaje de la Trinidad; esto me sugirió una expresion mal sonante, por la que se me pidió una explicacion; y como no fuere del gusto de aquellos á quienes la daba, se me llevó á los guardias nacionales, que me trataron, sobre todo uno de ellos, con la mayor brutalidad.

Condujoseme despues en casa de un comisario de policia de la Commune, y despues de dos horas de estar allí fué llevado al depósito de la Prefectura, y luego despues á la Roquette.

M. Parny, de 53 años de edad, misionero en China, es llamado, y el presidente le pregunta si se hallaba el 27 de Mayo en la Roquette entre los rehenes.

El testigo hace la siguiente declaracion:

«Fué preso el 4 de Abril, al mismo tiempo que el arzobispo. Ignoraba el decreto de la Commune. Habia estado en la Biblioteca de Santa Genoveva; al salir fui preso y conducido á la Prefectura de policia.

Al principio se me aseguró llevarme allí á causa de no tener en aquel momento mi pasaporte. Permanecí diez dias en el depósito de la Prefectura, y despues fui traído á Mazas junto con 92 rehenes. Más tarde fué llevado á la cárcel de la Roquette, en el mismo coche en que iba monseñor el arzobispo.

He vivido 25 años en países salvajes

y nunca he visto atropello semejante. Nos pusieron en calabozos y al día siguiente nos permitieron salir al patio juntos. No nos habiamos visto desde nuestra permanencia en Mazas.

Teniamos el presentimiento de lo que debía suceder. Oí á un jefe de los comunales que decía á sus soldados: «Es preciso acabar con esos bandidos de Versailles.» Otro, en el momento de pasar por delante de mi calabozo, respondia: «Si, es preciso acabar con ellos.»

Oí llamar á los rehenes. Los que buscaban al arzobispo de París iban de calabozo en calabozo.

Presidente.—¿Visteis pasar el cortejo de los rehenes?

—R. Si, señor; vi pasar á las seis víctimas; se exortaban mutuamente al ir al suplicio. El Padre Allard, en especial, animaba á sus compañeros.

Oí el estruendo de los disparos sin poder darme cuenta del sitio donde habian sido fusilados. Aquel mismo día, viernes 25 de Mayo, caian las granadas en la cárcel. Un carcelero llamado Ramin vino á decirnos con rostro alegre, enseñándonos una lista: «Faltan 15; responded cuando os llamen.» Todos nos estremecimos de horror. Hicieron salir á diez eclesiásticos y cinco laicos. Habiendo preguntado uno de los Padres si debía ponerse el sombrero, le contestaron: «¡Oh! es inútil; es para ir tan solo á la escribanía.» No volvímos á ver á aquellos desgraciados.

El sábado 27 de Mayo reinaba grande agitacion en la cárcel. Vimos armas que algunos auxiliares recogian. Esto nos sorprendió. Nos dijeron que el ciudadano Ferré estaba en la cárcel. Yo nó le vi. ¿Venía á refugiarse ó á dar órdenes? Lo ignoro.

La cárcel se encontró libre, y el carcelero de nuestra division desapareció. Uno de los auxiliares vino á abrir nuestros calabozos y nos dijo: «¡Salid pronto! ¡salid!» Muchos vacilaron creyendo que era un lazo que se nos tendia. Sin embargo, algunos pensaron que era una tabla de salvacion, y yo era uno de ellos. Los carceleros nos trataron con admirable bondad y prestaron trajes de paisanos á los que nó lo tenían.

Salí; pero como las balas silbaban y caian granadas, creí más prudente volver á la Roquette. Pedí á los carceleros que me dejaran entrar, y consintieron.

Supimos que los federales habian subido á los pisos donde se hallaban los soldados y los gendarmes presos como rehenes; pero estos habian tomado la resolucion de vender caras sus vidas y se defendian.

Los guardianes de la enfermeria se portaron con nosotros admirablemente. Tengo un verdadero placer en consignarlo.

En la mañana del domingo 28 de Mayo apercibimos una gran griteria. Era el coronel Déclat que, al frente de algunos soldados de marina, penetraba en la cárcel con la espada desenvainada y un revolver en la mano. Al entrar exclamó: «¿Quién quiere gritar viva la Francia!» Todo el mundo contestó á ese grito. El bravo coronel buscaba por todas partes y al fin preguntó: «¿Qué se ha hecho del arzobispo de París?»

El abate Petit explicó, así como á los marinos que le acompañaban, lo que habia pasado. El coronel pareció afectarse vivamente.

Algunos dias antes que esto sucediese, un federado me preguntó sobre el objeto de mi mision en China, hasta que tuve que contestarle que era libre de hacer lo que me daba la gana.

Muchas personas habian trabajado en favor de mi libertad. Al delegado de la prefectura le constaba perfectamente que habia venido de China á Francia para ciertos trabajos científicos. No obstante, me dijo que en la cárcel se halla uno perfectamente para trabajar; que él tambien habia estado en ella, y que por lo mismo sabia que era un sitio excelente para el trabajo.

El presidente.—¿Visteis á los individuos que conducian al arzobispo de París y á los demás rehenes á la muerte? ¿Habia entre ellos algun individuo de la Commune?

—R. Solo pude distinguir á las víctimas. Vi especialmente al padre Allard, que decía: «¡Dios mio! ¡Dios mio!» alzando al cielo las manos.

Monseñor el arzobispo daba el brazo al presidente Bonjean. Confieso que no

vi nada más desde aquel momento; estaba impresionado. Hasta diez minutos despues, cuando oí las detonaciones, nó pensé en el crimen horrible que acababa de perpetrarse.

Latour, vigilante.—El domingo 28 de Mayo vi á Ferré en la Roquette; nó le conocia; se me lo designó de entre un grupo que se hallaba delante de la escribanía, y hoy le reconozco perfectamente.

—P. ¿Qué hicisteis aquel día?

—R. Habia ido allí para llenar mi servicio, y nó me moví ya hasta tanto que los condenados fueron puestos en libertad.

—P. ¿Qué haciais?

—R. Estaba en mi puesto de servicio.

—P. ¿Os encontrábais allí cuando se dió suelta á los condenados?

—R. Sí. Salieron por la puerta del calefactorio. Abrieronse las puertas y llegaron hasta el patio.

—P. ¿Quién les armó?

—R. Lo ignoro.

—P. ¿Salieron tambien cuatro rehenes?

—R. Nó podia ver á los que salian. Yo simplemente he oido referir esos diversos detalles á los detenidos, y entre ellos á Jacob.

—P. ¿Es decir que solo visteis una vez á Ferré?

—R. Sí, efectivamente.

Cabot, vigilante en la Roquette, es llamado.

El presidente.—¿Erais vous vigilante en la Roquette?

—R. Sí.

—P. ¿Qué pasó allí durante los dias 22 y 23 de Mayo?

—R. El 22 llegaron los rehenes. Un caballero me dijo: «Es preciso que fusilemos esas gentes.»

El 24 vi al destacamento que venia para la ejecucion, mientras me hallaba en casa de mi amigo el farmacémico. Los guardias nacionales prepararon sus fusiles.

Habia entre ellos un hombre de pequeña estatura que llevaba un sombrero tirolés.

El presidente.—¿Reconocéis á Ferré?

—R. Sí, era el que mandaba el primer piquete, es decir, el que se llevó al arzobispo y á los otros cuatro rehenes; pero nó le reconozco por el que mandaba el segundo peloton el 27.

—P. Habiéis dicho que un tal Greffier habia conducido á la Roquette á un hombre que habian muerto, y que despues lo colocaron en un carruaje.

—R. El 27 de Mayo vi traer algunos cadáveres que colocaron en carros. Entre ellos habia el de un militar jóven con las manos atadas por la espalda, á quien habian fusilado. Yo mismo dije al teniente que mandaba á los nacionales: «Preciso es ser muy cobarde para martirizar así á la gente. Que les maten, enhorabuena; pero que nó los martiricen.» Pero me vi obligado á callar por temor á sus amenazas. Un federado viejo, que parecia un energúmeno, me dijo: «Yo he sido el que le he metido la primera bala en la cabeza.»

El 27 de Mayo vi entrar en la Roquette un individuo que mandaba un piquete y llevaba varias insignias. Dijo en voz alta que venia en busca de los rehenes, y sacó de la cárcel treinta gendarmes y trece sacerdotes.

—P. ¿Sabeis cuál fué su paradero?

—R. Nó. El jefe dijo que les conducia á Belleville para que estuvieran más seguros. Uno de ellos, el Padre Abda, me dió su breviario.

M. Langbein, carcelero vigilante en la Roquette.—El 27 de Mayo me hallaba en la cuarta division con los rehenes, cuando vi llegar un individuo llevando una escarapela roja, el cual insistia para que bajasen los soldados rehenes. Pero como éstos se obstinaron en nó bajar, entonces se hizo salir á los condenados detenidos, que se armaron de cuchillos, martillos, barras de hierro y de toda suerte de armas.

Entonces me retiré, invitando á los eclesiásticos á que me siguiesen.

Cuando vi el edificio ardiendo, prevení á los rehenes que se pusiesen en salvo ya que nada podian esperar.

—P. ¿Oisteis decir si aquella Ferré se hallaba en la cárcel?

—R. Sí, efectivamente; lo oí decir.

—P. ¿Teniais en 24 de Mayo el encargo de vigilar el corredor en que se encontraban los rehenes?

—R. Sí, á lo alto, en la cuarta division. Terminado mi servicio, salí á las seis de la tarde. Al pasar por la plaza de la Roquette encontré á un escribano que me dijo: «¿Ya sabeis que van á fusilar á los rehenes?» Yo le contesté, mientras nos separamos de él: «¡Es bien triste!»

Habiendo encontrado á otra persona que me notificó la misma noticia, tuve que decirle: «Vaya, nó puedo creer nada semejante.» Pero poco rato despues, al oír una detonacion, comprendí que ya nó cabia duda sobre este particular.

Al volver por la mañana á hacerme cargo de mi servicio, encontré á un hombre con blusa que me dijo: «Ya lo veis; los rehenes han sido fusilados al fin, y enterrados en una zanja.» Fuí allí y vi efectivamente restos de cerebro y huesos de sangre.

—P. ¿Oisteis acaso decir en el cuartel que habian dado 50 francos á cuantos tomaron parte en esa ejecucion?

—R. Nó.

Ferré.—¿Sabe el testigo quién mandó salir á los condenados de la Roquette en 27 de Mayo?

El testigo.—Ignoraba antes quién habia dado semejantes órdenes; pero nó hace mucho me lo dijeron.

—P. ¿Quién os lo dijo?

—R. El llamado Picon, que va á comparecer.

Picon, vigilante de la Roquette, es llamado.

—P. El 27 de Mayo, ¿estábais en la Roquette encargado de los condenados?

—R. Sí. En la mañana de dicho día iba á tomar mi café, cuando oí entrar algunos caballos y vi llegar una multitud de guardias nacionales. Al preguntar quién llegaba, contestóseme que era Ferré que venia á tomar posesion de la plaza.

A las primeras horas de la tarde llega una banda de federados que despues de tomadas las entradas penetran en el interior con varios papeles en la mano, pidiendo el resto de los *sergents de ville* y gendarmes que habian sido sacados de sus puestos. Mi capataz vino á notificarme lo que estaba pasando y á pedirme un consejo. Yo le dije: «Embróllalo del mejor modo que te sea dable.»

Como despues mostrase yo mi admiracion, me dijo un federado: «¡Ah! Vamos á fusilarle; tú nos has desviado el golpe; has dicho que los rehenes se hallaban aquí todavia, cuando ya debia constarte que estaban fuera.» Es de advertir que se habia abierto la puerta del locutorio.

—P. ¿Quién la abrió?

—R. Las secciones lo fueron por un vigilante.

—P. Advertid que Langbein ha dicho que vos fuisteis quien abrió la puerta.

—R. Nó puede ser; será una equivocacion.

—P. ¿Visteis allí algun miembro de la Commune?

—R. Nó vi más que á Ferré, el día 27 de Mayo, y varios federados, cuyos jefes iban armados hasta los dientes.

—P. ¿Sabeis acaso que Ferré ya habia ido el 24 acompañado de tropas á la cárcel?

—R. Nó.

—P. ¿Fué Ramin quien en 27 os mostró á Ferré en la escribanía?

—R. Sí. La escribanía estaba llena: Ferré tenia al lado un jóvenito vestido tambien de guardia nacional, llamado Dacosta. Ramin me dijo que Ferré acababa de darle una orden por escrito.

Ferré.—En cuanto á mí, he reconocido siempre haber ido á la Roquette.

M. Puymoyen, médico de la cárcel de los *Jeunes-Détenus*.—Yo he habitado constantemente la casa de los *Jeunes-Détenus*, sin moverme de allí hasta tanto que juzgué innecesaria mi presencia. He sido testigo de actos de un salvajismo tal, que nó encuentro palabras para calificarlos suficientemente.

—P. ¿Conociais á Ferré?

—R. Nó.

—P. Decid, pues, lo que sabeis.

El testigo.—La Commune se hallaba en el último extremo; así es que tuvo que replegarse poco á poco y refugiarse en la alcaldía del 11.º distrito. Pero perseguida de cerca por la activa y valorosa lucha de las tropas, acabó por venir á instalarse en el depósito de los condenados de la Roquette.

Instalóse el Consejo de guerra en la cárcel de los *Jeunes-Détenus*, de la cual vi salir á la plaza algunos infelices á

quienes al parecer se ponía en libertad, y á los cuales estaba aguardando para maltratarlos indignamente una miserable multitud. Se me dijo que Ferré presidía el Consejo de guerra.

Debo advertir que se procedía de un modo muy raro en ese Consejo de guerra. Yo vi conducir á él á un pobre gendarme detenido, en virtud de denuncia, cerca del *Grenier d'Abondance*. Como vestía blusa y pantalón azul y llevaba un mandil, preguntósele dónde había robado esas prendas de ropa. La muchedumbre quería penetrar en la cárcel con la escolta que conducía al infeliz gendarme.

La resistencia de los empleados de la cárcel, que, dicho sea de paso, se portaron muy bien, impidió que se invadiera la cárcel. Mandaba la escolta una mujer joven, la cual llevaba con mucho garbo un chasapot y su moño postizo. Yo entré en la escribanía con ese pobre gendarme.

Un tal Briand que estaba encargado de recibir las primeras declaraciones preguntó al gendarme por la procedencia de su pantalón y de su blusa. El gendarme se mostró muy altivo, y su grande aplomo logró hasta á desconcertar á ese juez instructor, quien le preguntó:

«¿Sois casado? ¿Teneis hijos?» El gendarme contestó con admirable serenidad: «Sí, soy casado y tengo ocho hijos.»

Hízosele entrar en la sala inmediata, donde se hallaban los jueces. Muy doloroso es decirlo: los asesores de ese Consejo de guerra eran jóvenes que se mostraban ufanos del papel que estaban representando, dándose grande importancia.

Poco rato despues pregunté por ese pobre gendarme al director de la cárcel, el cual me contestó: «Van á fusilarle.» — «Esto no puede ser, contesté: ¡Es imposible dejar que se mate á un pobre padre de familia con ocho hijos.»

Quise penetrar en la sala donde se hallaba instalado el tribunal; opusieronseme á ello enérgicamente. Un guardia nacional me dijo: «¡No entreis, ó estais j...!»

Habiendo preguntado despues todavía por la decision tomada á propósito del gendarme, se me contestó que estaba en un calabozo provisionalmente.

Temblé por él al oír esto, pues ya sabía yo que el tenerle encerrado significaba que se le quería entregar á la multitud, la cual se arrojaría sobre él y lo despedazaría.

Cuando solo se decía: «Este hombre que vaya al calabozo,» se le fusilaba; pero cuando se añadía: «Que se le encierre interinamente en un calabozo,» el infeliz era entregado á la muchedumbre que lo hacía trizas.

Habiendo insistido con los guardias nacionales, y hécholes la observacion de que el gendarme era padre de ocho hijos, uno de los que mandaban el destacamento y la mujer de que os he hablado, exclamaron: «¡Ah! Vaya, ¡tambien está éste por los gendarmes!» Y uno de los guardias añadió: «¡Rómpele la nuca!»

Observé tambien que esa mujer examinaba con celo singular las cartucheras de los guardias para cerciorarse de si guardaban aun muchos cartuchos. Ella fué la que más se opuso á todo acto de generosidad.

Al salir el infeliz gendarme, me miró con aire contristado, pues sin duda notó en mis ojos algun indicio del interés que me inspiraba. Y cuando se le dijo que podía salir, oyó la gritería de las turbas, y dirigiéndose á mí, dijo: «¡Me van á matar á pedradas!»

Efectivamente; oíanse abominables gritos de la furiosa muchedumbre, y nada puede darse menos tranquilizador. En cuanto á mí, no pude contenerme, y me puse á su lado, probando de interpelar á las turbas. «¿No pensais, les dije, que vais á cometer un asesinato sobre un padre de ocho hijos?»

En este momento dos ó tres individuos dieron la señal. Víme empujado hasta la pared, y uno de los guardias nacionales, queriendo darme á entender cómo comprendía la fraternidad, me dijo: «Vaya, amigo, mira que tambien habrá para tí.» Y al mismo tiempo enseñóme su chasapot, y me pasó la bayoneta por las patillas, como si tratase de peinarlas. Confieso que entonces no las tuve todas conmigo. Oí luego una detonacion que me indicó que el gendarme acababa de morir. En el momento en que se le condu-

cia delante de una tienda de coronas para fusilarle, como tardaran los guardias nacionales en comparecer, trató de huir. La multitud corrió tras él, le maltrató y le descargó varios tiros.

Despues de este suceso, una persona que vió que yo llevaba una cinta en el ojal de la levita, me dijo: «Entrad pronto.» Dióme un empujon, y me encontré en la cárcel de la Roquette.

Trajeron en seguida á un soldado joven, que todo lo más tendría veinte años, con los brazos atados detrás. Ya en la misma cárcel trataron de matarle.

Me olvidaba decir que las órdenes de matar al que era enviado entre la multitud partian del departamento de los *Jeunes-Détenus*.

Los hombres armados que condujeron al soldado, al saber que un carcelero, llamado Bernard, no quería dejar salir á ese pobre muchacho, dijeron que á un tiempo matarian á uno y otro.

El infeliz soldado tuvo que sufrir los más indignos tratos. No parecía sino que se había entablado competencia sobre quien se llevaría más girones de su traje; dejósele casi desnudo. Un miserable guardia federado le dijo: «Vamos, arrodíllate.» Y luego: «Vamos, levántate.» Y entretanto el piquete que debía ajusticiarlo se disponía á disparar sus fusiles. Ese infame vendió en seguida los ojos al soldado, le quitó la venda y volvió luego á ponersele. Aquello era una serie de suplicios que se tenía la complacencia de hacer sufrir á aquel infeliz. Por último, se le fusiló y se echó su cadáver en un carro, en vez de llevarlo al cementerio del P. Lachaise, que estaba á dos pasos de allí.

Muchos sacerdotes habian salido de la Roquette. El abate Surat tuvo la imprudencia, al pasar por delante de una barricada, de darse á conocer y de enseñar objetos de valor. Se le puso preso cerca de la casa número 130 del boulevard del príncipe Eugenio. Se trató de fusilarle, pero se decidió que no sería en esa casa, como querian los federados. Fué llevado á la cárcel y allí se le fusiló.

Púsose en libertad á nuestros jóvenes detenidos, á los cuales se hizo llevar garrafas de petróleo. A los de más edad les dieron chasapots y les obligaron á batirse, cuidando de colocarlos en primera fila para que parecieran en el primer encuentro que se trabase, como así sucedió. Seis de ellos sucumbieron, y los demás, unos volvieron por la tarde y los otros al día siguiente.

El abate Surat trató de escapar de las manos de esos asesinos; pero la mujer de que he hablado sacó un puñal y exclamó: «Dejadme tener á mí el honor de ser la primera en herirle.» El pobre abate alargó instintivamente los brazos hacia adelante para evitar el golpe y dijo á aquella furia infernal: «¡Oh! ¡perdon! ¡perdon!» Y ella, precipitándose sobre el abate, dijo: «¡Toma! ahí vá eso.» Y al mismo tiempo le descargó á quema ropa su revolver. Los bandidos que le mataron no le registraron los bolsillos como á los demás, y ni siquiera le quitaron el calzado como acostumbraban hacerlo. Uno de los jóvenes detenidos se acercó para quitárselo, y al verlo un federado exclamó: «Quitale los zapatos, que bien pueden servirte.» El abate Surat llevaba encima 300 francos y una cruz, lo cual se le encontró más tarde.

Los federados, avergonzados tal vez de sus crímenes, no pensaron en registrarle, y se apresuraron á echar su cadáver en un hoyo abierto en la plaza para enterrar á las víctimas.

—P. El día 27 estábais en la Roquette. ¿Visteis pasar á los miembros de la *Commune*?

El testigo.—Vino efectivamente uno muy joven, el cual se llevó á 100 de nuestros muchachos para Belleville, en donde se les mandó llenar sacos de tierra.

Francois, ex-director del depósito de condenados, es introducido. Este testigo se haya en estado de detencion.

El 24 de Mayo se presentaron algunos guardias nacionales con una nota en la que se me decía que entregase cuatro personas detenidas como rehenes. Les contesté que no podía tomar la responsabilidad de entregar á esas personas en virtud de una orden que me parecía tan irregular. Más tarde volvieron esos mismos guardias nacionales, diciéndome que traían orden de escoger á los que les parecieran mejor.

—P. Vamos á ver: empezais por dene-

garos á entregar á los rehenes, y despues permitis que se los lleven. ¿Quién firmaba esa segunda orden de que hablais?

—R. Raoul Rigault, Ferré y un tercero cuya firma era ininteligible.

—P. En vuestra casa se ha hallado una nota, en la cual se lee: «Partid de la Prefectura con Ferré, despues de que hayais pegado fuego en ella; nosotros nos retiraremos en la alcaldía del 11.º» Y, efectivamente, una parte de la *Commune* se retiró allí. ¿De quién emanaba esa nota?

—R. No conozco la letra de ese documento de que me hablais.

—P. El jueves 25, ¿visteis llegar al piquete de ejecucion?

—R. Lo que vi entrar fueron algunos guardias nacionales.

—P. ¿Habia entre ellos algun miembro de la *Commune*?

—R. Habia tres señores vestidos de paisano; pero ninguno de ellos llevaba las insignias de la *Commune*.

—P. Pero vos conociais á Ferré.

—R. No; no le conocí hasta el viernes siguiente.

—P. El 26 se os vino á pedir á M. Jecker?

—R. Sí, y al mismo tiempo llevóse tambien á otros rehenes.

Supe por el carcelero que se trataba de incendiar la cárcel de la Roquette, por lo que di órdenes para que se vigilase á fin de que esto no pudiera tener lugar. Entonces se me aseguró que la orden venia de la *Commune*. Los carceleros me dijeron: «Venid, vani, Sr. Francois, vá á pegarse fuego á la casa.» Entonces fui á avistarme con Ferré, que estaba en la escribanía, y le pedí si era cierto que los miembros de la *Commune* hubiesen dado una orden semejante. M. Ferré protestó enérgicamente y me invitó á vigilar con cuidado, añadiendo: «Impedid que nada de esto suceda. Aquí no hemos venido para hacer mal, muy al contrario.»

Añade el testigo que el día siguiente de la ejecucion de los rehenes el escribano procedió al levantamiento de los cuerpos para inhumarlos, y que fueron quemados los vestidos de las víctimas.

—P. Y los objetos de valor, los anillos, la cruz, ¿qué se hizo de todo ello?

—R. Lo ignoro.

Suspéndese la audiencia y vuelve á abrirse á las tres y media.

Ferré.—He declarado ya que no tengo el intento de contestar; he presentado conclusiones sobre este particular, y entiendo ratificarme en ellas. En su consecuencia, no conozco exactamente las cargas que pesan sobre mí.

Interrogatorio de Assi.

El Sr. Presidente.—Assi, levantaos; ya sabeis los cargos que pesan sobre vos: ¿qué teneis que decir? ¿Perteneceis á la *Internacional*?

Assi.—Sí; pero no he asistido á sus reuniones desde antes del sitio; segun los estatutos, la ausencia durante un cierto espacio de tiempo acarrea la exclusion. Por lo demás, no niego haber pertenecido á la *Internacional*.

—P. ¿Estábais en la calle de Rosiers el 18 de Mayo, cuando tuvo lugar el asesinato de los generales Clément Thomas y Lecomete?

—R. Así se ha dicho; pero no es cierto que yo estuviese allí.

—P. ¿Sois francmason?

—R. Sí.

—P. ¿Habeis servido en un cuerpo franco?

—R. Sí, en las guerrillas de la Isla de Francia, como teniente de infantería.

—P. ¿Perteneceis al Comité central?

—R. Sí.

—P. ¿Qué hicisteis el 18 de Marzo?

—R. A las cinco de la mañana, un miembro del Comité central llamó á mi puerta; creí que venian á prenderme, como ya otras veces lo habian intentado. Mientras vacilaba si debía abrir, la persona que llamaba dijo su nombre: era un miembro del Comité central. Nos dirigimos al local del Comité, calle de Rasfroi, número 11; allí firmé la orden que teneis y unas cuarenta más. Temíamos un nuevo 2 de Diciembre, y queríamos evitar que la Guardia nacional fuera como entonces destrozada en detall.

—P. ¿No es verdad que dispusisteis levantar barricadas contra la tropa del Gobierno?

—R. Indiqué un sistema de barrica-

das; recibí varios partes é informes, y por la noche fui al *Hotel de Ville*.

—P. ¿No disteis orden por escrito para estar á la defensiva y para en caso de un ataque ocupar las grandes vias de comunicacion y de escaramucear en toda la extension de las murallas? ¿Acaso no era esto una disposicion de guerra?

—R. Es claro que sí, una vez que nos hallábamos en estado de guerra. La orden que di contenia un plan general de defensa. Mandé colocar retenes en los famosos subterráneos de las Casas Consistoriales á fin de evitar to la sorpresa. Nos defendiamos contra las tropas que nos habian atacado, como era muy natural. Se quería desarmar á la Guardia nacional, y lo mismo para un soldado ciudadano que para un soldado mercenario, es un deshonor dejarse desarmar.

—P. Nunca es una deshonra obedecer á órdenes superiores. Se habia expedido una orden mandando devolver los cañones. ¿Lleabais uniforme de coronel de la Guardia nacional?

—R. No; precisamente no usé ese uniforme sino cuando ya no ejercia el cargo que significaba; es esto extraño, pero es cierto.

El Comité central, viendo al cabo de uno ó dos dias que habia llegado á adquirir cierto conocimiento en la ciudad, me nombró gobernador de las Casas Consistoriales, cargo que desempeñé hasta el advenimiento de la *Commune*.

Entonces el 11.º distrito me nombró su delegado municipal por 20 000 votos. No pretendo imponer mis convicciones á nadie; sin embargo, este número de votos quiere decir algo, y 20 000 votos son siempre más que 150 obtenidos en ocasiones semejantes por grandes personajes.

—P. ¿Tomasteis parte en la defensa? ¿Estábais encargado de dirigirla?

—R. Sí, tomé parte en varias disposiciones y decretos á este efecto; pero hacia los últimos dias del mes de Marzo, despues de un fuerte altercado con Raoul Rigault, que exigia la supresion de tres periódicos, mientras que yo defendia la libertad sin limites de la prensa, excluyendo tan solo la calumnia, cuando quise salir de la sesion de la *Commune*, fui preso y conducido á la Prefectura de policia.

Pocos dias antes habia yo estado á ver á M. Ernesto Picard, y se tomó eso por pretexto contra mí. Se sabia tambien que yo no queria más que la defensiva y que era contrario al acto que llevó á las tropas al pié del Monte Valeriano. Las tres cuartas partes de guardias nacionales que fueron allí tenían buenos fusiles, pero carecian de municiones.

El 13 de Abril fui llevado á la barra de la *Commune* juntamente con el general Bergeret. Quédé prisionero, bajo palabra, en el *Hotel de Ville*, juzgado y puesto en libertad al día siguiente.

—P. Despues que fuisteis puesto en libertad, ¿continuasteis formando parte en la *Commune*?

—R. Sí.

—P. ¿Se os encargó el servicio de las municiones?

—R. Sí, dos ó tres dias despues de instalada la comision que tenía á su cargo la fabricacion de las municiones. Convenia ocuparse en reunir las materias primeras, y se nombró una comision encargada de procurar azufre, salitre....

El presidente.—¿Y petróleo?

Assi.—No lo niego, tambien petróleo; pero no fabricamos bomba de petróleo alguna. Además, los oficiales del ejército de Versalles nos enviaban tambien balas explosivas.

El Comisario del Gobierno.—Eso es una infamia. No vayais mas allá.

El presidente.—No lo puedo tolerar tampoco.

Assi.—Se nos arrojaron cohetes incendiarios, que en un principio habian sido destinados á los prusianos, y de los cuales existian muchos en el palacio de la Industria.

El Comisario del Gobierno.—Niego ese hecho...

El presidente.—Eso es imposible... Acusado, ¿reconoceis ese documento firmado por vos?

Assi.—Ya dije en la sumaria que no puedo negar ni reconocer una firma que no se parece en nada á la mia. Vos mismo podeis cercioraros de ello; teneis en vuestras manos muchos documentos en que hay mi firma; mis autógrafos no son raros, y ya vereis la diferencia que hay entre mis firmas. (Continuará.)

LO QUE PASA EN FILIPINAS.

Sin esperanza de que los males que afligen á tan hermosa porcion del español territorio se atenúen siquiera, porque ni las condiciones de la situacion actual son á propósito, ni los principios predominantes hoy en las regiones del poder sintetizan más que resistencia obstinada al planteamiento definitivo de reformas iniciadas por administraciones que se inspiraron en el espíritu de la época, daremos conocimiento á nuestros lectores de algunos hechos concretos que por sí solos les harán comprender cuan poco envidiable es la situacion por que atraviesan aquellas lejanas provincias.

Segun correspondencias sucesivas de personas verídicas, es indudable que el decreto sobre enseñanza expedido por el Sr. Moret, ha sido profunda y sustancialmente modificado por otro de aquel superior Gobierno, cuya existencia se ha constatado, porque los anuncios de la secretaría de la Universidad refiérense siempre á dicha superior disposicion, generalmente desconocida puesto que no ha sido publicada.

Parece que por la expresada medida, cuyo origen se encuentra, seguramente, en las efímeras y activas influencias de los reverendos padres dominicos, que han tenido, y pugnan con energia por conservar el monopolio de la enseñanza, hánse convertido en decepcion ridícula las reformas que en tan importante materia iniciara el decreto del Sr. Moret, perfectamente recibido en el país, por lo mismo que rompía el círculo de hierro dentro del cual languidecia la enseñanza pública.

En la provision de cátedras no se ha observado la tramitacion legal, llegando hasta el extremo de conferir la de disciplina eclesiástica á un dominico que carecia de grados académicos, y que, despues de ser catedrático, recibió el de licenciado, con arreglo al sistema antiguo en los ejercicios, y sin haber obtenido el de bachiller; y para que el sarcasmo sea completo, el derecho administrativo se enseña por los prolegómenos del Sr. Laserna, habiéndoles parecido, sin duda, demasiado liberal el Sr. Colmeiro á los hermanos de Torquemada, no obstante ser aquel autor fervoroso doctrinario; y acaso está el secreto de tal aversion en que el Sr. Colmeiro conoce la economia política, y para los ilustrados hijos de Santo Domingo no cabe la salvacion del alma, que para ellos es la monopolizacion del país, dentro de aquella ciencia social.

Segun las correspondencias á que nos vamos refiriendo, la enseñanza de medicina se desenvuelve bajo las más anómalas circunstancias, habiéndose negado los médicos del cuerpo de sanidad militar á servir las cátedras, sinose obtienen por oposicion, á causa de lo cual parece que han sido nombrados dos médicos civiles para servir las de Ortologia y Anatomia descriptiva, que explicaban simultáneamente y sin los modelos y utiles necesarios á la fecha en que se nos comunican las noticias. De ellas resulta tambien que contra la enseñanza de la medicina, que constituye una de las necesidades más apremiantes del país, se ha levantado una cruzada dominicana que trabaja afanosa para retraer á la juventud de aquella carrera, procurando circular la idea de que el estudio de dicha ciencia conduce al ateísmo, lo que vale tanto como afirmar que la religion católica y la medicina son incompatibles; habiéndose llegado por estas vias hasta el violento extremo de expulsar de algun colegio varios alumnos que se obstinaron en matricularse en la llamada escuela de medicina.

Y todo esto, que parece incomprensible, es perfectamente lógico dentro de las tendencias absorbentes por que se distingue el orden de Santo Domingo: la medicina dejaria de ser herética si los reverendos la explicaran á su manera: pero como hay el inconveniente de que no pareceria bien un dominico explicando obstetricia, es preciso, para mayor gloria de Dios, que no prospere lo que no pudiese monopolizado por aquellos santos y humildes varones.

Y ya que de los dominicos nos ocupamos, haremos saber á nuestros lectores otro acto de la orden, que revela cumplidamente las virtudes evangélicas de que hacen alarde y pública ostentacion,

Un decreto del Sr. Moret parece que habia autorizado la exclaustacion voluntaria de los frailes, cualquiera que fuese el instituto de su procedencia. Este decreto, al que, segun las correspondencias, no se habia puesto el *cánplase*, sin oír antes pareceres caracterizados en el orden oficial, no llegó á publicarse, como indican aquellas, por que al ser transcrito á los superiores de los institutos monásticos, produjo en sus espíritus profundísima alarma, y rogaron y obtuvieron la no publicacion de una medida que, segun sus reverencias, habria de producir grave perturbacion en las filas de los asociados.

Y, ciertamente, no se comprende la alarma de aquellos asustadizos varones; porque si tan bien hallados se encuentran dentro de la orden los llamados misioneros, la libertad de exclaustacion habia de ser inofensiva.

Pero es el caso que, por artes de Satanás, hubieron de tener conocimiento de aquellas varias dominicos, y decididos cuatro de ellos á usar de la autorizacion, dirigiéndose al efecto al Gobierno de la metrópoli. Aconteció tambien, segun los antecedentes que se nos han suministrado, que los superiores de los solicitantes se apercibieron del extravío, y montados en ardoroso fervor, pidieron á la autoridad eclesiástica, de quien los solicitantes dependian, que los pusiera á buen recaudo; mas como aquella se lavara las manos, buscaron más fuerte apoyo, y secundados por fuerza armada, extrajeron de las casas parroquiales á los cuatro arrepentidos, conduciéndolos al convento de Manila, en donde, á favor de medios no ménos suaves, abjurarán de su error.

Ahora bien: si el hecho es cierto, y tal como se nos ha referido, ¿cabe mayor violento atropello de la seriedad individual? Si el decreto autorizando la exclaustacion estaba vigente, no puede ser calificado de delito ni aun de falta el solicitarla usando de un derecho legítimo, y solo siendo gravísimo delito la solicitud legalmente establecida, seria reprobable; pero aun en este caso, guardando formas más convenientes y cristianas, y no arrancando de su domicilio con el aparato que demanda la prision de bandidos á cuatro sacerdotes, que en el mismo día, tal vez horas antes, habrian celebrado el sacrificio de la misa, por el solo hecho de no querer continuar inscritos en corporaciones dentro de las cuales hay más ódios que afectos, más orgullo que modestia, más iras que templanza.

Si de esta suerte se enaltece el nombre español en Filipinas; si por tales medios se rodea al sacerdocio del prestigio que há menester; si así se respetan la justicia y la seguridad personal, creemos que tan respetables intereses no deben estar á grande altura en aquel apartado país. Bueno seria que el señor ministro de Ultramar averiguase lo que de cierto haya en el caso, y autorizase la exclaustacion solicitada por los cuatro dominicos, si el decreto estaba en vigor á la fecha en que la pretension fué formulada, dictando además las disposiciones que estime oportunas para impedir en lo sucesivo tan deplorables demasías.

La condescendencia exagerada, y humillante á las veces, que se guarda con las órdenes monásticas, es causa de que el interés solidario de aquellas se sobreponga siempre, y en todos los casos, al interés comun; y no es poco frecuente que esa torpe condescendencia redunde en daño y mengua del mismo que la dispensa, como recientemente parece ha sucedido en un incidente sobre venta de terrenos de los agustinos en el arrabal de Tondo, y en el conflicto ocurrido entre las órdenes religiosas y la municipalidad de Manila, en los que, segun las cartas de dicha ciudad, ha sido preciso que desde altas regiones se les haga entender que los fueros de la autoridad son inviolables; prevencion que, en concepto nuestro, habrá sido infructuosa, porque sabemos á qué atenernos en cuanto á la obediencia de los cogullados.

Despréndese tambien de las mismas correspondencias que la situacion de la prensa periódica en Manila no es nada lisonjera, bajo las iras de una censura intransigente y apasionada; el periodismo en Manila no ha ganado una sola libertad despues de la revolucion de Setiembre; bien es verdad que como esta no ha

luchado contra todos los elementos seculares que están en pugna con la cultura del país; y por otra parte, todas las tendencias depresivas y reaccionarias han tomado en aquel Archipiélago carta de naturaleza, no debe sorprendernos que el periodismo filipino recorra el calvario que bastardos intereses y mezquinas miras de bandería oponen á su paso.

Pero es el caso que si los corresponsales de los diarios de Manila escriben solo para los ilustrados censores, estos tienen la poco envidiable satisfaccion de no obtener otro resultado que el de perjudicar á las empresas; pues como los periódicos de Europa y la correspondencia privada no se purifican, porque tal vez no se ha tenido en cuenta que debiera hacerse, las noticias circulan á las barbas de esa censura que ha demostrado no há mucho todos los puntos que calza su inteligente benevolencia.

A despecho de fanáticas exigencias, aunque no sin sufrir la profanacion de las mutilaciones, se ha representado en Manila un drama de D José Diaz titulado *Redencion*, censurado ya en la Peninsula, á beneficio del hospital de San Juan de Dios. Algun diario quiso publicar una revista de teatros en que se hacia cargo del drama y de la ejecucion; pero aquellos inteligentes censores opinaron de distinta manera, y solo dieron paso á la revista en lo que hacia referencia al mérito de los actores; prohibiendo despues la circulacion del drama impreso, y llegando las iras del fanatismo hasta el poco digno extremo de haber suprimido una pequeña pension que de obras pias disfrutaba una de las señoras que trabajaron en el drama.

Parece tambien que los comenzados trabajos para la formacion de la estadística, habian, no solo producido cierta perturbacion en las clases indígenas, sino que hasta entre las europeas dejábase percibir disgusto por la forma poco meditada en que se ejecutaban aquellos. Creemos que el registro de la riqueza territorial puede llevarse á efecto en Filipinas, no solo sin contrariedades, sino hasta en bien de los numerosísimos tenedores de terrenos que carecen de documentos con que acreditar su incuestionable y legítimo derecho, que descansa en la posesion obtenida por el cultivo de tierras baldías; pero cuando empresa tan cumplida y difícil en un país que no ha dado un solo paso por tan áspero camino, se acomete sin conocer las circunstancias de la localidad ni los resortes que deben tocarse para que el trabajo sea fructuoso y desembarazado en su marcha, natural es que sérios obstáculos entorpezcan el desenvolvimiento de la idea; y hasta puede temerse que una ciega obstruccion provoque conflictos que con más acierto y mayor saber se hubieran prevenido.

Y como los tiempos son de conflictos, cuentan las correspondencias que no será difícil alguno por la forma un tanto apresurada en que se ponen á buen recaudo para ser conducidas á Mindanao, las gentes que se llaman de mal vivir: la colonizacion de Mindanao, pensamiento que hasta lo de ahora no ha sido más que la tumba de muchos millones, y la cuna de muchos grados y cruces, parece que recibe desusado impulso en ciertas regiones, aunque tropezando tambien en contrariedades de valia, que siendo potentes prestarán un gran servicio á los verdaderos intereses públicos.

Temíase tambien en Manila que los provocase de alguna importancia el restablecimiento del derecho diferencial de bandera; medida trascendental y perniciosa á la produccion, dictada solo para satisfacer exigencias monopolizadoras, cuya realizacion será muy beneficiosa para los que las formulan, pero redundando en daño cierto del país. Esperábase á las últimas fechas en aquel puerto buques extranjeros cargados ó fletados despues de suprimido el derecho diferencial, que al llegar á su destino se encontraran con la novedad de haber sido aquel restablecido sin previo aviso, y por lo tanto sin que los armadores hayan podido á su vez modificar los contratos; es, por lo tanto, natural, que sobrevengan conflictos y que el comercio del país en general sufra perjuicios que carecen de significacion para ciertas gentes que solo tienden al monopolio, porque solo dentro de él pueden medrar; nada importa al monopolizador que los intereses generales del país sufran menoscabo cierto,

si merced á esto logra algunos beneficios.—X.

CANAL MARÍTIMO DE SUEZ.

El aumento de la navegacion por el Canal marítimo de Suez durante los diez primeros meses de este año es tan notable que debe confundir á los detractores más obstinados de aquella empresa, á lo que habian vaticinado la muerte inevitable de la compañía concesionaria por falta de ingresos con que hacer frente á sus gastos.

El incremento que ha tomado la construccion de buques de vapor destinados á aquella navegacion, en todas las naciones marítimas excepto la nuestra, ocupada en elevadas especulaciones filosóficas y en obstinadas luchas de partido, da lugar á esperar fundadamente para el año próximo un crecimiento de productos proporcional, que pondrá á la compañía en una situacion completamente normal.

Los siguientes datos que sacamos del periódico *El Canal de Suez*, en su núm. de 16 del pasado, no dejan lugar á dudas sobre el progreso siempre creciente de aquellos productos, así en el mes de Octubre último, como en los nueve meses anteriores de este año.

Ingresos efectivos y movimiento marítimo de Octubre de 1871.

	Francos.
Tránsito de 79 buques y 7717 3¼ pasajeros.	1.023.867'20
Tránsito de 180 barcas.	11.352'62
Trasporte de 277 viajeros y mensajeros.	2.819'55
Alquiler de material flotante.	5.119'26
Total.	1.043.158'63

Comparacion del producto especial del tránsito de los buques.

Octubre.	Movimiento marítimo.	Ingresos especiales del tránsito.
	Buques	Francos.
Año de 1870.	39	471.818'20
Año de 1871.	79	1.023.867'20
Aumento.	40	552.049'00

Ingresos generales de Octubre de 1871.	1.263.158'63
Id. id. de 1870.	551.183'92
Aumento.	708.974'71

Movimiento marítimo de Octubre de 1871.	79 buques.
Id. id. de 1870.	39 "
Aumento.	40 "

No nos equivocáramos al esperar que los ingresos generales del mes de Octubre pasarian de 1.200.000 francos, y que las especiales del tránsito serian de más de 1.000.000. Segun resulta de los estados anteriores, los ingresos generales han sido de 1.263.158'63 francos, y los especiales del tránsito (buques y barcas) de francos 1.035.219'82.

Estos guarismos dan á los ingresos generales de los dos meses comparados de Octubre de 1870 y 1871 un aumento de 708.974 francos 71 céntimos, ó cerca de un 28 por 100.

	Francos.
El tránsito marítimo (buques y barcas) es en Octubre de 1871.	1.035.219'82
Fué en Octubre de 1870.	491.839'44
Diferencia en favor de Octubre de 1871.	540.380'68

Despues de consignar este resultado parcial, examinemos los resultados generales en los diez meses de los dos años.

	1870.	1871.
	Francos.	Francos.
Nueve primeros meses.	4.446.856'61	7.736.189'45
Décimo mes.	554.183'92	1.163.158'63
Total.	5.001.040'53	8.999.347'78

Aumento en 1871.	3.998.307'25
ó sea 79 por 100.	

Haremos notar que en los diez primeros meses de este año los ingresos generales ascienden en numeros redondos á 9 millones de francos.

	1870.	1871.
	Francos.	Francos.
Nueve primeros meses.	3.549.839'78	6.223.955'94
Décimo mes.	494.839'44	1.035.219'82
Total.	4.044.678'92	7.259.175'76

Aumento en 1871.	3.214.496'84
ó sea un 80 por 100	

El mismo número del Canal de Suez especifica la parte que la marina italiana y la rusa toman en los progresos acaudados de la navegación a los mares de Oriente por la vía de Egipto. La compañía inglesa peninsular y oriental, á pesar de contar con un inmenso material, en lo que vá de año ha echado á la mar con el mismo destino cinco nuevos grandes vapores con todas las mejoras últimamente introducidas para la comodidad de pasajeros y una gran capacidad para el transporte de cargamentos, gracias á la economía del combustible debida á los inventos para la calefacción de calderas. Dichos buques se denominan *El Indo*, *El Khedive*, *El Singapore*, *El Pekin* y *El Peshawur*: tienen una capacidad de transporte, además de las malas, las especies, los pasajeros y los bagajes, para un cubo en peso bruto de cargamento correspondiente á 47.000 balas de seda, 8.000 balas de algodón ó 4.000 cajas de té.

En estos últimos tiempos han atravesado el Canal de Suez, sin ninguna dificultad, *La Sarthe*, transporte francés, de calado 7 metros y 8 centímetros; el *Malabar*, la *Jumma* y el *Cocodrilo*, tres de los cinco grandes transportes del almirantazgo inglés para la conducción de tropas y material militar á las Indias, y la fragata acorazada de la marina real inglesa *Iron Duke*. Después de estas pruebas decisivas, ya no es licito, hablando de buena fe, negar las perfectas condiciones del Canal de Suez para la grande navegación.

Los crecidos llamamientos de fondos que la Francia necesita para pagar la contribución de guerra á la Prusia, y la municipalidad de París para cubrir sus atenciones apremiantes, han debido afectar á los capitales que sin aquellos empréstitos hubieran acudido á llenar el de 20 millones de francos abierto por la empresa del Canal de Suez. De estos, según las últimas noticias publicadas, solo se han cubierto cinco millones de francos, pero se colocaban mensualmente á razón de 500.000 ó 600.000 francos, esperando con confianza la compañía que colocará ventajosamente todo el empréstito.

Si, como creemos, M. Fernando de Lesseps, contando con sus propias fuerzas, logra vencer todas las dificultades producidas por la situación general de negocios que se ha creado en Europa y con la que no podía contar la previsión humana, habrá llevado á cabo en este difícil período una parte de su obra, ménos brillante, pero tanto ó más meritoria que la realizada hasta la inauguración del Canal que tantos plácemes y alabanzas le mereció.

Hay que tener en cuenta para apreciar todo el mérito que en este caso contraerá M. de Lesseps, que según pudo verse en las últimas reuniones generales, se había metido la zizania entre los accionistas de la compañía, antes tan compactos, y que una parte de la prensa de Francia que antes solo tuvo elogios para el infatigable fundador de la compañía del Canal de Suez, le ha vuelto las espaldas desde que se nublaron los tiempos. Nosotros, que ninguna razón fundada vemos para ello, ni en las condiciones de la empresa, ni en las relevantes cualidades de su fundador, le conservamos las mismas simpatías, y estamos dispuestos á darle el mismo apoyo ahora que en los días de su mayor auge.

Ni un concepto tocamos de los que teníamos emitidos en el anterior artículo, terminado antes de recibir el último número de la *Gaceta de los caminos de hierro*, en el que se ocupa del mismo asunto, y que sin embargo de tener los mismos datos que nosotros, saca de ellos una consecuencia diametralmente opuesta.

El aumento inaudito de 79 por 100 en los ingresos del Canal en los diez primeros meses de este año, no le hace vacilar en su fatal pronóstico, aguardando siquiera hasta ver si, como es probable, continúa este aumento en el año venidero y coloca por sí solo á la compañía en una situación completamente normal.

El Dios éxito, al que ahora se rinde culto, no tiene en cuenta las circunstancias que se atraviesan para contrariar una acción humana cualquiera, aun la mejor concebida y llevada á cabo con más probidad y fortuna; es menester que el triunfo sea deslumbrador, ó de otro modo sucumbir, como en Chandernagor, bajo las ruedas del pesado carro que conduce el ídolo indico.

La *Gaceta de los caminos de hierro* cree que la empresa no tiene mas salvación que ponerse en manos de capitalistas ingleses. Inglaterra, dice al terminar, es el único país del mundo en que se sostienen empresas útiles, aunque no recompensen el capital invertido.

Una de las cosas más difíciles para el hombre es impedir que un suicida consume su locura, y por lo mismo, si los franceses, que tantos ejemplos de aquella clase nos han dado en estos últimos tiempos, se empeñan en ello, nada les será más fácil que destruir en un día la obra que han levantado con tanta gloria y constancia. Desautoricen para conseguirlo, lastimen y eleven las fuerzas del hombre inquebrantable hasta ahora que ha adquirido una fama inmortal, realizando aquella empresa.

Para ser más grande en la posteridad, solo le falta á M. de Lesseps añadir la corona de mártir de su causa á la de triunfador con que el mundo ha ceñido sus sienes.

LOS CHEKOS Y LA MONARQUÍA

AUSTRO-HÚNGARA.

Si no supiéramos cuán opuestos y heterogéneos son los elementos constitutivos de la antigua monarquía de los

Habsburgos; si las elocuentes y saugrientas páginas de su triste historia no nos dijese cuán violentos y aun criminales han sido los medios á que debe su existencia ese verdadero *pandemonium* de pueblos, razas y nacionalidades, cuya diversidad de origen, condiciones y tendencias ha hecho imposibles hasta ahora todos los planes más ó ménos arbitrarios imaginados para neutralizar sus antagónicos intereses y armonizar sus encontradas aspiraciones; si no tuviésemos, por desgracia, numerosas pruebas de que aquella sociedad se resiente todavía y se resentirá quizá por largo tiempo de los hábitos que en ella crearon siglos enteros de un régimen tan despótico, intolerante y opresor que sirvió de modelo á la mayor parte de los tiranos de Europa, ante quienes aparecía el imperio austriaco como un baluarte inexpugnable del absolutismo hasta el terremoto de 1848, nos maravillaría en gran manera que, contra las esperanzas fundadas en la política relativamente liberal del canciller conde de Beust, surgiesen crisis tan graves como la que acaban de producir las pretensiones de la Dieta de Bohemia, arrogantemente sostenidas por MM. Rieger y Clam-Martinitz, jefes del partido que se apellida *cheko*, del nombre de la raza á que pertenece la mayoría de los habitantes de aquel antiguo reino.

Ocupándose, hace ya algunos años, el ilustrado escritor francés M. de Laveleye de un conflicto análogo al actual, hacía observar con sumo acierto que los mismos títulos usados por el emperador y las fórmulas cillerescas inculcaban que á la palabra «Austria» no correspondía realidad alguna; significándose con ella tan solo el conjunto de nacionalidades reunidas bajo el cetro de la casa reinante. Agregaba que esa reunión no se mantenía á favor de ningún lazo orgánico ni formaba un todo, sino por estar al frente de tan diversos pueblos un mismo monarca, á la manera de varios dominios separados, entre los cuales no hubiese nada común más que el hecho de ser todos propiedad de una sola familia, de cuyo capricho dependiera el cederlos, hipotecarlos ó darlos en dote á su placer. Muchos ejemplos de formaciones semejantes podían presentarse en siglos anteriores; pero á nuestras modernas ideas de derecho repugna el concepto de una nación contemporánea así constituida, por más necesario que sea colocarse en tal punto de vista para apreciar las dificultades de la reorganización política de Austria y descubrir cómo han venido á apoderarse de países tan extraños unos á otros por su origen, sus costumbres, sus leyes y su raza los descendientes de un burgrave suizo.

Dado, pues, el carácter singularísimo de las vicisitudes políticas en aquella vieja monarquía, donde hasta los manifestos de los partidos son «verdaderos procesos, cuyos documentos se remontan á la Edad Media y se apoyan en pergaminos que recubre el polvo de los siglos,» para valerlos de las frases no ménos pintorescas que exactas de M. de Laveleye, habrá de permitirnos invocar también los recuerdos históricos, antes de entrar en el fondo de la cuestión concreta á que nos referimos al principio; pues en tal sentido reivindician los chekos, hoy como siempre, su constitución autonómica y los derechos á ella anejos, y del respeto á la tradicional vez más que de la fuerza de la justicia esperan el triunfo de la causa de Bohemia.

I.

Ninguna de las ramas del gran tronco slavo, que viven dentro del territorio austriaco, forma, como los chekos, un grupo de cerca de cinco millones de almas repartidas en una zona de 560 kilómetros de longitud por 140 de latitud media; ninguna ha alcanzado, ni con mucho, el grado de cultura é instrucción que les distingue de sus congéneres: ninguna puede ostentar tampoco fastos más gloriosos que los suyos. En contacto con los silesianos y sajones por una parte, con sus afines los eslovacos en la dirección de Presburgo y del valle del Waag, y con los alemanes en casi todos los distritos de Bohemia y de Moravia, los chekos, sin despojarse de su carácter típico, se asimilaron bien pronto las mejores cualidades de estos pueblos é hicieron de su país uno de los más ricos de Europa cuando muchos otros apenas se

sentían con fuerzas para sacudir el pesadísimo letargo de la Edad Media. Entre los duques y reyes que lo gobernaron desde la época de Premislao I, hasta que por la extinción de la línea masculina de sus sucesores en Wenceslao V cayó bajo el dominio de Juan de Luxemburgo en 1310, figuran numerosos príncipes, de cuyas brillantes hazañas han quedado imperecederos recuerdos en las márgenes del Drave y del Vistula.

El esplendor y poderío de Bohemia, engrandecida por su rey Ottokar á fines del siglo XIII hasta el punto de causar envidia á toda Europa, porque sus Estados tenían por límites opuestos el Báltico y el Adriático, se hallaban en su apogeo al morir aquel en la batalla de Marchfeld. Justo será decir, sin embargo, que algunos de los monarcas germánicos que después subieron al trono de San Wenceslao, y particularmente Carlos IV, fundador de la célebre Universidad de Praga, procuraron fomentar su prosperidad por cuantos medios tenían á su alcance.

Pero el fanatismo y la intolerancia religiosa, tan funestos á la humanidad en todas partes, sembraron los primeros gérmenes de aquella implacable lucha de catorce años entre alemanes y bohemios, encendida en las hogueras donde perecieron Juan Huss y Jerónimo de Praga, merced á la traición infame del concilio de Constanza, y que después de convertir á Bohemia en un vasto páramo inundado de sangre y cubierto de ruinas, debía terminar por un acto no ménos desleal y odioso que el que la provocara. Bajo el punto de vista de la ilustración y del progreso intelectual, la guerra tuvo consecuencias aun más desastrosas; pues no solo alejó de la Universidad de Praga, donde Huss ejercía el cargo de rector desde 1409, millares de estudiantes alemanes que volvieron á su patria con sus profesores, y crearon las de Leipzig, Rostock é Ingolstadt, sino que hizo tomar las armas á la juventud indígena que frecuentaba sus aulas, partidaria, casi en totalidad, de las doctrinas defendidas por el fervoroso predecesor de Lutero y de Calvino, y sirvió de pretexto á los católicos vencedores para desterrar de la enseñanza el idioma checo, considerado desde entonces lengua de la herejía. No por esto se resignó Bohemia á sufrir pacientemente el yugo que trataban de imponerle los emperadores de Alemania; pero debilitada por una larguísima serie de infructuosas tentativas, cuyo resultado fué trasformarla en feudo del imperio al caer vencidos en la batalla de la Montaña blanca los últimos caudillos de su independencia, víctima de la suspicacia del despotismo austriaco, que por espacio de dos siglos se consagró á la bárbara tarea de destruir los monumentos de la antigua literatura bohemia, en cada uno de los cuales creía ver un llamamiento á la rebelión, y extinguidos los postreros restos de vitalidad nacional en la guerra de Treinta años, se encontró al llegar la paz de Westfalia sin sabios, sin artistas, sin hombres de letras, y lo que es peor, sin aliento ni estímulo para dedicarse á reconstruir el desmantelado edificio de sus tradiciones patrias.

Inaccesibles las clases elevadas del país al movimiento civilizador que en torno suyo se operaba, apáticas é indiferentes á la suerte de las masas, habrían dejado que se consumase la germanización de Bohemia, si no hubiese vivido y perpetuádose en el pueblo el culto de la lengua y de las glorias checas; pero merced á la inquebrantable constancia de los paisanos y á pesar de la abyecta condición de siervos en que se les mantuvo hasta 1775, el elemento eslavo, próximo á desaparecer de Silesia y de Prusia á fines del pasado siglo, poseía en Bohemia los mismos territorios que ciento sesenta años antes, y era un obstáculo insuperable á la política de asimilación de la corte de Viena.

El emperador José II se propuso vencer su resistencia pasiva, decretando que no se admitiese en los establecimientos de instrucción pública á nadie que ignorara el alemán, idioma en que debían explicar también todos los profesores; pero esta medida llegaba demasiado tarde, porque los laureles de Lessing, de Schiller y de Goethe, irradiando su vivo fulgor en medio del sombrío horizonte de Bohemia, despertaron en los chekos la generosa ambición de emular sus

triumfos, y fueron la señal de una especie de renacimiento literario análogo al que personificaban aquellos tres ilustres representantes del géneo alemán.

En otros tres hombres se condensó también, aunque bajo distintas formas y con mucha ménos brillantez que en sus competidores germánicos, el desenvolvimiento intelectual iniciado en Bohemia á impulsos de tan noble propósito, á saber: el erudito Schaffarik, el poeta monarca Kollar y el elegante historiador Palacky, que ha merecido se le designe con el honroso título de *padre de los eslavos*.

Pero este movimiento, que se extendió con gran rapidez á los principales centros de actividad del país, fué contrariado casi en su origen por la sobreexcitación que allí produjeron las ideas y los actos de los revolucionarios franceses, y se paralizó después á consecuencia de las continuas guerras sostenidas con la república y el imperio. Sin embargo, en 1820, los chekos volvieron á dedicarse á los trabajos científicos y literarios con el paciente ardor de nuestros benedictinos; mas penetrados de la esterilidad de las disputas teológicas y sin participación alguna en las controversias de la política militante, sus sabios se replugaron sobre sí mismos, y á medida que estudiaban los vestigios de su esplendor en la Edad Media é investigaban el pasado de los pueblos eslavos, creían ver más patente la necesidad de estrechar los vínculos fraternales que debían unirlos.

La deslumbradora perspectiva de un ideal semejante, les hizo olvidar que no se alcanzaría jamás por la sola fuerza de los sentimientos nacidos de la comunidad de raza, mientras á esos sentimientos se sobrepusieran odios tan profundos como los que separan á los nietos de Kosciusko de los descendientes de sus vencedores, rencores tales como los que acababa de despertar la muerte violenta de la república de Cracovia, y para decirlo de una vez, celos tan inveterados, aspiraciones y tendencias tan contradictorias como las que animan á rusos y polacos, bohemios y croatas, moravos y bosniacos, sérvios y dálmatas.

No es extraño, pues, que á pesar del ardiente celo desplegado por algunos entusiastas chekos en su grandiosa cuanto irrealizable empresa, á pesar de su infatigable perseverancia y del eficaz concurso que les prestaron muchos de sus compatriotas y no pocos de sus hermanos de raza en otros países, solo consiguieran irse envolviendo en las ocultas redes del panslavismo ruso y enagenándose las simpatías de la democracia alemana.

Ahondaban y favorecían secretamente la excisión el príncipe de Metternich y su colegas, quienes para conservar el milagroso equilibrio á cuyo favor iba conllevando el imperio una vida política artificial y amenazada de todo linaje de peligros, creyeron siempre muy hábil estimular el antagonismo de los diferentes pueblos que formaban aquel monstruoso conjunto, fomentar sus rivalidades tradicionales, y atizar sus discordias, sin duda con el propósito de que se neutralizasen mutuamente sus embates al poder central. Flábase todo á la práctica no interrumpida de ese inmoral sistema, cuya máxima fundamental era el maquiavélico *divide et imperabis*, al apoyo del ejército, que constituía la sola unidad grata á los ojos de los gobernantes austriacos, y á las artes de la burocracia más avasalladora y brutal que ha existido nunca; pero el espantoso sacudimiento de 1848 demostró cuán erróneos eran los cálculos de los consejeros del pusilánime emperador Fernando y puso al descubierto la deleznable base que sustentaba el carcomido alcázar del absolutismo.

Casi á un mismo tiempo brillaron en Viena, en Pesh, en Milan y en Praga relámpagos precursores de la tempestad que rugía en París y que estalló por último á mediados de Marzo, lanzando el rayo de la cólera popular sobre el gigantesco montón de combustibles hacinados en derredor del trono de los Habsburgos. La conflagración tomó desde luego terribles proporciones; y al extenderse con rapidez pasmosa de uno á otro confin de la monarquía, despertó hasta en el espíritu de los más fanáticos admiradores de la vetusta máquina el temor de que hubiese sonado para ella el tremendo *dies iræ* de los cánticos cristianos.

Bajo el poderoso impulso de la corriente eléctrica que conmovió á Europa entera, los bohemios, imitando el ejemplo de los italianos, de los croatas y de los húngaros, quisieron volver por los hollados fueros de su nacionalidad. Redújose, sin embargo, su primera tentativa á solicitar del emperador, en una petición cubierta de millares de firmas, la libertad de imprenta, la de enseñanza, el armamento de la guardia cívica y otras varias reformas políticas y administrativas encaminadas á reconstruir su autonomía dentro de la suprema unidad del imperio; pero cuando se lisonjearon de llegar por medios pacíficos al logro de sus deseos, en vista del buen éxito de su solicitud y de las solemnes promesas que se les habían hecho, vino á dar nuevo sesgo á los planes del partido nacional la Constitución del 25 de Abril, otorgada por el monarca á instancias del Gabinete Pillersdorf, que entró á regir los negocios públicos á consecuencia de la sublevación de Viena y de la caída de Metternich.

Los autores de aquel Código declaraban haberse propuesto satisfacer las necesidades de la época, dar garantías á los derechos esenciales del hombre y organizar la representación del país, de tal suerte, que ningún interés ni clase alguna pudieran juzgarse desheredados. Fácil era prever, no obstante, que una Constitución calcada sobre la de Bélgica, cuyas circunstancias difieren esencialmente de las de Austria, aunque M. Pillersdorf y sus colegas sostuviesen lo contrario, lejos de realizar las halagüeñas esperanzas que en ella se fundaban y servir de dique al torrente revolucionario, enardecería las pasiones sobreexcitadas y suscitara mayores conflictos.

Enefecto: no solo la rechazaron los elementos germánicos preponderantes en Viena, por considerarla viciosa en su origen, obligando al irresoluto ministerio á que suspendiera sus efectos y convocase un *reichsrath* constituyente para el inmediato mes de Julio, sino que también exacerbó la lucha empeñada con las distintas nacionalidades de la monarquía, ansiosas de crearse una existencia conforme á su carácter histórico y á su índole peculiar.

Mientras los italianos peleaban con indecible denuedo, consiguiendo vencer á sus dominadores en Milán, Brescia, Como, Bérgamo y Venecia, mientras los húngaros arrancaban al emperador Fernando, lleno de pánico, la sanción de las leyes, que, á instancia del partido radical, capitaneados por el célebre Kossuth, se votaron en la Dieta de Presburgo, sin advertir que esas leyes, en cuya virtud obtenía el reino de San Estéban una independencia casi completa, no eran bastantes á satisfacer las pretensiones secesionista de los magyares, pero en cambio daban motivo más que suficiente á las quejas de otros países del imperio, humillaban á los no-húngaros sometidos contra su voluntad al Gobierno de Pesth, y debían ser un germen de disgregación profunda para la monarquía; mientras en Galitzia, en Croacia, en Iliria y en Transilvania se agitaban los ánimos con creciente eferescencia, los checos, asumiendo la jefatura de los pueblos eslavos, no solo de Austria, sino de Rusia y Turquía, formulaban ya sin rebozo alguno en la Asamblea de Wenzelsbad sus exigencias; pedían la igualdad de condiciones para todos sus hermanos de raza, una sola representación legislativa para Bohemia, Moravia y Silesia, cuyos intereses políticos aspiraban á fundir por ese medio; las mismas garantías para todas las confesiones religiosas, el armamento de los ciudadanos, una administración propia y la responsabilidad del poder central.

Quizá hubiera sido posible aun entenderse con Viena, donde no se rechazaron en absoluto estas proposiciones, no obstante su inequívoca tendencia, si los acuerdos del Parlamento de Francfort no hubiesen revelado el propósito de subordinar todos los pueblos del imperio á la Confederación. Pero los patriotas bohemios, al entrever el riesgo de que su nacionalidad quedase absorbida para siempre por la germánica, cuya fuerza estimaba incontrastable, caso de traducirse en hecho la unidad prematuramente acariciada por los legisladores de Francfort, pensaron oponerle una barrera fortísima constituyendo la liga que

los sábios y literatos checos habían ideado en no remota época.

Con tal objeto, y para discutir los medios de hacer más eficaz dicha alianza, reunióse en Praga el 1.º de Junio de 1848 un Congreso eslavo. Al principio estuvieron conformes en todo las tres secciones bohemo-morava, polaco-rutena y servio-ilirio-croata, en que se habían dividido sus miembros para activar los trabajos. Unánime fué su resolución de no tolerar que la raza eslava se sometiese á la germánica, y por unanimidad se adoptó también el pensamiento de confederarse para defender los derechos é intereses comunes; más no bien se quiso dar una forma práctica á tan risueñas teorías, comenzaron las discusiones, evocóse la memoria de antiguos agravios, reprodujéronse quejas que parecían extinguidas y nada positivo ni hacedero se determinó.

A pesar de este fracaso, la fracción más ardiente de los autonomistas bohemios creyó que las circunstancias eran demasiado propicias para dejarlas pasar sin hacer un esfuerzo supremo; y cediendo á su impaciencia, considerando á los austriacos impotentes para subyugarlos, conceptuándose bastante fuertes para vencer con sus propios recursos, y un tanto influidos por extrañas sugestiones, lanzáronse á la revolución é instalaron en Praga un Gobierno provisional. Su victoria fué, sin embargo, muy poco duradera. Austria comprendió cuánto le importaba reprimir aquel movimiento, cuyas consecuencias podían ser gravísimas: acumuló numerosas tropas en torno de los sublevados, y algunos días después los checos sucumbían ante las legiones de Windischgrätz, viéndose sepultarse bajo los escombros de su capital, medio destruida por el bombardeo, los planes de independencia que tan llanos imaginaron en la exaltación de su ardor patriótico.

Acercábase entretanto la época señalada para la apertura del *reichsrath* constituyente, que se verificó el cabo el 22 de Julio; pero los elementos preponderantes en él se mostraron hostiles desde luego al baron de Pillersdorf, cuyo Gabinete fué sustituido por otro de mayor iniciativa, al frente del cual figuraban Doblhoff, Wessenberg y Barch, hombres no muy simpáticos tampoco á la Asamblea. Penetrado de esta verdad, el nuevo ministerio hizo caso omiso de la Cámara y resolvió gobernar á su antojo; disolvió la comisión ejecutiva nombrada por el pueblo en Mayo, á fin de concentrar en sus manos todos los recursos del poder; declaró que se opondría enérgicamente á cualesquiera tentativas revolucionarias; envió á Italia muchos regimientos para «restaurar el honor de las armas austriacas y hacer una paz honrosa;» concentró en Viena gran número de tropas con objeto de manlariar á Hungría; mas cuando quiso emplear la fuerza contra las masas populares, decididas á impedir la marcha de aquellas, levantáronse instantáneamente centenares de barricadas, fué muerto el general Latour, ministro de la Guerra, el emperador huyó despavorido, y la Asamblea, soberana de hecho por el momento, concluyó por trasladarse á Kremsier.

Windischgrätz y Auersperg tomaron por asalto la ciudad á fines de Octubre y establecieron un gobierno militar, proclamando el estado de sitio, á cuyo amparo tomó las riendas del poder el ministerio Schwartzemberg-Bach, que no disimuló su mala voluntad respecto de los federalistas de dentro y fuera de la Asamblea, aun cuando procurase atenuar su efecto haciendo protestas de fidelidad al régimen constitucional.

Así las cosas, el emperador Fernando I, reconociéndose inhábil para seguir empuñando el timón de una nave combatida por tan réticas borrascas, abdicó en su sobrino Francisco José, que apenas elevado al trono, anunció en una proclama su intención de derrodearse de instituciones representativas y aceptar lealmente reformas liberales acomodadas al espíritu de los pueblos y á la índole de los tiempos.

Había cierta vaguedad en algunas de las frases de ese documento, que el Gobierno esclareció en breve resolviendo la Constituyente de Kremsier, á pretexto de no estar allí representados todos los países del imperio y en vista de haber invertido muchos meses en discutir cuestiones abstractas, merced á las cuales se

aplazaba indefinidamente el cumplimiento de la misión que se le confiara.

Para evitar, empero, las complicaciones que podrían nacer de tan violenta medida, ofreció una Constitución espontánea, basada en la unidad del imperio y en el principio de igualdad de razas; Constitución que efectivamente se publicó en la *Gaceta de Viena* el 4 de Marzo de 1849.

Menester es convenir en que, aun suponiendo animados á sus autores del más vivo deseo de realizar el bien, poseídos de verdadero amor á la justicia y dotados de clarísimo talento y vasta instrucción, habrá pocas obras de más difícil éxito que un código político donde se hallen resueltas las múltiples y complejas cuestiones que envuelve un organismo tan excepcional como el de la monarquía austriaca. ¿Cómo sorprendernos, pues, al ver que no hallándose adornados los ministros de aquella época de tan raro conjunto de facultades, fracasaron en su titánica empresa? ¿Cómo asombrarnos de que una Carta, en cuya virtud se planteaba la más absoluta centralización, fuese blanco de acerbas críticas y de durísimos ataques?

No era ese, en verdad, el medio más oportuno para cicatrizar heridas tan dolorosas como las abiertas por el sangriento triunfo del germanismo en Praga, ni para restablecer la anhelada concordia entre las diferentes razas del imperio; pero los gobernantes de Viena, cuando observaron que la fermentación renacia en las provincias no germánicas y el candente problema de las nacionalidades amenazaba debatirse con las armas en la mano; cuando al volver sus espantados ojos hacia Hungría la vieron negar obediencia á Francisco José y poner á Kossuth á la cabeza del Comité ejecutivo; cuando comprendieron su impotencia para reprimir aquella formidable insurrección que debían inmortalizar con sus homéricas proezas los Bem, los Klapka, los Dembinski y otros ilustres magyares, apelaron á la astucia, á la perfidia, á la doblez características de la escuela de Metternich; y afectando un mentido liberalismo, deslumbrando á los pueblos cuyo concurso necesitaban con falaces promesas, diciéndoles que dentro de aquel año se promulgarían los estatutos provinciales y municipales, en que se aseguraría la independencia de los países autónomos, ofreciendo que se combinaría la fuerza central con el libre desarrollo de las demás entidades políticas y administrativas, estimularon de tal modo el fogoso patriotismo del ban Jellachich, jefe popular de los croatas, de Stratimirovic, caudillo de los servios y aun de los mismos checos, que todos acudieron en defensa de Austria, y afrontaron el irresistible empuje de los húngaros.

No obstante eso, la ruina del caduco imperio se habría consumado indefectiblemente, si por una parte la intervención de Rusia, á quien se apeló cuando se la miraba como la rival más peligrosa, y por otra la abominable felonía de Georgey, no hubiesen puesto término á la heroica lucha en que los bravos hijos de Arpad hicieron morder el polvo cien y cien veces á las falanjes automáticas de Windischgrätz, de Welden y del ferroz Haynau.

Una vez restablecida su dominación en Italia y en Hungría, siquiera fuese debido este prodigio á los humillantes y vergonzosos medios que acabamos de referir, Austria quiso olvidar el abismo, cuyo fondo había contemplado tan de cerca; y como si tuviese motivos para estar orgullosa de sí misma, no solo hizo alarde de la más irritante soberbia, sino que entronizó un sistema de reacción vengativa y sanguinaria, se complació en atraer sobre los fanáticos ejecutores de sus iras el anatema de toda Europa, llevó al suplicio á muchos hombres eminentes, y valiéndose de miserables subterfugios, faltó á sus compromisos con los pueblos que se habían sacrificado por salvarla.

Diez años pasaron sumidos en el letárgico sopor del régimen absolutista, durante los cuales nada intentó el ministerio Schwartzemberg-Bach para borrar las huellas del nefasto bienio de 1848 y 49; así es que en 1849 existían iguales rencores y fermentaban las pasiones con mayor fuerza todavía que en 1848, pues se hallaban exacerbadas por la persecución, la crueldad y la insopor-

table tiranía, ejercidas durante tan largo período contra todos cuantos reputaban sospechosos los agentes austriacos.

Checos, polacos, ruthenos y servios habían vuelto á entenderse con sus correligionarios de las naciones vecinas, y seguramente hubieran hecho algún esfuerzo para separarse del imperio, si no hubiesen temido que en la situación de Europa una tentativa abortada podría agravar el yugo que sobre ellos pesaba.

A esa horrible década sucedieron seis años de ensayos, que comenzaron por el diploma de 20 de Octubre de 1860, inspirado sin género de duda por los reveses de la campaña de Italia y acaso también por la ineficacia de un sistema, feo en desengaños, entre los cuales no era el menor por cierto encontrar agriada como nunca la ajena animosidad entre alemanes, checos y magyares. Dicho diploma otorgaba atribuciones bastante latas á las dietas provinciales, reservando los asuntos de interés común á la deliberación de un Parlamento central, cuyos miembros elegiría el emperador en el seno de las Asambleas locales.

No había funcionado todavía este mecanismo, que sus partidarios condecoraron con el pomposo epíteto de «federalista,» cuando el Gabinete del conde Goluchowski cayó bruscamente (Febrero de 1861) y fué sustituido por el ministerio centralista de M. Schmerling, promulgándose *incontinenti* otra ley fundamental, cuyo rasgo distintivo era la creación de un solo Parlamento, compuesto de dos Cámaras, que debían reunirse en Viena y legislar con el pleno de facultades que la generalidad de las constituciones modernas confieren á las Asambleas electivas. Pero esa ley, declarada *permanente é irrevocable* como la anterior, se retiró ante la oposición abierta que se le hizo en Hungría, por más que esto equivaliese á sacrificar en aras de un interés particular los intereses generales del resto del imperio, y quedó definitivamente suspendida por el manifiesto de 20 de Setiembre de 1865.

Firmábalo el conde Belcredi y sus colegas ministeriales, herederos de la administración Schmerling, que acto continuo disolvieron el *reichsrath*, prestando no ser posible formular proyecto alguno conciliatorio entre los pueblos de la monarquía, interinexistiese una Asamblea impregnada de ideas ultra-germánicas. Todo el mundo creía que M. Belcredi abrigaba la firme resolución de transformar el imperio en un Estado federativo, y afirmaba que sus inspiradores eran los jefes checos de Praga y los autonomistas más acentuados entre los slavs del Sur; y sin embargo, deslizábase semanas y meses sin tocar el fruto de las presuntas negociaciones, hasta que la guerra de 1866 dislocó los resortes todos de la vieja máquina.

Desesperanzado Francisco José de rehabilitarla y hacerla marchar á virtud de los procedimientos que alternativamente emplearan los primeros personajes del imperio, llamó entonces al ex-ministro sajón M. de Baus; quien después de consagrar tres meses al estudio de aquella especie de enigma viviente y multiforme que, como la esfinge, parecía gritar á todo el que se le aproximaba: «Adivina ó te devoro,» concluyó por echar sobre sus hombros la abrumadora carga y presentó al emperador un programa consistente en aplicar á los países del lado de acá del Leitha la Constitución promulgada por M. de Schmerling, restablecer para los pueblos de la corona de San Estéban la legalidad creada por la Dieta húngara, y procurar que se cimentase una conciliación estable sobre los objetos de interés común entre los dos grandes grupos del imperio.

Cuatro años ha regido el sistema dualista en la monarquía austro-húngara con más satisfactorios resultados que sus predecesores, no obstante ser el menos racional y justo de todos; pero la crisis iniciada por la dimisión del conde Hohenwart y demás ministros cisleitanos, á que dedicaremos otro artículo, no está resuelta aun, y sus consecuencias, bastante graves ya, podrán serlo tanto, que no desaparezca sin arruinar la vacilante mole en que se ha implantado.

LADISLAO DEL CORRAL.

LA CUGA.

I.

Todos la habéis visto, aunque es seguro que no todos la conocéis.

Viste generalmente de negro, y suele llevar margaritas en la cabeza.

Su edad varía por lo común entre los treinta y los cincuenta; el menos ó el más de estas dos fechas constituyen la excepción.

Parece viuda, y se Jan casos en que lo es. Sin embargo, acostumbra ir acompañada, sobre todo de noche.

En política es comunista, en literatura romántica, en religión atea.

Frecuenta los Bufos y los Campos Eliseos; cuando refresca lo hace en el Iris; alguna vez se permite pagar.

Debió ser bonita en su juventud; ahora tiene pretensiones de graciosa.

Por muy tronada que se encuentre, no le faltan nunca dos cosas buenas: las botas y los guantes claros. Delira por tener reloj.

Tal es la *cuga* bajo el punto de vista físico; estudiémosla ahora en sus diferentes aspectos.

Hace algunos años me daba yo por joven y me tomaban por alegre; lo mismo en el grande que en el pequeño mundo mi papel se cotizaba á la par, y las muchachas se disputaban mi conversacion, única cosa que podía ofrecerles. Las invitaciones y los convites llovían sobre mí.

Una tarde (serían lo más las tres, pues me acababa de acostar) me sorprendió la criada con una carta, que despues de embalsamar la habitacion me dejó ver al abrirla una elegante tarjeta de cuerpo entero, en que se leía:

FULANA DE TAL

tiene el honor de invitar á Vd. al baile y concierto con que inaugura esta noche sus salones. Calle de...

Lo singular del lance es que yo no conocia ni de nombre siquiera á doña Fulana de Tal. Es más, creo que no habia pasado nunca por la calle á donde me citaba.

Mi primer pensamiento fué no acudir á la cita. La imaginacion me representaba en aquella tarjeta la emboscada de un acreedor, la burla de un enemigo ó de un rival, la venganza de un hombre público ó de una mujer no secreta; todo menos lo que me prometia. Dando vueltas en mi cerebro á estas idas, me dormí.

No ya la del alba, la del alumbardo seria cuando me desperté. Lo primero que ví sobre la mesa fué la tarjeta, que parecia una provocacion. Solo entonces consideré indigno esquivar el reto.

Vestíme, pues, con los trapitos de cristianar, y con unos cuantos reales en un bolsillo, unos cuantos cigarrillos en el otro, y las manos en los dos, enderecé mis pasos hácia el café Suizo. Lo menos diez de mis amigos estaban sentados alrededor de una mesa, y ¡oh casualidad! los diez tenían delante de sí una tarjeta igual á la mia.

—¿Qué es eso? les pregunté no sin asombro.

—Ya lo ves, me respondieron á un tiempo cuatro ó cinco; que estamos invitados á una reunion.

—¿Dónde se bailará, exclamó uno.

—Dónde se cantará, añadió otro.

—Dónde se cenará, murmuró el más viejo.

—Todo eso y mucho más, interrumpió el que ocupaba la cabecera y el único que tomaba café.

—Pues, ¿qué es ello? dije á mi vez.

—¿Qué? ¿No lo sabes, incauto? ¿No lo adivinas imbéciles?

—No, no, no.

—Yo sí; nos invitan á una *soirée de cucas*.

II.

Todavía recuerdo la gacetilla que al dia siguiente apareció en las columnas de un periódico neo-católico.

«Brillantes, decía, estuvieron anoche los salones del callejon del Perro.

«Cuanto encierra Madrid de distinguido en artes, letras, armas y hermosura, todo allí se dió cita: la señora se lució en los honores de la casa.»

No hay para qué decir que la gacetilla era obra de uno de nuestros más notables poetas.

Y ciertamente, para el curioso poco conocedor del mundo ó del idioma, que hubiera asomado la cabeza por allí, la reunion ofrecia un golpe de vista encantador. Habia entre los hombres mancebos elegantes, militares de graduacion, filósofos y literatos, célebres los unos y aspirantes á la celebridad los otros; entre las damas no pocas bien vestidas, muchas agradables, algunas hermosas; en fin ¿qué más? hasta habia algunas hijas con madre.

Esto no quita que de vez en cuando se oyerá al pasar por cerca de un grupo:

—Anda, niña, ves á ver si Fulano quiere darte una *vaca*.

—Mamá, por *ser sola* me he quedado sin nada al tercer golpe.

—¿Ha reparado Vd., doña Mónica, como levanta muertos la viudita?

O bien estos diálogos entre caballero y señora:

—¿Me concederá Vd. el honor de una polka?

—Si señor, pero á cambio de una *armadura*.

—Vamos, Lolita, que ya la he visto á usted acertar tres ó cuatro seguidas.

—Pues ya ve Vd., no tengo más que siete pesetas.

—Pícarona; eso no prueba más sino que se va Vd. al río.

Y todo esto mezclado con música y baile, entre parejas que desfilan por un pasillo hácia el comedor y por un gabinete hácia otro sitio que no quiero nombrar; pero donde tambien entré para contemplar el cuadro más abigarrado y grotesco que pude nunca imaginarme y que consiguió sorprenderme, á mí, que habia visitado como artista las cuevas de los gitanos en Antaluca y los bodegones de los traperos en París.

Figuraos una mesa ovalada ocupando todo el centro de una gran sala, y en torno de esa mesa treinta ó cuarenta personas de ambos sexos, sentados por lo general los hombres y de pié las mujeres, salvo alguna cuya belleza, ó más bien que esto, las cantidades que apunta, la hacen acreedora á un lugar escogido.

Figuraos aquel conjunto de bocas que murmuran, de brazos que se retiran ó se adelantan, de monedas que van y vienen; de juramentos por lo bajo, de rarisas por todo lo alto, y dominando esta especie de tempestad, donde lo que más tierra es el silencio, una voz pausada siempre, á menudo conmovida, nunca amenazadora, que repite cada cinco minutos: ¡Juego! Despues de esto, unos instantes de agitacion; luego, la calma; un poco más tarde, la explosion de todas las iras, de todos los deseos, de todas las vanidades del corazon humano.

—¡Buen rey! Exclama uno que fuera de allí pasa por un demagogo furioso.

—Hubiera querido ser caballo, prorrumpe otro por más que quiera no puede dejar de ser burro.

—Yo llevaba medio duro á las de abajo, grita con decidido acento una joven encantadora.

—Miente Vd., responde con tranquilidad un honrado padre de familia.

—Hija mía, dice una mamá al oír el ruido de la disputa, no cuestiones con hombres groseros.

—A ver, pocas palabras, ó le vuelvo á cualquiera un revés.

Esta insinuacion restablece la tranquilidad en todos los espíritus.

Es, como si dijéramos, el *sáloese el que pueda*, que impide cuando no precipita las grandes catástrofes.

III.

Dejó la sala de juego, sofocado por aquella atmósfera, y me instalé en un sofá del gabinete. La péndola de la chimenea acababa de sonar dos veces, para decirnos al oído que eran las dos de la madrugada.

Cerca de mí se hallaba sentada tambien una mujer elegante y no mal parecida. Yo recordaba haber visto aquella cara en otro tiempo y en otro lugar, y medité.

Durante largo rato, no me atreví á creer á mis ojos. Era ella, sí, la misma que yo me figuraba. Pero ¡qué cambio! Yo la habia conocido inocente y joven, esperanza de una familia que la amaba, encanto de una sociedad que embellecía con sus atractivos. Me acuerdo de que la oí cantar *La Traviata*: de fijo no pensaba aun en representarla.

Por fin nos aproximamos, y como era de esperar nos reconocimos. Mi amiga de la niñez habia sido tres años corista, uno escaso ama de llaves de un americano sin ingenio, en la actualidad ribeteaba calzado por la mañana y zurcía voluntades por la noche. La habia presentado en la reunion una que pasaba por tia suya y á quien sin serlo de nadie todos llamaban del mismo modo.

Ella fué la primera que inició en los misterios de esa ciencia especial que se llama la *cuguería* y que tiene sus profesoras en todas las clases, particularmente en la siempre benemérita de las huérfanas de coroneles y viudas de jefes políticos.

Tambien aprendí, gracias á ella, que si algunas aplicaciones de esta ciencia no son antiguas, la primitiva ciencia lo es.

La *cuga* desciende en línea recta de la *buscona* de Quevedo, tiene muchos puntos de contacto con la *Celestina* y no pocas analogías con la *beata*.

Hay *cucas* de corazon y de cabeza: las de corazon viven poco y llegan cuando más á patronas de huéspedes; las de cabeza acostumbra á morirse muy tarde y concluyen regularmente en prestamistas. Unas y otras creen asegurado el cielo, como la Magdalena, á fuerza de haber amado mucho.

Todas suelen tener poco que perder, y sin embargo, yo he visto á una perder... diez y siete cartas seguidas de á peseta.

MANUEL DEL PALACIO.

LA SERRANA DE LA VERA.

I.

PRECEDENTES HISTÓRICOS.

Hay en la Extremadura alta una tradicion popular que el trascurso de los siglos no ha borrado de la memoria de las gentes, porque la poesia con cinceles de fuego la dejó grabada en ella, y sus monumentos resisten mejor que los arcos de triunfo y los obeliscos á la accion destructora de las estaciones. En esa penumbra nebulosa donde la humanidad eternamente se agita, los tiernos sentimientos, las vagas aspiraciones á lo infinito que constituyen la parte débil del carácter humano y á la par su poesia,

suelen encarnarse más vigorosamente en la plástica intelectual, por decirlo así, que las manifestaciones enérgicas y viriles, que responden y toman su significacion de la materia, desapareciendo ó trasformándose como ella en tristísima y perdurable metempsicosis.

Es la heroína de esta tradicion una mujer, circunstancia que indudablemente contribuyó á poetizarla y perpetuarla desde los primeros tiempos; mujer hermosísima, que por amores malogrados cobró tal ódio á los hombres, que se hizo salteadora de caminos, y no solo vencía á los viajeros en sendas lides cuerpo á cuerpo, sino que se los llevaba á su cueva, donde despues de gozar con ellos los placeres sensuales en fúnebre orgía, los asesinaba sin piedad, señalando con rústicas cruces su sepultura, hasta que la justicia de Plasencia puso fin á sus aventuras en la horca. De aquellas rústicas cruces estaba sembrado todo el contorno de Garganta la Olla, pueblo elegido por la Serrana para teatro de sus proezas, y bien elegido por cierto, que aún hoy, en medio de una civilizacion más adelantada, recuerda con todas sus voces á la naturaleza el estado primitivo en que salió de las manos de su Hacedor.

Figúrense nuestros lectores el tragadero de un gigante de peña viva, aquí y allá salpicado de quebradas y canchales, que semejan glandulas, fibras y venas, por donde se derraman delgados cristales ó gruesos torrentes de agua sutil, sombreados por altísimos castaños, extensos nogales y negruzcas moreras, que reclinan sus brazos en fallas de helecho. Los pobres aldeanos, que en unas trecientas casas pegadas á los interscicios de las rocas como nidos de golondrina, labran pedazos de tierra arrancados por el arte á la extratificacion de aquel grupo de montañas, que forman la sierra de Tormantos, tuvieron que construir en lo antiguo robustas paredes de sustentacion para que sus labores no se derrumbasen con las avenidas del invierno; paredes que los siglos han destruido y con ellas las artificiales tierras de panllevar, así como los castañares, dejando sumidos en la mayor miseria á los rústicos labriegos.

Confina Garganta la Olla con las aldeas de Jerte, Cabezuela, Aldeanueva de la Vera, Cuacos, tan famosa en los últimos dias de Carlos V, por haber sido mansion de los principales amigos y criados del monarca cenobita, Piornal y Pasaron; pertenece al juzgado de Jarandilla, y dista ocho leguas de Plasencia y media del camino que desde esta ciudad vá al puerto del Pico, atravesando la pintoresca Vera Placentina. A este camino deben seguramente los aldeanos de Garganta el no verse apartados del mundo y en estado salvaje, como sus convecinos de las Hurdes y las Batuecas, aunque no es por cierto la diferencia muy notable, que consiste únicamente en hablar algo más claro y vestir algo menos al desnudo.

Entre las exquisitas fuentes de su término, que hacen gran papel en la tradicion de la Serrana, como luego veremos, hay una llamada de la Santa, á un tiro de bala de la aldea, más notable en la antigüedad que ahora, pues solo manaba unos quince minutos al salir el sol, al medio dia y al ponerse, en ciertas temporadas del año, y con grandísima abundancia, carácter intermitente y comun á ciertos veneros de la provincia de Cáceres. El de la Santa ya en mucha parte lo ha perdido.

Los romanos, que trazaron con admirable sagacidad nuestras primeras vias de comunicacion y acaso la de la Vera, llamaron á este lugar *ad fauces*, que hemos traducido nosotros literalmente, desde que, á mediados del siglo XIII, una gran sequia con su inseparable compañera la peste, despobló la famosa ciudad de Caparra; pues entonces, buscando los ganaderos de Cáceres abrigo y yerba á sus majadas, se establecieron en Garganta, á donde acudió al punto la ciudad de Plasencia á darles fuero y justicia. En los siglos medios siguientes estuvo en el condado de Oropesa por título de un mayorazgo, y debió de serles más blando el imperio de los condes que el de la ciudad, pues quiso el corregidor de Plasencia restablecer la jurisdiccion en 1493, y le salieron al encuentro armados los vecinos de Garganta, trabándose en la linde una verdadera batalla, donde hubieran sacado mala parte, que el corregi-

dor llevaba una hueste de los pueblos vecinos, á no acudir en su ayuda don Francisco de Toledo, hermano de Oropesa, con buen golpe de criados y gente de armas.—¡Viva el rey! gritaban los de la ciudad, y los de Garganta ¡Viva el conde! que es triste dato para la historia de la administracion pública, por demostrar que en todos los tiempos ha sido al país onerosa y detestable.

Tiene Garganta ricas dehesas, que aun hoy forman bosques impenetrables, como toda la region Verana, por tantos títulos hermosa, incomparable y agreste. Apenas se concibe el verla en nuestros tiempos olvidada por los pintores paisajistas, siendo así que Carlos V la hizo de moda, elegiéndola para acabar sus gloriosos dias, y en la literatura patria pasa por modelo desde hace dos siglos la descripcion que contiene de sus frutas y arbolados un libro famoso, perdido por sus pequeñas dimensiones, cuyo autor la robó á un fraile mucho más antiguo, historiador del insigne convento de Guadalupe; como si la paleta humana agotara sus colores desde el mismo punto que los emplea en cualesquiera detalle de aquel hermosísimo lienzo (1).

«Aquí se hallan—dicen á duo los mencionados escritores—las hermosas camuesas, las buenas bergamotas, con todos los demás géneros de peras que imaginarse puede. Aquí los olorosos membrillos, los duraznos, los melocotones, las olorosas cermeñas, las granadas, los endrinos, los albréchigos, los hñeruelos, los nisperos y mañrosos, y asimismo grande multitud de morales y moreras, que esquilmán mucha seda. Aquí se hallan los victoriosos laureles dedicados á Apolo, y palmas vencedoras; grandes castaños, altos cipreses, crecidos robles, gruesos loros, verdes alisos, amontonados fresnos y altísimos álamos, donde trepando las parras consagradas á Baco desde el tronco hasta su altura, los hermosean con sus frutos y frescas hojas, y ellos las sustentan con su firmeza.

«Tambien fertilizan este suelo muchas olivas consagradas á Palas, símbolo de la paz, muchos naranjales con grande abundancia de cidras, toronjas, ceoties, limas y limones, con mucha abundancia de zambos y membrillos. Aquí los avellanos, los quejigos con su flor como de peral, que hacen en las aberturas de los peñascos de los montes. Aquí los nogales, enebros, ojeranzos, los acerolos, los perejones, las serbas, los castaños y robles. Aquí los incorruptibles tejos de encendida y maravillosa madera, por criarse al desembarazo de los cierzos más frios, acomodan tambien para esculpturas, camas y escritorios. Aquí las trepadoras hiedras abrazadas con los muros, donde los pajarillos esconden sus nidales y cantan sus canciones, pasan lo en silencio otra grande multitud de árboles y plantas que la vecindad del agua produce y engendra, con otros infinitos géneros de yerbas medicinales y odoríferas flores, que adornan y enriquecen el suelo de esta amenísima provincia, siendo sus campos hermosos jardines, donde naturalmente, solo con la agricultura del cielo que la labra, se crian hermosas flores, odoríferas rosas, castas azucenas, cárdenos lirios, peonías, tulipanes, y de aquilon campanillas.

«Cógense á racimos las violetas, á montones los claveles, y los jacintos á puños. Aquí los arrayanes dedicados á Venus, las murtas, los paraísos, las retamas, los jazmines y naturales claveles que se topan en los campos; que trasladado todo á los claustros de los jardines, los enriquecen y hermosean... Es la tierra de su naturaleza tan viciosa en criar árboles y plantas y en llevar frutos, que muchos años, cuando los inviernos no son demasiado rigurosos, se ven muy de ordinario florecer segunda vez los árboles por el Otoño y llevar segundo fruto, que se coge á vuelta de Navi-

(1) «Amenidades, forestas y recreos de la provincia de Vera alta y baja en la Extremadura, con un tratado...» compuesto por D. Gabriel Acedo de la Berrueza, natural de la villa de Jarandilla.—Madrid, por Andrés García de la Iglesia, 1667. En 8.^o

Desgraciadamente, el autor, que goza grande fama entre los hablantes por su descripcion de los arbolados de la Vera, plagió descaradamente á Fr. Gabriel de Talavera, autor de una «Historia de Nuestra Señora de Guadalupe» impresa en 1597, como puede verse por nuestro «Catálogo de los libros que tratan de Extremadura», pág. 312.

«dad... Véase también á su tiempo en las «vides juntamente fruto maduro, en cierre y en agraz...»

Igualmente la poesía, quizá por boca de uno de esos mismos escritores, el señor Acedo, antepasado del conde de la Cañada, tan famoso en la administración y la literatura de Carlos III, cantó las bellezas de la región placentina, en un romance dedicado á la retirada de Carlos V á Yuste, diciendo en bello y poético tono:

Yace en la valiente España
Un gran pedazo de tierra,
Dulce olvido de los hombres
En la Vera de Plasencia:
Suelo de tanto deleite
Que acreditará á un poeta
Que fingió el Eliseo campo
A decir que fué en la Vera.
Aquí el temerario invierno
De lástima ó de vergüenza
Del campo siempre florido,
Dentro en sus huertas se encierra.

Este, pues, campo Eliseo de la alta Extremadura poético retiro de frailes gerónimos, de emperadores cargados de gloria, y de almas, en fin, con el mundo desavenidas, lo fué de aquella mujer singular, cuya naturaleza selvática, por una especie de reacción misteriosa sobre sí misma, volvió al estado salvaje á impulso de dulcísimas pasiones, que es extraña contradicción, pero frecuente en el humano espíritu.

Los que han podido estudiar en los países intertropicales la perturbación que causa á la inteligencia esa lucha entre el estado primitivo y la civilización, que allí constituye la vida social, no juzgarán, por cierto, inverosímiles los frecuentes casos análogos que la España del siglo XVI presenta. Como destemplada por los sacudimientos nerviosos de una época de violentas transiciones, la naturaleza fluctúa entre la luz y la sombra, y ora tiende enérgica y decidida sus alas por las regiones esplendentes de la nueva vida, ora trémula y sombría se replega á las regiones oscuras donde su infancia ha corrido, no solo por la atracción impelida del nihilismo, tan simpático á la materia, como por el resplandor espantado de los nuevos focos que la deslumbran. Así se explica el barniz bárbaro que toman las grandes pasiones en los siglos medios; así la aureola de luz y sombra que embellece á las grandes figuras de la historia popular, mitad bandoleros, mitad héroes, y así la vida monástica, que con irresistible íman atraía á los claustros una sociedad entera que, después de asistir á la tremenda lucha de principios antitéticos, de elementos irreconciliables, y para combatirse desencadenados, buscaba, no tanto el reposo del espíritu, como el objetivo permanente é invariable de la creencia. Así quizá podría también explicarse los delirios filosóficos de los tiempos que alcanzamos, poéticos, pero insanos retiros de la inteligencia, cansada de volar sin otra luz ni otra guía que su propio instinto por el tiempo y por el espacio.

En la mujer, más delicada, más frágil, más fogosa y ardiente en sus pasiones, toma ésta que podríamos llamar perturbación de los tiempos un carácter extrínseco. Para sacudir las ligaduras que el estado social le impone, consumida de tédio en la soledad de su casar feudal, ó solitaria sin amante ni esposo en la aldea, cuyos vecinos se han ido en masa á la guerra, no halla otro arbitrio que emular al hombre y disputarle palmo á palmo el teatro de su actividad, el claustro, la batalla, la conquista, el galanteo, la aventura, el crimen rara vez, más amenudo la cátedra y la ciencia. Análogas causas sociales producen, pues, á Santa Teresa, á la Sigra, á doña Luisa de Carvajal y á la Monja-alférez. Lucrecia Borgia es el tipo absoluto, descarnado, del triunfo completo del mal en esta lucha de luz y sombra: ángel por la materia, demonio por el espíritu.

V. BARRANTES.

(De El Debate.)

DRAMA MARÍTIMO.

«Acerca del horroroso atentado que un furioso cometió hace días á bordo de un vapor mercante surto en la bahía de Bayona (Galicia), creemos que nuestros lectores verán con interés los detalles que suministra el Sr. D. José Castro Miguez en el siguiente comunicado:

«Señor director de La Política.

Muy señor mío: El 10 del actual, y con objeto

de recibir carga y pasajeros, fondó en este puerto el vapor *Nizasio Perez*, propiedad de un rico comerciante del Ferrol.

Como á cosa de las diez de la noche del citado día, el capitán del buque, D. José Martínez Señoras, con un individuo de la tripulación, se presentó en casa del consignatario D. Manuel de Arriaga pidiendo auxilio, pues sospechaba tener á bordo una gavilla de la gente alevosa en razón á que un pasajero había herido mortalmente á siete personas, entre ellas una señora, para las que demandaba el inmediato socorro facultativo, recelando que la mayor premura no fuese eficaz para salvar la vida á las infelices víctimas del más inaudito asesinato. El tan activo como honrado consignatario puso sin pérdida de momento este infansto suceso en conocimiento de D. Clemente Siguero, teniente de navío y ayudante militar de marina, y de don Luis García Monserrat, jefe de la fuerza de carabineros de este punto, capitán de infantería, quienes con un celo digno de todo elogio, sin reparar en lo tormentoso de la noche ni arriesgarles el viento huracanado y copiosa lluvia que caía, corrieron al muelle, haciendo lo mismo el médico titular D. Manuel Fernández Salgado, que al primer aviso se presentó también en aquel punto, pronto á prestar á los desgraciados los socorros de su facultad.

Este distinguido profesor, cuya pericia y competencia es reconocida, y hasta con gusto confesada por personas cuyos nombres honran á la ciencia médica, en unión con los señores expresados y el capitán del buque, se esperó otra fuerza que les auxiliara, ni tener en cuenta el estado borrascoso de la mar y de la atmósfera, despreciando los fundados temores de que en la nave tuviera que correr nuevos y mayores peligros, pues se temía hubiese en parte de los pasajeros una conjuración para asesinar á los demás con el fin de apropiarse los intereses que conducía, llevados del ardiente deseo de dar auxilio, sin desperdiciar el tiempo, á los que lo necesitaran, venciendo todas las conjeturas á que se prestaba tan desdichado acaecimiento, se embarcaron en un pequeño bote que, atendidas sus raquíticas dimensiones y la turbulencia de los elementos, bien puede decirse que los que á tanto se arrojaron más se acordaban de los afligidos que de sí mismos. Llegado que hubieron al costado del vapor y aspirando cada cual á ser el primero en pisar el lugar del conflicto, por no poder hacerlo todos á la vez, cédole verificarlo al bizarro jefe D. Luis García Monserrat, al que siguieron los demás, dirigiéndose inmediatamente á la cámara á donde recogieron los heridos. Doloridos ayes, lastimeros quejidos y sangre, era lo que se ofrecía por doquier en aquel recinto, aposento del dolor. Sabedores de que allí se encontraba el facultativo, cada uno anhelaba ser el primeramente curado, pues que á consecuencia de la considerable cantidad de aquel líquido que habían perdido, y que á borbotones les salía de sus enormes heridas, sentíanse desfallecer y ser víctimas irremediablemente.

El médico, á vista de un cuadro tan desolador, prodigando á todos palabras de consuelo, y desplegando una actividad prodigiosa, á cuyo beneficio deben no haber sucumbido, logró, sin otro auxilio que su solicitud, cohibir inmediatamente las hemorragias, poniendo los correspondientes apósitos con tal habilidad, que consiguió hacer la primera cura antes de media hora, y con maestría tanta, que no se derramó después ni una sola gota de sangre, permaneciendo, hecho esto, al lado de aquellos infelices como una hora, para afirmarse bien de si sobrevendría alguna hemorragia.

Mientras él cumplía tan laudablemente su misión, la celosa autoridad de marina inquiría el motivo que diera origen á aquel suceso, y por resultado de aquellas preliminares averiguaciones, supo que un pasajero llamado Rafael Carjavilla, sin que hubiese precedido provocación por ello, empezó á dar puñaladas á cuantos encontraba á su paso en la cámara de proa. A los agudos gritos del que hería, poníanse los demás en movimiento, mas el primero con quien tropezaba era también el que inmediatamente seguía la suerte del anterior, hasta que de esta manera hirió gravemente á seis. A los gritos y confusión consiguientes, el piloto, que ignoraba lo que sucedía, saltó de su cama y salió recomendando á todos que tuviesen orden. Viéndole el asesino, se dirigió á él precipitadamente puñal en mano, y en este caso el acometido, indefenso, bajó para la cámara de popa, dirección que también tomó aquel. Al bajar la escalera, salía de su camarote el mayordomo, á tiempo que casi se encontraba con el criminal; entonces éste le asestó una puñalada al pecho, que aquel evitó retirándose instantáneamente, no sin que dejase de recibirle en una pierna.

Por fortuna, al dar esta herida, tropezó el Carjavilla en el saltillo de la cámara y cayó. Seguidamente, el piloto, el mayordomo y el camarero se echaron sobre él, y ayudados por el teniente de navío D. Manuel López Carballo, del alférez de id. D. Juan Ibañez, y del teniente de infantería de marina D. Cayetano Saenz, que, como pasajeros, venían á bordo, lo mismo que la señora é hija del general Sampedo, lograron romperle el arma contra el suelo, ya que no arrojársela con la tenacidad con que la empuñaba. Maniatáronle con la debida seguridad, y en este estado le dejaba el capitán cuando vino á tierra con el objeto dicho al principio.

Conducido después á la cárcel, y tranquilizados en lo posible los demás pasajeros, se retiraron las personas que dije habían ido á dar auxilio, sin que en aquella noche hubiese más novedad. Al día siguiente se empezaron á instruir

las oportunas diligencias por la autoridad competente, y el 13 fué llevado el reo por la Guardia civil á la cárcel de la ciudad de Vigo.

El mal estado de la mar no permitió que los heridos fuesen trasladados al hospital el día 11, lo que se verificó el 12 con las más escrupulosas precauciones para evitar los desagradables accidentes que pudiera causarles cualquier movimiento.

El médico que en la mar no había descurrido su asistencia, una vez instalados en aquel benéfico establecimiento, redobló, si así puede decirse, sus esfuerzos, á los que, y á los cuidados que de toda clase se le prodigan, es debido no haya fallecido ninguno, aunque desgraciadamente continúan algunos bastante graves.

Este vecinario, tan honrado como pacífico, que en más de una ocasión ha dado pruebas de su filantropía, y que con amargura deplora tamaño atentado, se apresuró á facilitar hilas, de lo que por el pronto se sentía más necesidad.

El consignatario D. Manuel de Arriaga, persona digna por más de un concepto, y á quien sus negocios ocupan con exceso, no omite, á pesar de todo, lo mismo que su señora, frecuentes visitas, ni escusa medio alguno que pueda contribuir á la curación y alivio de los heridos, los que, si logran salvarse, llevarán con seguridad duraderos recuerdos de gratitud y reconocimiento.

No concluiré sin hacer especial mención de los humanitarios sentimientos del joven D. José Portal, hijo del coronel de infantería del mismo nombre, el cual desde el primer día, y con una loable asiduidad, se presentó voluntaria y espontáneamente en el hospital, para ayudar á asistirlos, llevándose en aquel local desde muy de mañana hasta las once de la noche, auxiliando á la cura de las heridas y prodigándoles toda clase de cuidados con recomendable afabilidad y cariño.

El Gobierno de S. M., que no escasea á los que á ello se hacen acreedores, creo no dejará sin premio al mérito contraído por los que con riesgo de su vida han tratado de salvar la de sus semejantes; así como á los que se han distinguido tan señaladamente, manifestando sentimientos mercederos de toda alabanza y dignos modelos de imitación. En ello satisfará los deseos de todos los que presenciamos los hechos, en lo que creo ser fiel intérprete, y pagará un tributo debido de justicia á los servicios prestados á la humanidad.»

EL COMERCIO EN TRÍPOLI.

El vicecónsul de España en Trípoli de Siria ha remitido al ministerio de Estado la Memoria siguiente:

«Trípoli de Siria 11 de Julio de 1871.

Señor ministro: Me tomo la libertad de someter á la aprobación de V. E. el siguiente estado del movimiento comercial que ha habido en esta población.

Las calamidades de la guerra han hecho, como en todas partes, resentir algun tanto á Trípoli; no obstante, puede asegurarse que ha sido en pequeña escala comparado con otros puntos. Esto proviene de que nuestros trasportes con Europa son de escasa importancia.

La importación se hace generalmente por conlucto del comercio de Beirut, cuya población se halla en estado de proveerlos de todos los artículos procedentes de Europa. En cuanto á la exportación directa con esta consiste en los artículos siguientes: esponjas, las cuales en su mayor parte se expiden para Francia y Trieste, la seda en capullos para Francia, las naranjas para Olesa y las lanas procedentes de pueblos del interior para Inglaterra y también para Francia. Una parte de esta exportación se practica por los comerciantes de Beirut, especialmente la seda, por cuyo motivo existen en Trípoli tres comercios de este artículo, establecidos por los negociantes europeos y árabes de Beirut. Algunos cargamentos de trigo y de maíz se hacen directamente para Francia é Inglaterra. Los otros artículos de producción de este país, tales como jabón, tabaco, aceite de olivas y cereales son exportados diariamente para Egipto en caravanas y para la costa.

La cosecha de los cereales ha sido este año excelente: las abundantes aguas que cayeron durante los dos últimos meses del invierno han contribuido mucho al aumento de los productos que se observa por todo el país. En las ciudades del interior (Hama y Homs) la recolección ha sido igualmente satisfactoria. Esto ha contribuido á la baja que actualmente se observa de un 30 á 50 por 100 en los precios de los cereales respecto al año anterior. La llegada del interior de trigos y granos continúa todavía. Los precios hoy día son de 90 á 115 piastras el schembul (100 occas). La cebada de 55 á 60 piastras en la misma medida (70 occas), esperándose todavía una nueva baja en los precios. La recolección ó cosecha de la seda ha sido buena, tanto en los países llanos como en los montañosos; en estos últimos, los granos no han obtenido buen resultado, así como los de China, que en la mayor parte han dado una mediana cosecha. La seda griega vale en la actualidad 190 á 250 piastras la occa. Esta baja que se observa está motivada por las perturbaciones francesas, puesto que para esta nación salía antes; hoy que las noticias de este punto son menos alarmantes, los precios del capullo de seda empiezan á tender al alza, pagándose por la de mejor clase de 25 á 28 piastras la occa. La seda

griega se valora este año en 15 á 20 000 occas, y los capullos en 150.000 occas, lo cual representa una suma de 2 millones de francos próximamente.

Durante el año pasado la producción de las esponjas, que es uno de los mejores artículos de nuestro comercio, ha sido mediana, pero su estado actual es deplorable á causa de la escasa salida que por la guerra ha tenido, notándose la falta de compradores en Trípoli, sobre todo en el mes de Junio en que empezó la epidemia cólera: cuando el buen tiempo le favorece es en extremo productiva, y al contrario decae de una manera notable cuando los fuertes vientos no cesan de soplar, ocasionando perjuicios y dificultades en las operaciones necesarias. Por estas razones creo que la producción en el presente año es poco satisfactoria. El valor de las esponjas que se recojen anualmente es de 2 millones de piastras próximamente. El precio que en ella tienen es todavía variable, siendo notablemente bajo el del último año. En 1869 la occa de esponja blanca se vendió al precio de 70 á 90 francos, según su calidad más ó menos fina.

A juzgar por las apariencias, la recolección de las olivas promete ser buena. Este artículo forma una de las mejores producciones: una gran parte de los aceites de esta población se destinan á la fabricación de jabón en Trípoli.

Los paquebots de las mensajerías francesa, rusa y egipcias hacen un servicio regular en esta rada. El número y la calidad de las mercancías importadas y exportadas por ellas durante el año 1870 se encuentran en la nota aneja á este despacho: cuando las mercancías entran ó salen por medio de embarcaciones de vela, es imposible conocer el valor que alcanzan; solamente se puede calcular de una manera aproximada el valor de la exportación en general en 1870, todo por medio de las embarcaciones de vela, cuyo valor ascendió á 6 millones de francos, y la importación á 12 millones de francos.

Estas son las comunicaciones que creo deber someter á V. E., señor ministro, acerca del comercio de esta localidad. Tengo la honra de ser, etc.—Firmado.—Th. Catzélis.

Mercancías importadas y exportadas en Trípoli por los buques de vapor durante el año 1870.

IMPORTACION.		EXPORTACION.	
Número de buques.	ARTÍCULOS.	Número de buques.	ARTÍCULOS.
91	Seda.	220	Seda.
1833	Manufacturas.	1206	Manufacturas.
317	Algodón hilado.	8842	Tabaco.
659	Tumbaga.	122	Jabón.
508	Quincallería.	2369	Lana.
332	Café.	103	Algodón.
311	Azúcar.	19407	Frutos secos.
498	Añil.	3019	Harina.
312	Legumbres.	8242	Cereales.
19	Panas.	383	Capullo de seda.
928	Pieles.	436	Esponjas.
34	Queso.	500	Sésamo.
235	Arroz.	160	Aceite.
525	Artículos diversos.	118	Quincalla.
		125	Manteca.
400	Hierro.	20	Sosa.
		226	Artículos varios.
		118	Bizcochos.

LA EDUCACION SUPERIOR DE LA MUJER

EN INGLATERRA.

(Del Times.)

Publicamos hoy el resultado de una prueba que acaba de hacerse en la Universidad de Cambridge, y que ha de influir en un asunto, cuyo interés crece diariamente: la educación superior de la mujer.

La Universidad se promete, no solamente averiguar, como en sus exámenes locales, la educación que reciben los hijos de la clase media, sino ofrecer á las mujeres jóvenes ventajas semejantes á las que se proporcionan á los hombres en la Universidad de Londres, ó en la de Oxford á los estudiantes libres. Por supuesto, un simple certificado ocupa el lugar del grado; pero la Universidad ofrece examinar á las de más de diez y ocho años en los estudios superiores á que probablemente se dedicarían.

Exámenes así conducidos, ofrecerán á la mujer una norma de gran valor para la dirección de sus estudios, y para muchas un testimonio apetecido de su cultura; pero también tienen considerable interés público, por que demuestra con la mejor autoridad el carácter general de la educación superior de nuestras mujeres.

El asunto alcanza mayor interés á causa de las disputas suscitadas sobre las funciones sociales y políticas de este sexo, además de otros puntos de más inmediata y práctica trascendencia, para los cuales tiene mayor importancia aun. Como madres, hermanas y esposas, no menos que como institutrices, la ilustración de la mujer y la cultura de su espíritu, ejercen una influencia trascendental en la sociedad bastante grande, para hacer los datos aquí ofrecidos dignos de la más grave atención.

Como estas no se han generalizado todavía, las conclusiones sacadas de ellos deben aceptarse con cierta cautela. Quizá las examinadas no representaban fielmente la más elevada ilustra-

ción de las jóvenes inglesas, y hasta ahora pocas, que no sean institutrices, se habrán sometido á una prueba tan poco usual: sin embargo, una lista que abraza examinadas en latín, francés y alemán, en lógica, economía política, y en lo más elevado de las matemáticas, deba comprender no solo institutrices de clase elevada, sino estudiantes del sexo femenino.

Los exámenes tuvieron lugar en cinco grandes centros provinciales, además de los de Londres y Cambridge, y el número de examinadas en Julio último, pasó de ciento. Sin fiarse demasiado en la prueba que ofrece esta investigación, se puede tomar como señal de la cultura de una gran parte de las mujeres de este país.

En primer lugar, se nota que en la elección de asuntos propios para la educación de la mujer, los estudios tradicionales conservan su imperio. Parece ser necesario que toda alumna, antes de inscribirse en la lista ha de haber pasado los estudios de la sección A, es decir, los de teología, matemáticas, historia de Inglaterra y literatura, composición y lengua inglesa.

Estos, sin duda, deben ser los primeros elementos de la educación de una joven inglesa; sin embargo, exceptuando la sección de ciencias físicas, la proporción de descalabros ha sido mayor en esta que en las demás secciones. De ochenta y cuatro aspirantes, treinta y seis, es decir, el 43 por 100, fueron reprobadas.

Es fácil adivinar cuál era la sección que ofrecía el mayor número de aprobadas: sin tomar en cuenta, como excepcional, la sección de matemáticas superiores, en la cual no se han presentado más que cinco alumnas, y todas pasaron en la sección de idiomas, que abrazaba francés, alemán, italiano y latín; de sesenta y cinco, únicamente siete fueron reprobadas; nótese que de estas sesenta y cinco, solo cinco pidieron exámen de latín. Claro es que la fuerza de la educación superior de la mujer inglesa, todavía descansa en saber francés y alemán, descuidando estudios más serios. Sin embargo (siempre exceptuando las ciencias físicas), las asignaturas que satisficieron menos á las examinadoras, fueron las de lengua y literatura inglesas. «Estos ramos, dicen, han sido demasiado abandonados, y no se ha consagrado el debido estudio á los libros de texto recomendados.»

El dictámen de los examinadores de francés y alemán es satisfactorio, salvo algunos defectos que luego haremos notar. Es muy posible que en este respecto la educación de la mujer no sea más que un reflejo del descuido que se nota en la de la mayoría de las jóvenes. Si cada joven que sale este año de nuestros colegios públicos, tuviera que sufrir un exámen en la sección A, y al mismo tiempo otra en la de griego y latín, el descalabro en la primera coincidiría con el buen éxito en la última. Se nota en estos exámenes que lo que caracteriza á las alumnas, es falta de profundidad y precisión: se exceptúan de esta falta la economía política, y también de un modo notable, la historia y la geografía.

El examinador de teología recomienda que las alumnas estudien con más cuidado las relaciones históricas de los libros que leen, y que aquellas que han estudiado la analogía de Butler han expuesto sus propias ideas, en lugar de las del autor.

En composición inglesa se nota una gran falta con respecto á la puntuación, llegando en muchos casos á un entero desprecio de toda regla y principio.

En álgebra hacen notar que mientras las aspirantes tienen facilidad en el manejo de los signos, parecen tener poca idea de lo que es una prueba lógica.

Se queja el examinador de lógica de falta de precisión y concisión en el lenguaje.

En economía política, sobre la cual el dictámen es muy satisfactorio, se nota que había una comprensión clara y viva de sus principios, pero sin profundidad.

Estos resultados se recomiendan al estudio serio de cuantos se interesan por la educación de la mujer, por que coinciden con las opiniones de todos los que más han estudiado la cuestión del trabajo y la educación femenina. En resúmenes cuantitativos, el éxito es satisfactorio, y no dudamos que la inteligencia, por término medio, de las jóvenes de diez y ocho años, es igual á la del otro sexo.

Los grandes defectos que se encuentran en la educación de la mujer, son falta de profundidad, precisión y exactitud lógica.

La inteligencia de la mujer es más viva, y su poder de expresarse más abundante que en los hombres; pero les falta firmeza de propósito; su alcance puede ser mayor, pero es menos exacto; hasta cierto punto este defecto es físico, pues para sostener la atención por mucho tiempo, es necesaria más fuerza que la que generalmente se cree; sin embargo, hay que confesar que hasta el día ha habido una falta lamentable de esfuerzos para remediar este defecto del espíritu femenino.

Mucho más fácil es para las jóvenes de Londres asistir á conferencias interesantes dadas por filósofos ó historiadores brillantes, que adquirir pacientemente y tranquilamente los conocimientos de la lengua y literatura nacionales. Toca á los padres, los hermanos, los maridos y á la opinión pública, procurar una mejor distribución de tiempo entre los elementos de la instrucción inglesa y las exigencias de una educación de adorno.

ÚLTIMOS DIAS

Y EJECUCION DE ROSSEL FERRE Y BOURGEOIS EN SATORY.

La justicia humana ha cumplido hasta el fin su triste misión con los jefes de la insurrección socialista del 18 de Marzo: á muchos alcanzó en las calles de París el rudo y sumario castigo militar; pero todavía se necesitaba una ejecución solemne y legal que respondiese como un eco terrible á los asesinatos de los generales Leconte y Clemente Thomas con que celebraron su triunfo los insurrectos, y esa ejecución ha tenido lugar en el campo de Satory el día 28 del pasado á las siete de la mañana.

Tres han sido los ajusticiados: Rossel, Ferré y Bourgeois.

Rosel, cuya energía y resolución no se han desmentido un solo instante, se cerró por sí mismo toda esperanza de salvación, escribiendo hace seis días á Thiers. «Sé que se ocupan de buscar medios para librarme la vida; no puedo ser insensible á esos proyectos, por los cuales doy gracias á la comisión y al presidente de la república.

Pero estoy firmísimamente resuelto á no conservar la vida á costa de la deshonra. Si no podéis otorgarme dos cosas: que me indulten de la pena capital, que no me excooren de mi grado en el ejército, tomad la vida, que no la quiero. Os lo confieso, no perdonaré á cualquiera que me imponga una degradación que no quiero sufrir. Mi franqueza no puede ofender al señor presidente; más vale entenderse y comprenderse desde luego.»

Después de esta carta su suerte quedó irrevocablemente decidida.

La primera noticia cierta que han tenido Ferré y Rossel de que se acercaba el momento fatal fué por una formalidad de la cárcel. El día 26 se les presentó un escribano para preguntárles minuciosamente su estado civil. Entonces presintieron que se trataba de redactar el acta de defunción! Rossel empezó en seguida sus preparativos, ocupándose muy especialmente del vestido que había de llevar. Hizose traer sus propios vestidos y eligió una camisa blanca y pantalón, levita y chaleco negros para sustituirlos al vestido reglamentario de la cárcel.

«Quiero, decía al Sr. Passa, pastor protestante que con admirable celo y abnegación me venía asistiendo hace seis meses, con poder desbrocharme mi camisa y no la de la cárcel para decir: «¡Herid aquí!»

En seguida entregó á su digno consejero un ejemplar de su opúsculo, titulado *La defensa de Metz y la lucha á todo trance*, con dedicatoria «Al Sr. Th. Passa, ministro de la religión reformada, en testimonio de gratitud y amistad,» y como prueba de sus estudios religiosos y de su ascetismo añadió este versículo IV de Job, libro III: «Por tí mismo has instruido á muchos, y has sostenido las manos que estaban debilitadas.»

Luis Nataniel Rossel tenía 27 años; nació en Bretaña, de padre francés, militar, y de madre escocesa. Tiene dos hermanas; la mayor de 20 años, que se le parece extraordinariamente, y á quien solía llamar *son bébé*, y la más joven de 12 años, llamada Sarah.

Apenas entró en la cárcel, Rossel hizo llamar al pastor Passa, una de las personas más á propósito para consolar á un desgraciado. Este pastor, cuya madre se hallaba entonces gravemente enferma, creyó que Rossel sería juzgado de un modo sumario, y entre dos deberes, no vaciló en acudir al lado del pobre preso. El día en que se leyó su sentencia, Rossel, por una delicada superchería, consiguió alejar á su confesor, el cual había perdido en Wissemburgo y Froeschwiller á dos hermanos políticos, uno oficial y el otro cirujano.

La caritativa influencia del Sr. Passa se dejó sentir en Rossel, devolviéndole el amor al estudio.

«Desconfiad de vuestro misticismo, le decía, trabajad.»

Y como Rossel le enseñase sus notas acerca de la reorganización del ejército, Passa le instó para que escribiese un libro que, como saben nuestros lectores, se ha publicado. Hasta el viernes último (21) no pudo ver Rossel á su familia sino á través de las rejas del locutorio. Pero ese día, como ya se acercaba el fatal desenlace, Passa obtuvo que le dejaran reunirse en el gabinete del abogado con su familia para gozar de las últimas expansiones que le estaban permitidas. Halláronse presentes á esta entrevista el director de la cárcel, Sr. Ponsoll, y el Sr. Passa. La escena fué conmovedora. El padre, resistiendo á su impaciencia, empujó á su mujer y á sus hijos en los brazos del preso, que sucesivamente iba estrechando las manos de todos, y exclamaba:

«¡Tomad, estrechadme!... ¡Ay de mí! ¡Siento no tener más que dos!»

Y en seguida, para contener sus lágrimas, se ocultaba el rostro.

«¡Los quiero tanto! dijo trastornado al pastor que se quedó el último. ¡Pobres padres! ¡Pobre Sarah! y se pasaba la mano por los ojos inundados de lágrimas.

«¡Que Dios sea contigo y te guarde! Fué la despedida del padre echándole la bendición.

«¡Sí, padre mío! respondió Rossel: ¡que Dios sea con nosotros! ¡con vosotros!»

«Volveremos mañana...»

«¡Oh, mañana! dijo Rossel grave y conmovido.

Entonces el padre, dominado por un presentimiento terrible, fué á visitar á Thiers, de vuelta de Rouen; el presidente de la república no sabía cómo sustraerse á una pena tan desgarradora.

En la noche del domingo al lunes, el padre sospechando que la ejecución podría verificarse á la mañana siguiente, corrió á las cuatro de la mañana á casa de Passa, con el cual permaneció hasta muy entrado el día para asegurarse de que todavía no era. El pobre hombre se arrastraba por el cuarto para interrogar al ministro protestante. La madre y las hijas iban y venían con suprema ansiedad.

Durante los últimos días, Rossel ha leído el *Richelieu*, de Noailles; *Carlos XII*, por Gustavo Aldersfeld; Calvino, que le apasionaba; Corneille, su autor favorito; *La guerra de los treinta años*, de Schiller, en alemán; Tennyson, en inglés, y un libro viejo de rezos, medio quemado en las guerras y guardado en una caja de madera.

Mucho se temió que tratara de escapar al oprobio por medio del suicidio. Con este motivo, su pastor le recordó estas palabras de Napoleón I: «Suicidarme sería acabar como un petuero enamorado.» Al oír esto, Rossel se encogió de hombros con un movimiento de aprobación y respondió:

«Estad tranquilo; moriré á la luz del día.

Sus últimos estudios fueron de geografía, y luego, discutiendo las cuestiones más elevadas, olvidaba el sitio en que estaba encerrado su pensamiento y decía:

«¡Cuán bella es la vida de los benedictinos! ¡Oh! esta celda sería todo un porvenir... si no fuera tan estrecha y si no estuviera tan cerca de la eternidad.

Sus conversaciones de filosofía y política con el abogado Joly demostraban una serenidad que la idea de la muerte tan próxima no bastaba á alterar.

Sencillo, tranquilo y sin la menor fanfarronada, ha justificado con su carácter y con la sed de reivindicación que le animaba estas palabras de Barthelemy Saint-Hilaire.

«Es un hombre á quien se le daría la mano antes de fusilarle.

Ferré, en cambio, ha pasado sus últimos días en un estado de febril sobreexcitación, y cuando aparecía tranquilo era porque lograba engañarse á sí mismo. Sin embargo, su rudeza se suavizó un poco al contacto del capellán, del excelente abate Joley, y á pesar de su salvajismo hizo buen recibimiento al cura.

«¡Esperais obtener de él una confesión in artículo mortis! le preguntaban. ¡Creéis que conseguiréis reconciliar con el cielo á ese irracional con la sociedad?»

«¡Tal vez! ¡Ah! Si supiérais la revolución que se ha operado en los más feroces cuando ha llegado el momento de decirles: «¡Todo ha concluido! ¡Dentro de una hora habreis dejado de existir!»

Ferré ha escrito á Thiers y á varios ministros para obtener que mejorase la situación de su hermano, preso también, y atacado de locura. ¡Triste familia la de los Ferré! El padre, en los pontones de la Rochela; el hermano, loco y sometido también á una condena. Solo queda libre una hermana joven que se ha portado admirablemente.

Toda la semana se estaba trabajando con ardor para llevar el domingo á Ferré 20 francos que necesitaba para pagar sus gastos. Cuando este último domingo la pobre joven entregó, como de costumbre, al abate su modesto peculio, el buen sacerdote decía:

«¡Ay de mí! No me he atrevido á revelar lo que su hermano no consumirá esta semana esos 20 francos ganados con un honrado trabajo y bañados en lágrimas.

Caando Ferré veía entrar á su confesor se levantaba respetuosamente y le alargaba la mano; pero su energía era más ficticia que real, y pronto llegaban períodos de abatimiento y profunda prostración.

Gustavo Marateau no ha podido ser ejecutado, porque una enfermedad se encarga de arrancarle de esta vida; está devorado por la tisis.

Bourgeois se ha mostrado muy arrepentido y religioso.

Un colega da los siguientes detalles acerca del fusilamiento:

«A las seis de la tarde del 27 se habían dado las órdenes para la triple ejecución de los que hace tres meses esperaban el desenlace de la causa.

A las cuatro de la mañana se les dió la fatal noticia, y Rossel, con el tono ídemático que le era peculiar, contestó simplemente.

«Está bien, estoy dispuesto.

Ferré, sin contestar, pidió que cepillasen cuidadosamente su ropa, rogando que le dejaran solo hasta que llegase el momento de partir.

Bourgeois dormía profundamente cuando fueron á sacarle de la prisión, se puso el gabán y subió con firmeza en el carruaje de la ambulancia. Este y otros dos que conducían á los sentenciados, se pusieron en marcha escoltados por un destacamento de dragones. Rossel iba acompañado de un limosnero protestante y dos gendarmes, en tanto Ferré y Bourgeois solo llevaban los gendarmes por haberse negado á la compañía del abate Follet, limosnero de las prisiones de Versalles.

Los carruajes, arrastrados por cuatro caballos cada uno, llegaron al campo de Satory estando los caminos desiertos. Allí se había formado un cuadro de 500 metros, por once regimientos, entre los cuales se hallaba el primero de ingenieros á que pertenecía Rossel.

En el momento de llegar los condenados se produjo la natural sensación en todos los presentes. Rossel llevaba bajo de su sobretodo negro un traje gris con rayas de aquel color. Bajó del coche y ofreció la mano al pastor para ayu-

darle á bajar. Estaba lleno de calma, apenas pálido y llevaba el lente en la mano.

Ferré, muy pálido, pero mostrando firmeza, fumaba tranquilamente.

En cuanto al sargento Bourgeois, alto, grueso y rubio, visiblemente conmovido, temblaba ante el siniestro drama.

Suenan tambores y clarines, y cada cual se dirige á su puesto. Ferré se quita el sombrero y lo deja en el suelo, metiendo dentro del sombrero el pañuelo con que iban á vendarle los ojos.

Un sacerdote se aproxima para abrazarle y le rechaza.

Rossel, imposible, se quita el gabán, lo dobla y lo deja también en el suelo con el sombrero, diciendo á un oficial:

«¿Quisiera decir una palabra al jefe del escuadrón de artillería Tardief de Moirey.

«No sé si está ahí, le contestan.

«Es uno de mis jefes.

«Lo que me pedís es imposible.

Rossel besa al pastor protestante, y este se retira. Pocos instantes después suena una descarga cerrada: Rossel y Bourgeois caen; Ferré se tiene derecho un instante, y al fin cae también.

El cirujano mayor del campo se precipita sobre los cadáveres y hace signos de que Rossel ha muerto. Dase el golpe de gracia á Ferré y Bourgeois, y las tropas desfilan á tambor batiente por delante de los cadáveres.

Así ha terminado este sangriento y horrible drama.

Hé aquí las cartas que en los últimos momentos de su vida escribieron los desgraciados Rossel y Ferré.

Las de Rossel dicen así:

«A mis tris abuelo (su abuela).—Adios, madrina, te quiero.

28 Noviembre, 1871.

«Acabamos de comulgar y Dios ha bendecido esta comunión.

«Puedo decir que es la primera vez que comulgo, y estoy muy agradecido á Jesucristo de habernos legado este símbolo.—Tu pequeño Lisé.

«¡Adios! 28 Noviembre 1871.—Cinco y media de la mañana.

«Mi bien amado padre.

«Mi bien amada madre.

«Mi querida Bella.

«Mi querida Sarah.

«Adios, adios mis bien amados, ó más bien hasta la vista; os doy gracias de todo el amor de que me habeis rodeado hasta el último momento. Os pido perdón de no haberos querido más y mejor y de haberos causado tantas penas. Estoy firme y animoso. Os abrazo, os abrazo con todo mi corazón.—Vuestro hijo, Rossel.»

«Las de Ferré, lo siguiente:

«Mi querida hermana:

«Muero de aquí un instante; mi último pensamiento es para tí. Trata de obtener que te devuelvan mi cuerpo, y haz de modo que algunos amigos me acompañen al cementerio.

«Muero fiel á mis convicciones materialistas, como viví.

«Os compadezco á los que os quedais; en cuanto á mí, mis sufrimientos van á terminar; no hay que temerme lástima.

«Te abrazo por última vez.—Th. Ferré.»

«Otra carta dirigida al ministro de la Guerra, dice así:

«Señor ministro:

«Ahora que he muerto, no hay razon para conservar á mi anciano padre en los pontones, ni á mi hermano, que está loco.

«Os ruego, pues, que se los devolvais á mi hermana, única que puede asistirlos.

«Os saludo respetuosamente.—Th. Ferré.»

NAUFRAGIO DEL «CANARIAS.»

Uno de los pasajeros del *Canarias* describe de esta manera el naufragio de dicho vapor. Sin perjuicio de rectificar la narración con datos auténticos, y dejando al autor la responsabilidad de la misma, nos apresuramos á insertarla para satisfacer la curiosidad del público:

«El 26 de Octubre último salió de la Habana con destino á Cádiz el vapor-correo trasatlántico de A. Lopez y Compañía, *Canarias*.

El día 30 del mismo mes se rompió una de las bombas de achicar de la máquina, siguiendo la navegación con la otra que quedaba.

El día 1.º de Noviembre se notó por primera vez más cantidad de agua en la cala del buque que de costumbre, según el parte del primer maquinista, sonando á popa de 26 á 28 pulgadas, y así seguimos hasta el 4, en que la mar se encrespó, haciendo por lo tanto balancear al buque de babor á estribor, lo que hizo que el agua de la cala levantara las planchas del piso que había delante de las calderas, las que con miles de esfuerzos se consiguieron volver á colocar en su lugar, y echando á andar el caballo de vapor por primera vez y probar de inyectar con el condensador para ver de hacer bajar el agua, que en este día subió de 35 á 40 pulgadas: así continuamos hasta el 7, en que la oficialidad dispuso se sacase el carbon que había á popa, tanto en la bodega cuanto en la carbonera; por sospecharse de allí venía el agua. Se siguió en la operación del carbon día y noche, y haciéndose desde entonces guardias de seis horas, tanto la gente de cubierta como de máquina, habiendo siempre dos maquinistas de guardia.

Desde el 7 en adelante, el agua iba en aumen-

to, si bien la sonda no lo demostraba, por cuanto los maquinistas usaban con frecuencia la inyección de la cala hasta el extremo de no poder dejar ya de usarla, con lo que calculaban achicar de 20 á 26 toneladas de agua por hora.

El día 12, de nueve á diez de la mañana, se encontró en la carbonera de popa, á la parte de babor, y casi junto á la quilla, una vía de agua de cuatro á seis pulgadas de largo por media de ancho. Inmediatamente el segundo contramaestre se puso encima, tratando de tajar la raja con los pies mientras los maquinistas y el carpintero preparaban lo que creían necesario, y era tal la fuerza del agua, que costaba trabajo mantenerse sobre ella, teniendo que poner el hombre contra una viga para poderse mantener: con mil trabajos se hizo por tajar la raja poniendo un pedazo de goma ó gutta-percha de dos pies de largo por uno y medio de ancho, y un pedazo de tablón del mismo tamaño eucima, apuntalado suavemente, á fin de no hacer más daño, y rellenando el resto de la cuaderna con cobertores de lana; pero todo fué inútil, pues mientras se preparaba todo esto, la raja se abría más y más con el solo peso del contramaestre sobre ella: últimamente, el agua aumentaba, y nada podía aplicarse mejor que la gutta-percha; además que el sitio no permitía ninguna otra operación, pues solo se podía tocar allí con los pies, pues para usar los brazos tenían que meterse en el agua y no podría un hombre aguantar el aliento lo suficiente para hacer cualquier cosa.

La vía de agua tenía ya de doce á catorce pulgadas de largo por dos y media de ancho; nada se podía hacer, todo era inútil; el agua aumentaba de una manera horrosa; pusieron desde aquel momento en movimiento todas las bombas de mano del buque, incluso los bombillos de incendio. Serían las dos de la tarde, el capitán consultó con los pilotos y maquinistas, y el buque hizo rumbo para la isla de Santa María: pensábamos llegar á ella para las cuatro de la mañana siguiente, siempre que el agua respetase los fuegos.

Antes del oscurecer se divisó un buque; pero el pensar seguirlo y pedirle auxilio era un disparate; pues todos nos hubiésemos salvado; pero convenía hacer un esfuerzo por conservar el barco, además que en el caso de trasbordarnos, era imposible parar la máquina sin que al cuarto de hora no nos hubiésemos ido á pique.

El capitán mandó á las ocho de la noche preparar botes: se les puso dentro víveres, agua, velas y los instrumentos necesarios para tales casos. La noche se pasó en continua agitación; la tripulación, y hasta algunos pasajeros, ayudaban á picar las bombas: la popa del buque iba calando más y más; á las diez de la noche los maquinistas cerraron la puerta de comunicación del túnel. Ya tenían dos departamentos de popa anegados, y el agua que por diferentes puntos hacia el mamparo de división de la máquina, era lo suficiente para tener la inyección del condensador, el caballo de vapor y la bomba de la máquina en movimiento, á las cuatro de la mañana, á pesar de la oscuridad creyeron ver la tierra; y á las cuatro y media resultó ser cierto, mandaron sonar y había ocho pies y dos pulgadas.

El capitán, no queriendo aun perder el buque, llamó á todos los maquinistas; les consultó, todos dijeron que no había otro recurso sino la proa á tierra, así se hizo; llegamos á la playa, se izó la bandera pidiendo auxilio, y tres cañonazos, todo fué inútil; el agua llegaba ya por las planchas del piso delante de los fuegos, no había tiempo que perder: el buque fué derecho á tierra buscando la parte arenosa. A las siete de la mañana estábamos embarcados, y todos salvos: se arriaron los botes, y la correspondencia y pasajeros pasaron á tierra y después la tripulación.

El día 17, el capitán y el primer oficial, seguidos del contramaestre y algunos marineros, fueron al vapor, por permiso de la mar, á sacar el yelmen, víveres y otros objetos de valor. A las tres de la tarde la mar empeoró, y tuvieron que dejar todo sobre la cubierta para aprovechar la ocasión de cojer la tierra. Dos camareros y el capitán de ganado quedaron á bordo, lo que manifestaron al capitán, con el objeto de aprovechar el día y la noche siguiente sacando víveres y colocarlos en sitio conveniente para trasbordarlo al día siguiente.

A las ocho de la noche de este día se oyeron toques de campana que pedían auxilio, lo cual procedía del vapor: inmediatamente la oficialidad y marinería se dirigieron á la playa, y á pesar de la mucha mar que había, trataron de echar los botes al agua, de los cuales uno solo estaba útil: á esto se oyó decir que un bote se dirigía á tierra; empezaron á gritarles para que se dirigieran al sitio conveniente para desembarcar, poniéndoles dos luces como señal, pero ya no era tiempo; la mar las acochaba, y las rompientes echaron sobre las rocas los botes y la marinería, y todos los de tierra se echaron al agua para salvar aquellos hombres; á dos pudieron cojerlos, pero el tercero desapareció en uno de los golpes de mar: le llamaban por su nombre, pero todo inútil, no volvió á salir; la tripulación perdió el ánimo, se preguntó qué ocurría en el vapor, y dijeron que en la bodega de popa, en pañol de velas, había fuego, que el humo les ahogaba, y que huyeron ante la imposibilidad de apagarlo.

Al oír esto el capitán dió el orden de ir á bordo todo el mundo á apagar el fuego; nadie se movió; todos habían cobrado miedo ante la muerte de uno de sus compañeros, y en realidad la mar estaba imponente; el capitán nada podía hacer; se pusieron guardas para ver de encontrar al hombre que faltaba y de avisar en

caso de llamar del buque; todo quedó así, hasta que á las dos de la madrugada el fuego se asomó en la cubierta; á las tres el buque era una sola llama cayendo los palos con estrépito: todo se había perdido.

No hay palabras bastantes para encomiar el valor sereno del capitán y de los oficiales; del capitán sobre todo, que multiplicándose de día y de noche en los sitios de más peligro y atendiendo á todo con la precisión del marino envejecido en la carrera y en los riesgos de mar, supo medir el tiempo y graduar la resistencia del vapor y hasta la fuerza de la inundación que lo ahogaba, para llevarlo á tierra, donde tuvo la satisfacción inapreciable de poner á salvo la vida de pasajeros y tripulantes.

Un punto oscuro queda por aclarar en la relación del pasajero, y es el incendio ocurrido en un pañol de popa, cuando el vapor estaba embarrancado, y por decirlo mejor, sumergido casi por completo.—¿Qué sucedió á bordo en la noche pavorosa del 17? El tiempo nos explicará el misterio, que parece dibujarse en toda la narración.

Los Sres. A. Lopez y compañía han tenido la desgracia de perder uno de sus mejores vapores.—Los pasajeros y tripulantes, excepción hecha de uno solo de los últimos, se han salvado y se encuentran á estas horas al lado de sus familias. De manera que este sensible siniestro no ha venido á interrumpir el hecho notable, sin ejemplar en otros países, de no haber perecido hasta ahora ningún pasajero en la navegación de vapor, entre la metrópoli y sus Antillas, durante los muchos años que hace se encuentra establecida.

DISCURSO

DEL REY VÍCTOR MANUEL, EN LA APERTURA DEL PARLAMENTO ITALIANO.

Señores senadores, señores diputados: ya está terminada la obra á que hemos consagrado nuestra vida. Después de largas pruebas de explotación, Italia vuelve en sí y recobra á Roma. Aquí, donde nuestro pueblo, después de una separación secular, se encuentra por la vez primera reunido en la persona de sus representantes; aquí donde reconocemos la patria de nuestros pensamientos, todo nos habla de grandeza; pero al propio tiempo todo nos recuerda nuestros deberes. El júbilo que experimentamos no nos hará olvidarlos. Hemos conquistado nuestro puesto en el mundo defendiendo los derechos de la nación.

Hoy que la unidad nacional se ha realizado, y que empieza para Italia un nuevo período, permaneceremos fieles á nuestros principios. Regenerados por la libertad, en la libertad y el orden buscaremos el secreto de la fuerza y la conciliación del Estado con la Iglesia. Habiendo reconocido la independencia absoluta de la autoridad espiritual, podemos estar convencidos de que Roma, capital de Italia, seguirá siendo la silla pacífica y respetada del pontificado. De ese modo conseguiremos tranquilizar las conciencias. No de otra suerte, sino con la firmeza de nuestras resoluciones y la moderación de nuestros actos, hemos podido acabar la unidad nacional sin alterar nuestras amistosas relaciones con las potencias extranjeras. Los proyectos de ley que no serán presentados para regular las condiciones de las corporaciones eclesiásticas estarán conformes con los principios de la libertad, solo se referirán á la personalidad jurídica y al modo de las propiedades, dejando intactas las instituciones religiosas, que tienen parte en el gobierno de la Iglesia universal.

Además, los asuntos económicos y financieros reclaman toda vuestra atención. Ahora que Italia está constituida, es preciso ocuparse de su prosperidad, restaurando la Hacienda. No lo conseguiremos, como no sea perseverando en las virtudes que han sido origen de nuestra regeneración nacional. Una buena Hacienda nos proporcionará los medios de reforzar nuestra organización militar. Mis más fervientes votos son por la paz, y nada nos hace temer que pueda turbarse; pero la organización del ejército y la armada, la renovación del armamento, los trabajos para la defensa del territorio nacional, exigen largos y profundos estudios. El porvenir pudiera pedirnos severa cuenta de nuestra negligencia. Vosotros examinareis las medidas que á este fin os presentará mi Gobierno.

Otras importantes proposiciones se os harán para la autonomía de los municipios, para la descentralización administrativa, siempre que no se disminuyan las fuerzas del Estado; para la formación de un Código penal único, para la reforma de la instrucción del jurado y para aumentar la uniformidad y eficacia del poder judicial. Así llegaremos á consolidar la seguridad pública, sin la cual la libertad misma es un peligro.

Señores senadores, señores diputados: delante de vosotros se abre un vasto campo de actividad; la unidad nacional, hoy realizada, dará por resultado, así lo espero, que sean méyas ardientes las luchas de los partidos, cuya rivalidad no tendrá en lo sucesivo otro objeto que el desarrollo de las fuerzas productivas de la nación; me complace ver que la nuestra está dando ya pruebas inequívocas de su amor al trabajo.

El despertar económico sigue de cerca al despertar político: las instituciones de crédito se multiplican, así como las asociaciones mercantiles, las exposiciones de productos del arte y de la industria, y los congresos de sabios. Tanto vosotros como yo debemos favorecer ese fecun-

dante movimiento, dando más extensión y eficacia á la enseñanza profesional y científica, y abriendo al comercio nuevas vías de comunicación y nuevos mercados. Está concluida la perforación del Monte-Cenis, y se va á proceder á la de San Ghotardo.

La corriente mercantil, que recorre la Italia, desemboca en Brindisi y acerca la Europa á las Indias, dispondrá de tres pasajes abiertos á la locomotora á través de los Alpes. La celeridad de los viajes, la facilidad de los cambios aumentarán las relaciones amistosas que ya nos unen con otras naciones, y harán más fecunda la legítima emulación del trabajo y de la civilización. Un brillante porvenir nos espera. A nosotros toca responder á los beneficios de la Providencia, mostrándonos dignos de llevar entre los pueblos los nombres gloriosos de Italia y Roma.

PLÁTICAS AGRÍCOLAS.

«La agricultura es la maná más ruinosa de cuantas pueden acometer al hombre de la ciudad. Las cucharas de palo se comen á las de plata.» Hé aquí dos máximas que, esforzadas con terribles citaciones ejemplares, se oyen constantemente, y no son las más á propósito para llevar capitales al cultivo. Pero... ¡es tan hermoso el campo! ¡interesa tanto ver nacer, crecer y fructificar la plantación que uno mismo ha idealo, costado y dirigido! No hay remedio; la labor atrae, y en cuanto la seguridad personal lo permita, lo mismo el fabricante que el abogado, el comerciante que el médico, el clérigo que el notario, han de buscar en las faenas campesinas una variedad á sus ocupaciones de toda la vida, y una imposición para la fortuna adquirida en largos años de más ingratas tareas.

Y cuantas que no es fácil ni seguro eso de imponer capital en campo. Cuando se piensa en lo que se necesita para que pare bien una cosecha, no puede menos de recordarse la exclamación del quinto á quien se leía la Ordenanza y oía la pena de muerte como término invariable de todos los artículos. Prescindiendo de que es menester que la tierra sea buena, que esté bien labrada y se siembre á tiempo, hay que contar después con que puede faltar la lluvia ó caer con exceso, con que puede haber fuertes vientos, con que puede nevar, que pueden soplar aires ardorosos, que puede sobrevenir ajena, tizon, langosta... ¿quién sabe? Lo admirable es que se pueda recoger algo.

Pero eso es el revés de la medalla, y la agricultura, como todas las cosas, tiene sus dos caras; acabamos de enseñar la mala, también ha sido indicada la buena. Véase una espiga de trigo; cada uno de sus granos debe producir una mata de aquellas, cuya suma, multiplicada por sus respectivas semillas, dará lugar á 600 ó 700; y, como decía un amigo mío, se comprende que se pierda uno... que se pierdan dos, tres, diez y hasta ciento.

Pero lo restante debe prevalecer, y recoger 400 ó 500 fanegas de trigo por una de sembradura no deja de ser un bonito resultado. Efectivamente; así suelen obtenerlos en sus jardines cuidadosos y costosamente preparados, el aristocrático marqués de P. y el opulento banquero S., con lo cual se llevan los primeros premios en las Exposiciones agrícolas, con no pequeño disgusto por parte de los verdaderos labradores, que se quedan siempre en segunda fila. Pero ajústese la cuenta, líquidese el negocio y se verá que el producto de esas labores en miniatura no cubre una pequeña parte de los gastos; y que las cucharas de palo de los jardines, regadores, estuñistas y demás, se han comido las de plata del amo y hasta el oro de la medalla que representa el premio obtenido en la Exposición.

De todo esto resulta una completa discordancia entre el modo de entender y apreciar los adelantos que las ciencias físicas pueden introducir en la agricultura por los que viven del campo y por los que lo tienen como recreo. ¡Ay! ¡Falta de ilustración! ¡Tenacidad en la rutina! exclaman estos: ¡Teorías ilusorias! ¡Imposibilidad práctica! ¡Charlatanismo! responden aquellos: ¿Cómo salir de la cuestión? Si se trata de conciliar partidos políticos, buscaríamos muchos destinos que dar, y es probable que, no disponiendo de suficiente número, hubiera que declarar imposible la avenencia. Pero se trata para y simplemente de buscar la verdad, y para ello tenemos siempre á mano los preceptos de Bacon. Estudiemos, pues, analicemos los fundamentos de esas fructuosas aplicaciones científicas, separando cuidadosamente lo cierto de lo que solo es hipotético más ó menos probable, y comprobemos después con la práctica, fijándonos para esto último en la más vulgar, en la localidad, contando, como debe siempre hacerse, con lo que hay, no con lo que deberá haber. ¿Cuál es el secreto de los labradores para obtener buenas cosechas? Abonar mucho; pues ocupémonos desde luego de los abonos.

ABONOS ARTIFICIALES.

I.

El progresivo aumento del cultivo agrícola en nuestra provincia y de la facilidad de las comunicaciones, ha hecho encarecer los estiércoles por encima de toda previsión. El precio de 8 á 10 reales que alcanzaba la media carretada, equivalente á una tonelada de 20 quintales por término medio, hace veinte años, ha ido subiendo á 12, 14, 16 y 18 rs., que es lo menos á que hoy se paga un montón de basura acabado de reco-

ger por el barrido de las calles y cuyo valor intrínseco es una mitad del que antiguamente podía darse al estiércol que el ayuntamiento vendía á los labradores después de seis meses de apilado, á un precio bajo que se imponía al contratista de la policía. El encarecimiento ha de ser aun mayor, porque, por una parte, la construcción del ferro-carril ha llamado á los labradores de localidades tan agrícolas como Gárrama, Pizarra, Alora, Alhaurín el Grande y Coin á participar de la baratura relativa con que en Málaga se han vendido y aun venden los estiércoles; y por otra, la introducción de plantaciones tan productivas como la caña de azúcar y el acrecentamiento de limonares y naranjales permite dedicar crecidas cantidades á la adquisición del más importante aumento de la producción. Fuerza es ya, por tanto, hacer aquí lo que desde muchos años viene practicándose en otras partes; emplear los abonos artificiales. El comercio, acudiendo á esta necesidad, ha puesto á nuestra disposición diferentes clases. Veamos de indicar el modo de poderlas apreciar haciéndonos cargo de lo que están llamados á hacer, lo que hacen y cómo lo hacen.

Dice un antiguo refrán que donde se saca y no se mete pronto se vé el fin. Aquí se encierra todo el fundamento de los abonos; es preciso devolver á la tierra los elementos de que se le despoja con los productos que se cosechan, y en la averiguación de esos elementos consisten los importantes servicios que la química puede prestar á la agricultura. Y digo puede prestar, porque no todos creen que ya los haya realizado.

Si solamente oímos á ciertos químicos, nada queda por averiguar: si para muchos de ellos, filósofos superiores, atrevidos materialistas, la vida del hombre no tiene secretos, ¿cómo ha de poder reservárselos la de los vegetales? Pero, como si tales cosas fueran verdad, todos los iniciados en la ciencia se habrían ya hecho ricos dedicándose á la agricultura, lo cual no sabemos suceda, hay motivo para desconfiar un tanto, y conviene darse cuenta de la manera como se establece la teoría de los abonos artificiales.

Todos los principios esenciales de la vegetación pueden irse descomponiendo hasta llegar á cuatro cuerpos simples, á saber: oxígeno, hidrógeno, carbono y ázoe. En rigor, con esos cuatro elementos podría el hombre formar una planta... si supiera. Ya ven mis lectores en cuán poco están detenidos los químicos para hacerse ricos; dadles el procedimiento, enseñadles únicamente el secreto de la vida, y se concluye la escasez en la faz de la tierra. Porque los componentes de la receta, ellos mismos nos han enseñado á encontrarlos en abundancia: el oxígeno y el hidrógeno, en el agua, que solo eso contiene siendo su nombre químico protóxido de hidrógeno, como si dijéramos, hidrógeno oxigenado, moño de hidrógeno, pues no obstante su ligereza y transparencia, este gas es ó debe ser un metal. El carbono, bien sabemos que también abunda, bajo sus mil variadas formas de subterránea hulla, de extensas y elevadas rocas calcáreas, solo siendo raro, cuando en su mayor grado de pureza constituye el precioso diamante. Y nada digamos del ázoe, porque, no ya en estado de combinación, sino como simple mezcla, lo tenemos en el aire en proporción de cerca de cuatro quintas partes. Pero, faltando la pequeñez antedicha, no se conseguía gran cosa con toda esa abundancia elemental.

Fué preciso fijarse en la marcha de la naturaleza para seguir un tanto adelante. Quizá se apeló al libro por excelencia, en el libro de los libros, á la Biblia. Supongamos se ha podido discurrir que, como en este libro se asegura, el mundo haya sido hecho, no al acaso, sino para el hombre el cual para vivir y nutrirse necesita de los animales, estos á su vez se alimentan de los vegetales que se han de formar con minerales, que es á lo que todo animal ha de quedar antes ó después reducido, sin exceptuar al hombre, *quia pulvis est et impulvere revertetur*. Esta es la cadena. Tomémosla en el eslabón que ahora nos importa; ¿qué diferencia existe entre los principios elementales de la vegetación y los del cuerpo de los animales? Solo que en estos se halla el ázoe en mayores proporciones. Este hecho es tan característico como que todos los principios nutritivos de las plantas, los que sirven para sostener la vida de los animales, son azoados y contienen los principios esenciales de la sangre; y por ello el eminente químico Liebig distingue los alimentos en plásticos, que son los azoados y respiratorios, que son los que no tienen ázoe, designando como de los primeros la fibrina, la albumina y la caseína vegetales al propio tiempo y del propio modo que la carne y la sangre de animales, y colocando entre los segundos la grasa, el almidón, la goma, el azúcar, la cerveza, el vino, el aguardiente y otros. Como se vé, más que á la procedencia animal ó vegetal del alimento atiende Liebig á que contengan ó no ázoe. Convendrá, pues, proporcionar mucho ázoe á la tierra; y con efecto, las deyecciones de los animales, los excrementos y la orina principalmente, contienen ázoe en abundancia. Con ellos se viene abonando las tierras desde la antigüedad más remota. La teoría coincide en este punto perfectamente con la práctica. Pero... todas esas cosas con las cuales abonaban los antiguos y que seguimos usando los modernos, ¿no llevan otra cosa que ázoe, y por otra parte no habíamos dicho antes que ese elemento abunda también en el aire?

Evidentemente hay algo más que considerar sobre lo que por sí solo representa ese cuerpo simple, y aquí principian las grandes dificultades sobre las que conviene meditar, porque ellas constituyen la explicación científica de la

incertidumbre que aun reina en la materia y que debe hacernos desconfiar de promesas demasiado halagüeñas. A la vez debe también notarse que abren el campo para nuevas investigaciones científicas, siempre que se apoyen en un hecho experimental seguro.

Y con efecto; si bien puede decirse que en general la naturaleza más atenta á sus grandiosas transformaciones de llamar la muerte por acumulación de vida y crear vida con despojos de la muerte, que á combinar elementos precisos y determinados, parece complacerse en las contraposiciones y producirá la flor más olorosa y el fruto más sabroso y delicado donde se acumule la mayor podredumbre, hay, sin embargo, ocasiones y hechos en que también se somete á la ley científica de las combinaciones elementales ordenadas; la eficacia casualmente reconocida de los fosfatos es uno de pasar por ellos centenares y aun miles de años, que después de esos hechos. Que los huesos de los animales constituyeran un buen abono mientras conservaran algo de la grasa y jugos orgánicos de que durante mucho tiempo estuvieron impregnados, nada de particular tenía. Pero que después de reducidos á simple fosfato de cal, la sustancia que fué organizada, transformada y hecha simple mineral, conservara grandes propiedades fertilizadoras... esto es lo que debía llamar la atención. ¿Qué es químicamente el fosfato de cal? ¿Qué es la fosforita? Es una sal que se forma por la combinación del ácido fosfórico con el óxido de calcio ó cal; pues ni el fósforo ni la cal entran como elementos precisos en la formación de los vegetales que, según ya digimos, solo requieren oxígeno, hidrógeno, carbono y ázoe. Fuerza es reconocer una acción más complicada, y esta es la que aun no ha podido explicarse satisfactoriamente.

Naturalmente, los químicos debieron estudiar el hecho bajo el triple punto de vista de la sustancia fertilizadora, de la tierra que se fertilizaba y del producto obtenido. En relación con lo primero, partiendo del supuesto de que por sí solo el fosfato de cal ninguna vegetación produce, pudieron pensar que su acción sería tal vez la de descomponer otras sustancias capaces de producirla. Respecto de lo segundo, averiguado que aun en tierras que ningún ázoe contenían, la fosforita daba buen resultado, y lo la vez que solamente podían adquirirlo por la atmósfera, se dedujo la posibilidad de que los elementos que entran en la materia fertilizante, e ácido fosfórico ó la cal, tuvieran la propiedad de traer y fijar el ázoe contenido en el aire atmosférico.

A favor de esta hipótesis aparece el hecho de la eficacia de los barbechos que se llaman blancos, sobre todo de esas grandes cavas de verano como las suele dar la gente de Alhaurin y cuyos notables resultados solo pueden explicarse por la fijación del ázoe mediante la acción del sol en la tierra levantada. Por lo que hace á lo tercero, se hizo advertir que, si bien los cuatro cuerpos simples ya repetidos pueden considerarse como constituyendo por sí solos la esencia elemental de los vegetales, hay otros muchos, entre los mismos cuerpos simples, que suelen hallarse, ya en los frutos, ya en las flores, ya, en fin, en los jugos propios especialmente consagrados al sostenimiento de la vida de las plantas.

La síntesis de este triple grupo de consideraciones fué admitir dos cosas: primero, que en ciertas ocasiones las sustancias no azoadas podían, sin embargo, ser azoadas; segundo, que además de los cuatro cuerpos simples esenciales, había que contar con otros como necesarios á la vegetación, siendo más principalmente reconocidos por el orden de su importancia la cal ó óxido de calcio, la potasa ó óxido de potasio, el ácido fosfórico y la sílice. Tan pronto por lo primero como por lo segundo, quedó explicada la acción del ácido fosfórico que se encuentra en la fosforita y aun la de la cal, pues sabido es de todos los agricultores prácticos que esta última sustancia constituye por sí sola un buen abono para muchos terrenos. De lo segundo nació un nuevo estudio, dedicándose los químicos á ver de averiguar á qué parte de las plantas debía dedicarse cada uno de los nuevos principios elementales, habiendo ya quien ha creído poder asegurar que la potasa y la cal sirven para mantener en los jugos alimenticios la fluidez conveniente para su circulación, quizá también la alcalinidad que neutraliza las tendencias ácidas que generalmente ofrecen; el fósforo para excitar la acción de los vasos absorbentes y exhalantes, y la sílice para dar resistencia á los tejidos, principalmente á los tallos. Consiguientemente, prefiriendo los abonos azoados para las cosechas de granos y de frutos que como el aceite, las almendras y otros llevan el ázoe, se aconsejó á los que trataran de obtener jugos en los tallos, como sucede á los cosecheros de azúcar y á los criadores de ganado, que prodigan la cal y la potasa, y á los que quisieran conseguir dureza en los tallos, cual es el objeto de los que plantan cáñamo y lino, que emplearan de preferencia sustancias que llevasen sílice.

Séame permitido insistir un tanto en este estudio que el deseo de ser claro y de dar continuada preferencia á la práctica sobre la teoría me ha hecho descuidar más de lo que la índole del asunto consiente. Volvamos un poco al principio. A la primitiva afirmación de que los cuatro cuerpos simples, oxígeno, hidrógeno, carbono y ázoe eran los únicos elementos absolutamente precisos para formar un tejido vegetal, ha habido que añadir la advertencia de que muchos vegetales contienen además los otros cuerpos simples que dejamos apuntados. Pues como contrapeso á esta adición en más, ha debido haberse otra en menos, porque hay muchas sustancias vegetales que carecen de alguno y aun algunos de los cuatro elementos designados como precisos; ejemplos: el leñoso, el almidón, el azúcar, la goma y algunas otras, solo contienen carbono, oxígeno ó hidrógeno; nada de ázoe. El aceite de trementina solo tiene carbono ó hidrógeno; sin oxígeno ni ázoe. El ácido oxálico, que solo lleva carbono y oxígeno, sin hidrógeno ni ázoe; y en fin, el cianógeno, en el que solamente hay carbono y ázoe, nada de hidrógeno ni oxígeno. De modo que, según vemos, el cuerpo simple más indispensable, aquel que nunca falta, es el carbono; y esta supremacía se sostiene en relación con las cantidades que de cada uno de los cuatro cuerpos tan repetidos se encuentran en los vegetales, porque, en la gran mayoría de los casos, su participación alcanza á una mitad, rivalizando con el carbono en algunos casos el oxígeno solamente.

Así, pues, carbono y oxígeno. Estas son las dos grandes bases que la química establece para toda vegetación y aun para todo organismo, puesto que lo mismo se puede decir de las sustancias que componen el tejido elemental de los animales. ¿Se comprende toda la importancia que debe concederse á esas rocas calcáreas, enormes masas de carbonatos calceos, cuya desagregación por el trascurso del tiempo, irá formando las tierras calcáreas, reputadas efectivamente como las más fértiles?

Pero esto me lleva hacia otro orden de consideraciones íntimamente enlazadas también en los análisis químicos. Ya hemos visto lo bastante en cuanto á composición elemental de las plantas que se producen para que cada cual comprenda el grado de confianza que puede merecer la sustitución del elemento químico al natural, y ese es nuestro objeto: ocupémonos ahora de la tierra que produce; ¿qué encontramos en ella cuando se la analiza?

Desde luego, y sin necesidad de análisis, ayudándonos solamente de la investigación física, encontramos el *humus*, ó sea la tierra vegetal, la cual no es otra cosa que el resultado de la descomposición de las sustancias organizadas animales ó vegetales que, no mineralizadas aun completamente, pero mezcladas con ciertas sustancias minerales, se encuentra en la situación más apta para producir; es la flor con su pistilo fecundado, es el animal en estado de gestación ó preñez. Donde haya mucho *humus*, cual sucede en los bosques antiguos, poca ó ninguna necesidad hay de abono con tal que se sepa alternar las plantaciones, pues no debemos olvidar que, además del germen de la vida de las plantas, que es lo que en la tierra vegetal abunda, hay que tener en cuenta los jugos propios que más exclusivamente arrebata cada cosecha y que no siempre pueden averiguarse y ni aun sospecharse; por cuya razón los estiércoles procedentes del barrido de las ciudades, que de todo contienen, son y serán siempre los mejores para toda clase de cultivo.

Prescindiendo, pues, del *humus*, el terreno sobre el cual este siempre se encuentra puede observarse formado de lo mismo de que se componen las rocas de cuya desagregación procede, mezclado con el limo y barro de los aluviones. No hay para qué entrar ahora en averiguar la procedencia de estos ni de aquellos. Bástenos saber que existen principalmente rocas cuarzosas, calcáreas y esquistosas. La desagregación de las primeras produce las arenas que vemos acumuladas en las márgenes de los ríos y en las orillas del mar, por la sencilla razón de que sus granos resisten la acción de las aguas y no se descomponen fácilmente; así se forman las tierras areniscas; de las segundas proceden las tierras pedregosas más ó menos descompuestas hasta verdadera transformación, constantemente mezcladas con otras sustancias; son los terrenos calcáreos; y de las terceras, las tierras gredosas que dejándose reblanecer mucho por el agua, son arrastradas fácilmente por las corrientes para contribuir á la formación de los aluviones.

Así, pues, tierras calcáreas que tienen como base de composición química el carbonato calceico; tierras areniscas que tienen por fundamento el cuarzo ó la sílice; tierras de aluvión gredosas que esencialmente se componen de alumina. Tal es el origen de la clasificación general que hacen los agricultores de toda clase de tierra. Echemos el *humus* sobre cualquiera de ellas y las tendremos aptas para producir; serán verdaderamente tierras de labor. Pero adviértese que la mejor será siempre la más mezclada, por que una tierra que solo tuviera sílice pronto dejaría que las aguas se llevaran el *humus* fertilizante y quedaría estéril; lo que solo contuviera greda se apretaría de tal modo, que no dejaría penetrar las raíces de las plantas para recoger sus jugos y la calcárea se descompondría rápidamente. Tales son al menos las previsiones que la ciencia autoriza. Esto mismo confirma la marcha de la naturaleza que nunca nos muestra tierras de un solo elemento, sino mezclas más ó menos ventajosas, las cuales, según que en ellas predomina uno de los tres principios, se designan como viene dicho, ofreciéndose subdivisiones que cada cual puede hacer á su manera; v. g., si domina la greda y la cal teniendo también sílice, podrá llamarse greda-calcárea-silíceo; así en otros casos podrá encontrarse la calcárea greda-silíceo ó la silíceo-calcárea-gredosa. Pero téngase bien presente que á las sustancias minerales cuya naturaleza química se acaba de indicar, hay que añadir otras que también abundan, aunque menos, otros cuerpos simples que, siendo componentes de diferentes sales, se mezclan con las tierras; el hierro, el azufre, el magnesio, el potasio, el fósforo, el manganeso y algun otro; esto para no contar

más que con los que hasta ahora han podido reconocerse como necesarios, sino para la vegetación en general, cuando menos para muchas plantas de las más útiles.

No por mero gusto de dar largas á este artículo, que ya demasiasdas tiene, he entrado en éstos detalles; es que en ellos se funda un sistema de abonos que, no por ser el más sencillo y económico, es el menos importante. Consiste ese sistema, en compensar el predominio elemental de una tierra con la mezcla de otra de diferente clase. Esto se ha practicado en todo tiempo y á cualquiera ocurre. No necesita saber física ni química el aldeano que cultiva una tierra gredosa, un *bujeo crudo* como decimos por aquí, para comprender la conveniencia de mezclarle una poca de arena, si la encuentra á mano.

En estos casos nuestros aldeanos hacen ciencia, como el famoso de Moliere hacia literatura, sin apercibirse de ello. Pero es que, prosiguiendo las consecuencias de la explicación de tal práctica y multiplicando las aplicaciones, se ha llegado á resultados sumamente beneficiosos, y nada es tan conveniente como hacer analizar las tierras que cada uno cultiva, para ver de mezclar las distintas variedades, no ya solo para dar las cualidades físicas de soltura, permeabilidad, etcétera, sino para proporcionar á poca costa los convenientes elementos químicos.

Si con toda calma y absoluta imparcialidad procuramos ahora separar en las precedentes consideraciones teóricas, lo que hemos apuntado como completamente seguro de lo dudoso y de lo probable, siempre que fué lo bastante para reconocer que la ciencia ha prestado muy grandes servicios á la agricultura en la cuestión de abonos. Lejos de mí la pretensión de sostener que lo que se ha llegado á producir en los laboratorios químicos puedan, no digo ser superiores, sino sostener la competencia con los naturales, no; si la ciencia ha logrado descubrir algunos de los elementos minerales indispensables para constituir un organismo, ya por sí mismos, ya por su acción reactiva sobre otros, es indudable que aun han escapado muchos á su investigación, y es todavía dudoso, téngase esto bien en cuenta, que su modo de obrar sea tal como se nos representa, por una acción propiamente química, y no de otra cualquier manera, como, por ejemplo, ayudando al desarrollo de los fermentos que, animalizando la materia, puedan dar lugar á esas transformaciones que tanto admiramos en los animales, aun en aquellos de las clases inferiores. Es evidente, según esto que, como antes queda indicado, el estiércol de póliza, sobre todo el procedente de las granes ciudades, es el más beneficioso, por lo mismo que debe considerarse el más rico en toda clase de principios, el más completo. Pero como precisamente la falta de éste es lo que se trata de suplir, procede reconocer y confesar que, con efecto, los nuevos abonos minerales poseen propiedades fertilizadoras. ¿Están estas en relación con su costo? ¿Hay alguna regla práctica para establecer la preferencia que debe darse á los muchos que hoy se ofrecen al labrador?

ABONOS ARTIFICIALES.

II.

Dada, de la mejor manera que me ha sido posible, la teoría de los abonos artificiales, y puestos mis lectores en el caso de juzgar por sí mismos de la mayor ó menor exactitud con que puede deducirse la acción fertilizadora que se suponga á un mineral de su composición química, procedamos á examinar los ensayos que hasta hoy se han hecho en nuestro propio suelo para aclimatar el nuevo sistema.

Poco necesario decir del guano. Es una especie de palomina, puesto que su formación se atribuye á inmensas bandadas de pájaros que, durante muchos siglos, han ido depositándolo en las islas Chinchas, de donde actualmente se extrae; su composición química, tratándose de las mejores clases, es la siguiente:

Mil partes de guano superior del Perú, contenían:

Agua.	141
Materias orgánicas y sales amoniacales.	500
Arena y sílice.	15
Acido fosfórico.	126
Acido sulfúrico.	28
Cal.	113
Magnesia.	6
Oxido de hierro.	3
Potasa.	31
Sosa.	13
Cloruro de sódio.	18
	1.000

Contiene, pues, esta sustancia gran cantidad de amoniaco, que es hidrógeno y ázoe, colocados en las mejores condiciones de asimilación. Esto como cuerpo químico. En otro sentido, es una sustancia orgánica en descomposición, en podredumbre. Se puede suponer, por tanto, que extraordinaria aptitud para ser un estiércol fuerte, y lo es, con efecto, aplicable á todo género de plantación, sin otro límite que la sequedad del terreno, porque su misma fuerza hace que se ahogaren las plantas si no se usa con bastante agua. La eficacia del guano es tan cierta, que puede contarse con él en toda ocasión y su acción tan pronta, que á él puede también recurrirse para emendar un descubierto y rehacer, por ejemplo, una sementera ó plantación azoadada.

En esto hablo por experiencia propia. En el

año de 1863 quise ensayar los efectos del negro animal de los refinados de azúcar en una haza de cañas dulces, plantadas del año anterior y cortadas de tercio. Era en el cortijo del Pilar, jurisdicción de Torremolinos, á la falda de la sierra en una planicie mirando al mar. No habia estercolado al plantar, y la cosecha habia sido bastante abundante. Siguiendo las indicaciones de personas peritas, tomé 14 quintales de negro de los filtros de la fábrica de azúcar de los señores Heredia, y después de tenerlo apilado y expuesto al sol más de un mes, esparcí en las camadas de media fanega de tierra. El br-te principió en Abril con regular vigor; pero al mes pude advertir gran desigualdad: algunos rodales se mantenían pajizos más tiempo de lo regular; recomendé gran esmero en labores y riegos, con lo cual mejoró el color; pero en fin de Junio las cañas, en aquellos mismos sitios, habian crecido poco y se presentaban muy atrasadas respecto de las demás. Apelé entonces al guano, distribuyendo tres quintales en las camadas que se manifestaban más endebles. El efecto no pudo ser más pronto y beneficioso, pues á mediados de Agosto, las cañas que sufrían el atraso, se encontraban mejores que las demás. Nótese que precisamente el jugo de la caña que no es más que agua y azúcar, no contiene ázoe. ¿Obró aquí solo el carbono ó fueron los fermentos de la descomposición animal los que prestaron su vida á la planta?

Pero no olvidemos que el guano no es un abono mineral. Concretándome á los que así pueden llamarse, el comercio nos ofrece diferentes clases que se distinguen por su composición ó por el procedimiento de su uso. Como variedad de composición, los fabricantes han combinado las sustancias según los elementos químicos que cada cosecha debe suponerse que extrae más particularmente de la tierra; y como procedimiento se han compuesto, ya abonos más ó menos completos sólidos y líquidos, ya legias destinadas á dar fuerza y calor, á vigorizar los frios estiércoles de los establos y de algunas cuadras. Bajo la citada designación de abono completo se ha convenido reconocer una mezcla en la cual entren precisamente los cuatro elementos siguientes que se consideran indispensables para toda vegetación.

Materia azoadá;—fosfatos;—potasa;—cal. La materia azoadá, se obtiene por las sales de amoniaco, sulfatos principalmente, que son los que, por su solubilidad que no excluye la firmeza para poderse conservar así como su regular precio, han sido considerados como los más á propósito.

Los fosfatos se encuentran en los huesos de los animales, pues aunque ninguna dificultad podría ofrecer el fabricar este producto químico, combinando el ácido fosfórico con la cal, el bajo precio á que resultan los primeros y mucho más donde pueda usarse la fosforita los hace preferibles.

La potasa se busca en el nitro que, siendo un nitrato de potasa, ofrece la doble ventaja de llevar dicho elemento y aumentar el ázoe, pues el ácido nítrico de que procede se compone de ázoe y oxígeno.

Excusado parece añadir que la cal se obtiene fácilmente en todas partes.

Según los químicos, siempre que en un abono pueda hacerse constar la presencia de esos cuatro elementos, su eficacia debe ser reconocida. La tierra que con ese material se beneficia no se mostrará del todo ingrata; siempre producirá algo; pero ¿será lo bastante? Eso dependerá de las cantidades que se empleen de cada una de las dichas sales para formar la mezcla; su importancia, para deducir una regla, se marca por el orden en que las hemos colocado.

En primer lugar, las sustancias azoadas. Recordando lo que ya viene dicho sobre el papel que representa el ázoe en la producción de la materia orgánica y que Liebig no admite como alimentos verdaderamente reparadores y pláticos sino á los que llevan ázoe, se comprende la supremacía que debe reconocerse á aquellas; mientras más pueda establecerse esa supremacía, mientras mayor cantidad de sales amoniacales pueda introducirse en la mezcla, mejor será esta. El precio del sulfato de amoniaco que en gran escala fabrican los ingleses, varía entre 20 y 25 rs. arroba puesto en Málaga. En segundo lugar los fosfatos. Estas son sales en las cuales hay que reconocer siempre un origen orgánico, por lo que desde luego podía presentarse su eficacia. Aun cuando, prescindiéndose de los huesos, quisiera emplearse un fosfato puramente artificial, el ácido fosfórico que se necesitara para hacerlo, no ha podido obtenerse hasta hoy sino de sustancias animales. Pero es que son los huesos los que se usan ó la fosforita, y este mineral reconoce, como origen probable, una terrible hecatombe que el géneo de la destrucción en remotas épocas hubo de ofrecer en provecho del de la producción en la nuestra; ¿que misterioso y horrible suceso pudo traer tan inmenso número de animales á perecer hacinados en las hondonadas de Extremadura, en el valle de Logrosan? La imaginación se pierde al calcularlo; quizá extensas y lentas inundaciones, acaso voraces incendios, como los que recientemente nos han descrito los periódicos, precipitando en desatentada carrera animales de todas especies hacia las quebradas gargantas de las montañas de América para no perecer en las llamas de seculares y gigantescos bosques...

Si la materia azoadá tiene siempre eficacia como agente de vegetación, los fosfatos también la tienen, aunque no en igual grado. He visto abonar con solo fosforita, y los resultados han sido bastante buenos; yo he empleado el polvo de huesos mezclado solamente con la tierra, y

durante dos años he podido ver sostenerse una cosecha de cereales. Iguales ó parecidos resultados me dice haber obtenido D. José de Alarcón Parrao en sus tierras de Cártama, soliendo compartir conmigo el aserrín de hueso que se produce en la fábrica de abanicos de los señores Santa María y Krauel.

Si en el cortijo del Pilar, donde he dicho que aboné un haza de cañas dulces con negro de refino, que son huesos calcinados, obtuve un resultado exitoso, tal vez pueda atribuirse á que no me cuidé de pulverizarlo como despues he visto recomendado y se hace fácilmente moléndolo. Mi amigo D. José Carvajal, ha abonado cañas dulces también con fosforita sola y ha encontrado ventajas en hacerlo. El precio del polvo del hueso y del negro de refino varía de 3 á 5 reales arroba. La fosforita resulta en Málaga á 350 rs. la tonelada de 87 arrobas.

Viene en tercer lugar, como componente de un abono completo, la potasa que se usa, segun viene dicho, bajo la forma de sal de nitrógeno ó nitrato de potasa. La eficacia de este mineral como abono exclusivo es problemática y la que pudiera reconocerse, aun sería principalmente atribuible al ácido azótico que de su descomposición pudiera resultar. Hay sin embargo una sal de potasa que se explota en Strassfurt y la que, siendo un cloruro, se atribuye gran eficacia por los Sres. Saenz Utor y Soler, de cuyos abonos me ocuparé más adelante: no pudiendo hablar hoy por experiencia propia, me limitaré á recomendar su ensayo. El precio de los nitratos, entre nosotros, suele mantenerse entre 50 y 60 rs. arroba.

Finalmente, la cal tiene por sí sola una acción evidente en la producción vegetal. De su exclusivo empleo nace un sistema especial de abono, el eucalaje que hoy se practica mucho en Francia y en Alemania, si bien se ha notado que por su abuso se suelen obtener plantas fanfarronas, es decir, de mucha yerba y poco grano.

Entre nosotros empieza á ser aplicado, siendo uno de los primeros que han experimentado sus beneficios el conocido labrador y hoy diputado á Cortes ya citado D. José de Alarcón Parrao. Debo á su amistad una observación práctica de las más convincentes. Posee en los ruedos de Cártama varias suertes de tierra que le arriendan los braceros del pueblo.

Esquilada una de ellas que, sembrándose todos los años como las demás, no había sido abonada y ni aun bien labrada, se despidió su arrendatario cuando comprendió no poder sacar provecho de su cultivo, y como sus compañeros lo sabían, ninguno quiso tomarla en arriendo, viéndose precisado el dueño á cultivarla de su cuenta. Como todas las tierras de las faldas de esta sierra, que es muy esquistosa, ofrecía esta un predominio gredoso modificado por un abundante calcáreo; esto no obstante, la circunstancia especial de haber tenido que hacer una gran obra en una de las casas del pueblo más próximas á la dicha haza, le sugirió el pensamiento de esparcir todo el escombros menudo, los suelos de la cal, etc., como abono sobre la tierra: los resultados fueron, no solamente una cosecha de trigo que vino á 20 de semilla y le compensó sus gastos, sino el restablecimiento del buen crédito de la tierra, que pudo arrendar inmediatamente más cara que las demás.

Quizá podrá extrañarse que haya dado el cuarto lugar, en la formación del abono completo á la cal, cuando su eficacia es más reconocida que la de la potasa, puesta en tercero. En esto he debido sujetarme á lo que los escritores más competentes han asentado, pero sin descuidar por eso mi propósito de decir lo que por mí mismo he observado. Todos los agricultores científicos dan una gran importancia á la potasa; los fabricantes suelen ofrecer al público abonos potásicos para cañas dulces y aun para naranjales; ¿en qué se fundan? Primeramente, en el análisis del estiércol común que ha conducido á tales consecuencias; en segundo lugar en un experimento de un M. de Jabrun, labrador de cañas dulces, en la colonia de la Guadalupe, que debo dar á conocer y comprobar. Este señor, en un estado comparativo que hizo de la producción que podía obtener de su especial plantación, con un abono en el cual fuera eliminándose sucesivamente uno de los cuatro elementos reputados indispensables, consiguió un resultado que será bueno estudiar colocándolo al lado de los obtenidos con igual experimento hecho por otros dos agricultores con trigo y con remolacha que no me parecen ofrecer completa conformidad. Juzguen mis lectores:

Obtuvo M. Georges Ville en Vicennes (Francia).

	Hectólitros de trigo por hectárea.
Con abono completo.	39
Sin cal.	39
Sin potasa.	28
Sin fosfato.	24
Sin materia azoada.	43
Sin ningún abono.	41

Obtuvo un labrador del departamento de la Somma (Francia).

	Kilogramos de remolacha por hectárea.
Con abono completo.	51.000
Sin cal.	47.000
Sin potasa.	42.000
Sin fosfato.	37.000
Sin materia azoada.	36.000
Sin ningún abono.	25.000

Obtuvo M. de Jabrun en Guadalupe (América).

	Kilogramos de cañas por hectárea.
Con abono completo.	57.600
Sin cal.	50.000
Sin potasa.	35.000
Sin fosfato.	15.000
Sin materia azoada.	56.000
Sin ningún abono.	3.000

Hagámonos cargo desde luego de las cantidades obtenidas. En trigo vemos que el abono completo ha producido una cosecha tres veces y media mayor que cuando ninguna se usó, llegando á una equivalencia de 43 fanegas por una de tierra del marco de Córdoba, que aquí conocemos, ó sean 8.640 varas superficiales. La privación de la materia azoada redujo la producción en dos terceras partes: eso es lo que debía esperarse. De los demás elementos, la privación de la potasa fué la que más se señaló con una baja equivalente, algo más de una cuarta parte. Por lo demás, doce fanegas próximamente de rendimiento por fanega de tierra no abonada y 43 por la beneficiada con abono completo, son resultados que exceden bastante á los que aquí solemos conseguir; únicamente nuestras buenas tierras de Alhaurín, del Campo de Cámara, y sobre todo del Valle de Abdalagía, cuando están bien abonadas con estiércol natural producen 35 á 40 fanegas de excelente trigo por una de sembradura, pero jamás sin abono darán las 12.

En cañas de azúcar el abono completo que se usó en la colonia francesa de Guadalupe produjo una cosecha 19 veces mayor que la que dió la tierra beneficiada, ofreciendo una equivalencia de 3.300 arrobas por fanega de tierra en el primer caso y de 175 arrobas en el segundo. La falta de materia azoada japonesa se hizo sentir... siendo la privación de los fosfatos la que más se señaló, reduciendo la cosecha en dos terceras partes.

Si se compara este dato con su similar en la plantación de remolacha del departamento de la Somma, sube de punto la admiración; porque, tratándose de una planta, de la que se obtiene el mismo producto, el azúcar, nos encontramos con que en su abono, la falta de materia azoada, aunque no tanto como en la producción del trigo, fué, sin embargo, la que más se sintió con una baja en los productos de cerca de un tercio. Esta contradicción por una parte, la exageración antes notada por otra, y en fin, el recordar los efectos admirables que hemos atribuido al guano, y que, como yo, han podido observar diariamente los labradores azucareros de la costa de Levante, Velez, Salobreña, Almuñecar y Motril, que tanto lo usan, no podrá menos de hacer mirar con prevención el resultado del experimento de M. Jabrun, lo mismo que el de M. Ville. Notemos aquí también de pasada, que cortar 3.300 arrobas de caña por fanega de tierra, no es para nosotros un máximo apreciable, aquí donde las pequeñas plantaciones bien atendidas y estercoladas dan 4.500 y aun 5.000 arrobas; mientras el máximo de 175 arrobas no ha tenido jamás, á Dios gracias, ejemplaridad en nuestros terrenos. Pero todo esto, si bien nos indica la eficacia relativa de cada uno de los cuatro elementos, por más que nos deje en duda, por la de algunos de ellos, no nos dice la cantidad en que conviene emplearlos. De ello trataremos en el siguiente artículo.

MANUEL CASADO.

EL SUICIDIO DE GIRGENTI.

Conocidos del público los extensos pormenores sobre la dolorosa catástrofe de que ha sido víctima el conde de Girgenti, todavía creemos que nuestros lectores verán con interés la animada y dramática carta que sobre este asunto escribe á *La Epoca* su corresponsal en la corte de Baviera. Dice así:

«Munich 3 de Noviembre.—Estaba bien ageno cuando esperaba darle solo noticias de las fiestas con que la familia real y la corte de Baviera se preparaban á obsequiar á la reina Isabel de España, no obstante viajar como condesa de Toledo y cual simple particular, que había de referirles solo catástrofes y desventuras, tanto más simpáticas en almas bien nacidas cuanto recaen en una familia augusta tan probada por la desgracia.

El telégrafo primero, y los periódicos de Suiza despues, les han comunicado con bastante exactitud los pormenores de la horrible catástrofe del príncipe Cayetano de Borbon, conde de Girgenti. Testigo casi presencial del suceso, voy á completar la relacion de este drama doloroso.

Los ataques ligerísimos de epilepsia que en su niñez había experimentado alguna vez el príncipe, tomaron proporciones serias despues de su enlace con la infanta Isabel, sin duda por el cambio de estado, y más que nada por la terrible impresion que en el pandonoso y valiente coronel español produjeron los sucesos de 1863 y la escena de Alcolea. Este mal físico, reñ jándose en su estado moral, le hizo pasar en Inglaterra el invierno de 1869, y aquel cielo nebuloso aumentó las proporciones del mal.

Visitando más tarde á los mejores médicos de Alemania, adquirió de ellos, y entre otras eminencias, de los doctores Oppulzer y Bamberger, la convicción de que su padecimiento era muy grave y casi incurable. Sin embargo, como daban alguna esperanza fundada en su juventud, y sobre todo en una vida de campo y sin emo-

ciones palpitantes, ocultó el secreto fatal á su esposa, prefiriendo atribuir á causas políticas su casi constante alejamiento de las grandes capitales de Europa, donde la fortuna de la princesa les permitía vivir.

Tras alternativas de padecimientos agudos y de mejoras no radicales, los jóvenes esposos habían pasado bastante bien el verano, haciendo en compañía de sus hermanos los condes de Caserta y de Bari deliciosas escursiones por la pintoresca Suiza; en las que alguna vez y con motivo de la visita del príncipe Alfonso se olvidó el estado interesante de la infanta, como Girgenti olvidaba sus padecimientos con esa confianza de la juventud. El malogro de la esperanza de ser padre le afectó dolorosamente; pero, á pesar de los frios de Noviembre, su salud era bastante buena en Lucerna, donde el conde de Chambord había distinguido mucho á sus parientes, y donde el príncipe como la princesa eran en extremo queridos por sus buenas obras de toda la población.

El mismo día de la catástrofe nada podía haberlo prever. Por la mañana había ido con la infanta á la misa mayor de la catedral de Lucerna, y en el tránsito hablaron los príncipes con diferentes personas. De regreso en su morada, recibió al baron de Lamemberg, antiguo oficial suizo al servicio del rey de las Dos Sicilias, conversando largamente con él, sereno y amable como nunca.

En el desayuno preguntó á la infanta si quería ir aquella noche al teatro, una de las pocas diversiones que solo los domingos hay en el invierno en las tranquilas ciudades de Suiza, y dió orden mandasen por un palco. Como de costumbre, salieron á las dos en coche, cuando no le ejecutaban á caballo por las orillas de aquel encantado lago.

De vuelta á su casa, y al anoecer, efecto de la humedad ó de cualquier otra causa atmosférica, se le presentó un ataque terrible epiléptico, revolviéndose furioso y como fuera de sí, y haciendo imposibles y casi inútiles los esfuerzos de las personas que le sujetaban.

En uno de sus más fuertes arrebatos logró desprenderse de la princesa y de sus ayudantes y criados, y con la velocidad del relámpago corrió á su cuarto, donde se encerró. Comprendiendo el peligro, la infanta manda derribar la puerta que el príncipe no quería abrir; pero los instantes necesarios para esta operación bastaron á que cogiese una pistola de salon, disparándose un tiro en la sien izquierda. Al venirse la puerta abajo y al entrar en la estancia la pobre esposa y sus fieles servidores, hallaron al conde en tierra mortalmente herido. Era las seis de la tarde, y á pesar de los auxilios de la ciencia y de los cuidados que con profusion se le prestaron, cuatro horas despues espiraba el desventurado príncipe en los brazos de su desolada esposa, asistido por el Nuncio de San Santidad en Suiza, que reside en Lucerna, y del cura de la parroquia, que lo amaba mucho, y que fué llamado instantáneamente por los facultativos y la princesa. Allí estaban también los gentiles-hombres y ayudantes Baeza y Besá, habiendo acudido también el archiduque Enrique, que vivía en Lucerna.

Renuncio á describirles aquella escena espantosa y el dolor inmenso de la infanta, cuya admirable energía de carácter, que duplicaba sus fuerzas, la abandonó al ver morir á su esposo, sucediéndose una á otra convulsion.

El lunes y martes llegaban á Lucerna su hermano el conde de Caserta, el archiduque Reniero y la archiduquesa María de Austria, sus tíos, que lo amaban como hijo, y el conde de San Martino, enviado por su soberano el rey de las Dos Sicilias, que á la primer noticia de la catástrofe partió de Munich, pero cuya emoción le hizo caer malo en Zurich, quedando al lado suyo para cuidarlo y evitar una nueva desgracia su hermano menor el conde de Bari.

A las cinco de la tarde del miércoles tuvo lugar la conducción del cadáver desde la casa mortuoria á la catedral, siguiendo el carro fúnebre el conde de Caserta, hermano de Girgenti; los archiduques Reniero y Enrique; otros príncipes y personajes de paso en Lucerna; el conde de San Martino, representante de Francisco II; los gentiles-hombres y ayudantes del príncipe; el general Schamacher, el baron de Saemberg; el coronel Pfyffer, antiguos oficiales suizos al servicio de las Dos Sicilias, el Nuncio y todo el clero católico de Lucerna.

El jueves á las ocho de la mañana, y en la misma iglesia catedral, tuvieron lugar las exequias, celebrando el Nuncio y asistiendo la infeliz infanta sostenida por la archiduquesa María, el conde de Caserta y el joven duque de Parma, casado con una princesa de Nápoles, y que había acudido presuroso desde Niza al saber esta horrible catástrofe que tanta sensación ha producido en Europa.

Todo Lucerna estaba en el templo, pues todo el pueblo amaba á príncipes tan virtuosos y caritativos. El cadáver desde la catedral fué trasladado al monasterio de María Hiff, en donde queda por ahora depositado. Cuantiosas y espléndidas limosnas se han repartido por orden de la augusta esposa, viuda á los veinte años, á los pobres, establecimientos de beneficencia y monasterios de Lucerna, diciéndose un sinnúmero de misas en todas las iglesias por el descanso del infeliz infante.

La infanta, acompañada de la archiduquesa María, del archiduque Reniero, partió en seguida de Lucerna en direccion de Zurich, donde la esperaban sus hermanos los reyes de las Dos-Sicilias, los condes de Caserta y de Bari y el duque de Parma, llegando despues todos juntos ayer á esta capital de Baviera.

Dejo para mi carta de mañana, pues el correo parte dentro de minutos, decirles lo que ha hecho esta familia real y el pueblo de Munich por la reina Isabel, el príncipe Alfonso y la infanta condesa de Girgenti; limitándome á añadir que el testamento del príncipe prueba la terrible resolución que sus padecimientos le habían inspirado hace tiempo. Deja intacta y acrecida la fortuna de su amada esposa, y de sus gananciales ricos legados de diez mil duros á sus ayudantes y memorias á sus hermanos. La espada que llevó en Alcolea la destina á la reina Isabel para el príncipe Alfonso.

Este sale para el colegio de María Teresa de Austria en compañía de un archiduque, de un general y del caballero de O'Ryan, y la reina y la infanta para París el 6 del actual.»

TOC... TOC... TOC.

ESTUDIO POR IVAN TOURGUENEFF.

I.

.... Nos sentamos formando círculo, y nuestro amigo Alejandro Vassilievitch Riedel, aleman de nombre, pero ruso de nacion, comenzó así:

Voy á contaros una historia de lo que me sucedió en 1830... hace cuarenta años, como veis. No me interrumpais y seré breve.

Vivia yo entonces en San Petersburgo, y hacia poco que había salido de la Universidad. Mi hermano era abanderado en la artillería montada de la guardia, hallándose acampada su batería en Krasnoé-Sélo.

Esto ocurría en verano. Mi hermano no vivía en el mismo Krasnoé-Sélo, sino en una aldea de las inmediaciones, á donde yo iba con frecuencia á verle.

Allí hice conocimiento con algunos de sus camaradas.

Habitaba una cabaña bastante arreglada, en compañía de otro oficial de su batería llamado Elías Stépanitch Téglew, y al que yo trataba con más intimidad que á los otros.

Marlinsky ha envejecido, nadie le lee ya, pero en esa época hacia mucho ruido, y el mismo Pouchkine, bajo el punto de vista de la juventud de entonces, no podía entrar en comparación con él.

No solo se le miraba como el primero de los escritores rusos, sino que había llegado á imprimir en cierto modo su propio carácter á la generación contemporánea, lo cual es más raro y más difícil. A cada paso se tropezaba con héroes á la Marlinsky, sobre todo en provincia, y particularmente en el ejército, y más particularmente aún en la artillería. Hablaban y corres, ponían en su lengua, se mostraban sombríos reservados, «con la borrasca en el alma y el fuego en la sangre, como Bóiozor, el teniente de la fragata *Nadejda*.» *Devoraban* los corazones de las mujeres. A ellos se dirigía la denominación de *fatal*.

Este tipo se ha conservado, como sabeis, hasta la época de Petchorine. ¡Cuántas cosas se observan en este tipo! El byronismo, el romanticismo, los recuerdos de la revolucion francesa, los decembristas y la adoración á Napoleón; la fe en el destino, en la estrella, en la fuerza del carácter, del aspecto y de la frase; la agonía del vacío; las inquietas fluctuaciones de un amor propio rígido, á la vez que la audacia y la fuerza en acción; las generosas tendencias y una educación tosca y grosera; gustos aristocráticos, y frivolidades de petimetre.... Pero he prometido un relato, y ya he filosofado mucho.

II.

El subteniente Téglew pertenecía á ese grupo de personajes *fatales*, aun cuando su exterior no fuese de esos bajo los cuales se representa á dicha especie de héroes. No se parecía nada al fatalista de Lermonow, por ejemplo.

Era hombre de mediana estatura, pero muy vigoroso y algo cargado de espaldas, rubio, y con las cejas casi blancas; su rostro era fresco y redondo, sonrosadas sus mejillas, la nariz un poco levantada, la frente ancha y baja, los labios gruesos, bien trazados y constantemente inmóviles. Ni aun sonreía siquiera. Solamente cuando se fatigaba mucho y trataba de tomar aliento, dejaba ver dos filas de dientes blancos y regulares. La misma artificial inmovilidad reinaba en todas sus facciones, sin la cual hubiesen ofrecido un aspecto de benevolencia.

La única parte de su rostro que no fuese completamente vulgar, eran los ojos, de verdes pupilas y pestañas amarillas. El ojo derecho parecía colocado más alto que el izquierdo, cuya pupila medio cerrada daba á su mirada un aire de desigualdad y somnolencia. La fisonomía de Téglew, que no carecía, sin embargo, de cierto atractivo, ofrecía siempre retratado el descontento mezclado á la perplejidad, como si persiguiese, sin alcanzarle, algun pensamiento triste. Todo ello no le daba aspecto de altanería, sino más bien de un hombre secretamente ofendido. Hablaba poco y con ronca voz, tartamudeando y repitiendo las palabras sin necesidad. Jamás empleaba las extrañas expresiones propias de los *fatales*, como no fuera en sus cartas, cuyas letras parecían de niño. Sus jefes le miraban como un oficial que valía poco, y no muy celoso del servicio.

Respecto á los soldados era lo mismo, ni carne ni pescado. Vivía modestamente, segun su posición. A la edad de nueve años quedó huérfano; sus padres se ahogaron al atravesar el río Oka, durante las crecidas de primavera. Educado en un colegio particular, se contaba entre los discípulos más lentos para compren-

der, pero tambien más píficos. A causa de sus gustos, y por recomendación de un pariente suyo que gozaba de influencia, entró de cadete en la artillería, y sufrió con gran trabajo sus exámenes para obtener el grado de subteniente. Sus relaciones con los otros oficiales eran tirantes; no le ahabían ni frecuentaban su casa, pero él tampoco les buscaba. La presencia de extraños le disgustaba. No tuteaba á nadie; en una palabra, no tenía camaradas: sin embargo, le respetaban, no á causa de su carácter, de su espíritu ó de su educación, sino por que le creían personaje «fatal.»

Ninguno de sus compañeros decía: «Téglew se distingue, hará carrera,» pero que estuviese destinado á hacer, más ó menos pronto algo extraordinario, ó bien que el mejor día se manifestase en él un Napoleón, no era cosa que parecía imposible á ninguno, por que en estas cosas «la estrella» es la que obra, y Téglew era un hombre predestinado. Hay, según un proverbio ruso, «hombres de suspiros y de lágrimas.»

III.

Dos circunstancias que remontaban al comienzo de su servicio, contribuyeron eficazmente á establecer su reputación de hombre fatal. El mismo día de su promoción, hacia la mitad de Marzo, se presentó de gran uniforme por el muelle del Neva, en compañía de algunos oficiales, como él promovidos entonces. Aquí el año, la primavera se había adelantado mucho; el hielo del río se había derretido en muchos puntos; los grandes témpanos se habían corrido; pero una delgada capa cubría la superficie. Los jóvenes charlaban y reían, cuando de repente se detiene uno de ellos; había percibido á veinte pasos de la orilla, sobre el hielo que se movía lentamente, un perrillo que temblaba y no cesaba de lanzar lastimeros aullidos. Está perdido, murmuró entre dientes el oficial. El perro, arrastrado poco á poco, llegó cerca de una rampa que llegaba al nivel del agua. De repente Téglew descendió la rampa sin pronunciar palabra, y se lanza sobre la delgada capa de hielo. Hundióse y levantándose llegó hasta el perro, y cogiéndole por el cuello, le puso sano y salvo sobre el terreno. El peligro corrido por Téglew fué grande y su acción tan inesperada, que sus compañeros quedaron petrificados, y no recordaron el uso de la palabra, sino cuando llamó al cochero para dirigirse á su casa, pues su uniforme estaba completamente mojado. En respuesta á sus exclamaciones, dijo Téglew, con aire de indiferencia, que nadie deja de seguir su destino, é hizo señal al cochero de partir.

—Llévate el perro como recuerdo; le gritó uno de los oficiales.

Téglew hizo un ademán de indiferencia, y sus camaradas se miraron con muda extrañeza.

La otra circunstancia se presentó algunos días después en una partida de juego, en casa del comandante de su batería. Téglew se hallaba sentado en un rincón, sin tomar parte en el juego.

—¡Ah! Si como en la Sota de Espadas de Pouschkin, me hubiese dicho una vieja qué cartas debían ganar!» exclamó un teniente perdiendo su tercer millar de puntos.

Téglew se aproximó silenciosamente á la mesa, tomó la baraja, cortó y dijo:

—Seis de oros, la devolví.

El seis de oros estaba en puerta.

—As de bastos, añadió; cortó segunda vez, y apareció en puerta el as de bastos.

—Rey de oros, murmuró con voz irritada.

Por tercera vez había adivinado. Se ruborizó espantadamente. Sin duda él mismo no esperaba tanto.

—¡Excelente golpe! Repetido, le dijo el comandante.

—No me ocupo de golpes de juego, respondió secamente Téglew, y pasó á otra habitación.

No puedo explicarme cómo había adivinado las cartas; pero yo lo ví con mis propios ojos. Tras él, la mayor parte de los jugadores, trataron de repetir la suerte, sin que ninguno lo consiguiera. Algunos pudieron acertar una, más no dos seguidas.

La circunstancia mencionada confirmó más aun su reputación de hombre fatal y misterioso.

IV.

Bien se comprende que Téglew se aferró desde luego, á esta reputación que le daba una importancia propia y un colorido particular; lo cual supuesto su espíritu poco cultivado, sus escasos conocimientos y su enorme amor propio, le era muy satisfactorio. Merecer tal fama hubiera sido muy difícil; sostenerla era muy sencillo. No tenía que hacer más que callar y aislarse.

Pero no fué la causa de esta reputación por lo que simpatizó con Téglew, y aun llegué á amarle; sino por que yo mismo era medianamente salvaje, y hallaba en él un semejante; y además por que en el fondo era bueno y de sencillo corazón.

Me inspiraba un sentimiento parecido á la compasión. Aparte de esta reputación fatal que se había formado por casualidad, yo creía que pesaba sobre él un destino trágico que Téglew no presentaba. Naturalmente, no le dí á conocer esta creencia; puede haber peor ofensa para un hombre fatal? Téglew, por su parte, sentía inclinación hacia mí; en presencia mía estaba á sus anchas; charlaba y se decidía á bajar del extraño pedestal en que le había colocado, más que su propio empeño, el de los otros. Atormentado por un amor propio enfermizo, él probablemente se confesaría á sí mismo, que en nada lo justificaba; y que los otros le miraban

quizá desde muy lejos; mientras que yo, muchacho de diez y nueve años, no le molestaba.

El miedo de decir algo vulgar ó inoportuno, no oprimía su corazón delante de mí, ni le mantenía constantemente en guardia. A veces hablaba hasta por los codos, y entonces decía que solo yo comprendía su pensamiento. Si hubiese hablado así delante de los otros, su reputación no hubiera durado mucho.

No solamente era poco instruido, sino que apenas leía nada, concretándose á aprender las anécdotas é historietas corrientes. Creía en los presentimientos, en las predicciones, en los augurios, en los encuentros, en los días fastos y nefastos, en la persecución y en la protección del destino. Creía tambien en ciertos años climáticos; de que alguno había hablado á su presencia; pero sin comprender lo que significara esta palabra.

Los verdaderos hombres fatales no se consideraban obligados á profesar semejantes creencias, sino á inspirarlas á los demás. Por este lado, yo solo conocía á Téglew.

V.

Recuerdo que un día, precisamente el de San Elías, fui á ver á mi hermano, y no le encontré. Se le había enviado á no sé qué parte por toda la semana para asunto del servicio. No sintiéndome con ganas de volver á Petersburgo, comencé á vagar, con mi fusil al hombro, por entre los pantanos de las inmediaciones, y maté un par de chochas. El resto de la noche lo pasé con Téglew, bajo el cobertizo de una granja, donde había establecido, según él decía, su residencia de verano. Charlamos á derecha é izquierda, tomando café y fumando nuestras pipas, y hablando, unas veces con el propietario, Finés ruficado, y otras con un vendedor ambulante que rondaba por la batería, ofreciendo sus naranjas y limones. Este hombre amable y jocoso, poseía, entre otros talentos, el de tocar la guitarra. Nos contó un amor desgraciado que habia sentido por la hija de un empleado en la policía. En una edad ya avanzada, este D. Juan con camisa roja, no habia experimentado otra pasión desventurada.

Ante la puerta de la hacienda se extendía una ancha llanura que iba descendiendo poco á poco. Un riachuelo de profundo cauce brillaba á trozos; más lejos, el horizonte aparecía cortado por una estrecha faja de selva. Se acercaba la noche; estábamos solos. Con la noche, la tierra se envolvió de un ligero y húmedo vapor que, extendiéndose cada vez más, concluyó por convertirse en espesa niebla. La luna se elevó, y toda la niebla fué penetrada y como dorada por sus resplandores. Parecía que todo habia cambiado de lugar; que todo se habia confundido y mezclado de una manera extraña; lo que estaba lejos, parecia hallarse próximo; lo que estaba próximo aparecía lejano; lo grande se convertía en pequeño, y lo pequeño en grande. Todos los objetos se manifestaban á la vez en claridad y en confusión. Nos hallábamos, en una palabra, trasportados á un reino de cuento de hadas; al reino de los blancos y los dorados celajes; del silencio profundo, del sueño ligero... Y como brillaban misteriosamente allí en lo alto las estrellas con sus chispas de plata, á través del gran velo blanco!

Callábamos los dos. El aspecto fantástico de esta noche, inflaba sobre nosotros y nos predisponía á lo maravilloso.

VI.

Tomó la palabra Téglew, y con todas las vacilaciones, interrupciones y repeticiones de costumbre, habló de presentimientos y de fantasmas.

—En una noche como esta, dijo, un estudiante amigo mio, que hacia poco habia entrado como ayo de dos huérfanas y habitaba con ellas en un pabellon del jardín, vió una figura de mujer inclinada sobre su lecho. Al día siguiente reconoció á la misma figura en un retrato en que no habia reparado hasta entonces: el de la madre de las niñas.

Contóme luego que pocos dias antes de morir, sus padres creían oír constantemente ruido de agua; que su tío se salvó de la muerte en la batalla de Borodino por una circunstancia insignificante. Se habia bajado para recoger una piedrecilla gris, y una bala de cañon que pasó en aquel instante, se llevó su plumero negro. Téglew me prometió enseñarme la salvadora piedrecilla, que conservaba en un medallon. Me habló luego de la mision de todo hombre, y de la suya en particular, en la cual siempre habia tenido fe, y que si alguna vez vacilaba en ella, sabria huir la duda quitándose la vida, por que entonces la vida careceria de interés para él.

—¡Suponeis quizás, dijo mirándome con el rabo del ojo, que no tendré valor para ello? No me conocéis entonces; tengo una voluntad de hierro.

—Bella expresion, dije para mis adentros. Téglew quedó pensativo, suspiró profundamente, y dejando á un lado la pipa, me declaró que el día presente, que era el de su nacimiento, tenia una gran importancia para él. Es para mí, dijo, un día muy pesado.

Nada respondí, contentándome con mirarle sentado delante de mí, inclinada la cabeza, meditando y preocupado, con la mirada velada, soñadora y dirigida á la tierra.

—Hoy, continuó, una vieja mendiga (Téglew nunca dejaba pasar á un pobre sin darle limosna), me ha dicho que rezaría por mi alma; ¿no es extraño?

Hay gentes á quienes gusta ocuparse constantemente de sí mismas, pensaba yo. Debo, sin embargo, añadir que las últimas palabras de Téglew iban acompañadas de una extraña ex-

presion de inquietud y turbación. No sea la melancolía fatal; algo le atormentaba y le acongojaba, llamájomla la expresion de abatimiento que se advertía en su rostro. Parecia que nacían ya esas dudas que antes me habia dicho. Sus camaradas me habian hablado poco antes de un proyecto que habia presentado á sus jefes sobre reforma de la artillería, y que le habian devuelto con una severa reprimenda. Conociendo su carácter, no dudaba yo que el desden de sus jefes, le habria herido profundamente, pero lo que yo creia ver en Téglew era cosa más íntima, con algo de personal.

—Está húmeda la noche, dijo de repente moviendo los hombros; entremos en la cabaña, que ya es hora de dormir.

En él era costumbre mover así los hombros y volver la cabeza á uno y otro lado, llevando la mano á su cuello como un hombre á quien oprime el corbata. El carácter todo de Téglew lo expresaba este movimiento inquieto y nervioso. Estaba violento en este mundo.

Entramos en la cabaña, acostándonos, él en el ángulo de las imágenes, y yo en el opuesto, sobre un banco, en el cual puse un poco de paja.

VII.

Téglew se agitó largo rato en su lecho, y yo no pude dormirle. ¡Habian excitado mis nervios sus relatos y la noche me habia irritado la sangre! ¡Ignoro por qué, pero meera imposible dormir. Hasta el deseo de conseguirlo concluyó por desaparecer, y quedé con los ojos abiertos, el espíritu en tension, persiguiendo los pensamientos más incoherentes, como siempre sucede en las horas de insomnio. En una de las vueltas que di sobre mi lecho, estendí el brazo y toqué con el dedo uno de los postes que formaban la pared, lo que produjo un sonido débil pero vibrante y prolongado. Habia tocado, sin duda, en un punto hueco.

Volví á tocar, pero esta vez voluntariamente. El mismo sonido se produjo. Toqué de nuevo, y el espíritu levantó bruscamente la cabeza.

—¡Ríedel, exclamó, ¿ois? llaman á la ventana. Hice como que dormia. Se me habia puesto en la cabeza, ya que no podia dormir, burlarme de mi fatal compañero.

Recosté la cabeza sobre la almohada. Esperé un momento y di tres golpes en el mismo sitio que antes.

Téglew volvió á levantar la cabeza y aplicó el oido.

Toqué otra vez. Me habia acostado de manera que vieses mi cara, pero no las manos que alargaba bajo la tapa.

—¡Ríedel! exclamó Téglew.

No respondí.

—¡Ríedel! repitió más alto. ¡Ríedel!

—¡Qué! ¿Qué hay? respondí con el tono de un hombre que se despierta.

—¿No oís? Alguien llama á la ventana. ¿Es aquí donde quieren entrar?

—Alguien que pasa, balbuceé.

—Hay que hacerle entrar, ó saber lo que es. No respondí nada y continué fingiendo que dormia.

Trascurrieron algunos minutos, y emprendí nuevamente mi juego.

—Toc... Toc... Toc...

Téglew se sentó inmediatamente sobre el lecho, y prestó atención.

—¡Toc... Toc... Toc!... ¡Toc... Toc... Toc!...

A través de mis pupilas entreabiertas y gracias al resplandor blanquecino de la noche pude seguir perfectamente todos sus movimientos. Tan pronto se volvia hacia la ventana como hacia la puerta. Era difícil, en efecto, saber de dónde partía el ruido. Podia decirse que volaba por el cuarto rozando las paredes. Habia dado por casualidad en un foto acústico.

—¡Toc... Toc... Toc!...

—¡Ríedel! exclamó al fin, ¡Ríedel! ¡Ríedel!

—Pero ¿qué hay? dijo bostezando.

—¿No habeis oido nada? Alguien llama.

—¡Bueno, dejadle llamar! Fingí entonces que me dormia otra vez y que roncaba.

Calmése Téglew.

—¡Toc... Toc... Toc!...

Téglew se arrojó de su lecho, abrió la ventana é inclinándose hacia fuera exclamó con ronca voz:

—¿Quién es? ¿Quién llama? Abrió despues la puerta y repitió su pregunta. Relinchó á lo lejos un caballo, y todo quedó en calma.

—¡Toc... Toc... Toc!...

(Continuará).

POESÍAS ALEMANAS.

Cantares.

(DE ENRIQUE HEINE.)

I.

Tienes diamantes y perlas,
cuanto al hombre inspira afán;
y tienes tus lindos ojos...
—Mi vida, ¿qué quieres más?

He compuesto más cantares
que perlas encierra el mar
sobre tus ojos tan lindos...
—Mi vida, ¿qué quieres más?

Y con esos lindos ojos
me has hecho tan hondo mal,
que ya perdido me tienes...
—Mi vida, ¿qué quieres más?

II.

¡Cuánto me han hecho llorar,
y sufrir, y padecer,

las unas con sus amores,
las otras con su desden!
El pan me han empozoñado;
el agua que iba á beber:
las unas con sus amores,
las otras con su desden.

Pero más que ninguna otra,
una me hizo padecer;
y esa ni me odió jamás,
ni jamás me quiso bien.

III.

De tus azules ojos las violetas,
de tus mejillas las purpúreas rosas,
los blancos licios de tus manos breves
florecen sin cesar. ¡Atroz delito!
¡Tu corazón tan solo está marchito!

IV.

Las gentes al separarse
tristes las manos se dan;
tristes á llorar empiezan,
y sollozan sin cesar.

Mas nosotros no lloramos,
ni aun exhalamos un ¡ay!
¡Las lágrimas y sollozos
dimos separados ya!

V.

Ambos á dos se querían
sin quererlo confesar;
se miraban con ojos,
y entonces se amaban más.

Se separaron por fin;
solo víanse al soñar;
habian muerto los dos
y lo ignoraban quizá.

VI.

Cubre tu tersa megilla
el sol del ardiente estío,
y el invierno, yerto y frío,
embarga tu corazón.

En breve habrá en tí mudanza;
saldrá á tu rostro, bien mio,
el invierno, y el estío
arderá en tu corazón.

VII.

Sobre árida altura un pino
en el Norte se adormece,
cubiertas sus verdes ramas
de copos de blanca nieve.

Sueña con una palmera
que, lejos en el Oriente,
solitaria y muda llora
entre peñascos ardientes.

VIII.

Centelleando se extendía
el mar al anochecer;
en su onda se iba á esconder
el postrer rayo del día.

Estaba con ella á solas
y callábamos los dos;
el ave marina en pól
iba de las gruesas olas.

Negra la nube cubría
el cielo de su color,
y una lágrima de amor
de sus párpados pendía.

La ví caer en su mano
y de hinojos me postré;
y con un beso quité
la lágrima de su mano. (1)

Desde aquel día la calma,
de mi vida se apartó;
y es que ella me envenenó
con sus lágrimas el alma.

IX.

Ven, pescadora, acerca tu barquilla
suelta el timon que hacia la playa va
de amor ardiendo, en la risueña orilla
tu amante fiel está.

Reposa en este pecho tu cabeza;
no temas, pescadora, mi pasión:
la que se entrega al mar en su fiereza,
¿huirá mi corazón?

Mi corazón al hondo mar figura;
agitante marea y huracan,
y bellas perlas en su arena oscura
escondidas están.

X.

Cándida, pura y bella
eres como una flor;
te miro, y de amargura
reboza el corazón.

Las manos en tu frente
cruzo, rogando á Dios
que siempre así te guarde,
pura como una flor.

JAIME CLARK

Madrid, Noviembre de 1871.

(1) La repetición de esta palabra para formar consonante, está conforme con el original. (N. del T.)

SECCION DE ANUNCIOS.

Vin de Bugeaud

TONI-NUTRITIF

au Quinquina et au Cacao combinés

43, rue Réaumur
27 et 29, rue Palestro

Chez J. LEBEAULT, pharmacien, à Paris

43, rue Réaumur
27 et 29, rue Palestro

Los facultativos lo recomiendan con éxito en las enfermedades que dependen de la pobreza de la sangre, en las neurosis de todas clases, las flores blancas, la diarrea crónica, pérdidas seminales involuntarias, las hemorragias pasivas, las escrófulas, las afecciones escorbúticas, el período adinámico de las calenturas tifoideas, etc. Finalmente conviene de un modo muy particularmente especial á los convalecientes, á los niños débiles, á las mugeres delicadas, et á las personas de edad debilitadas por los años y los padecimientos. La Union medical, la Gaceta de los Hospitales, la Abeja medica, las Sociedades de medicina, han constatado la superioridad del presente remedio sobre los demas tónicos.

Depositos en La Habana: SARRA y C^a; — En Buenos-Ayres: A. DEMARCHI y HERMANOS, y en las principales farmacias de las Americas.



Los MALES DE ESTOMAGO, GASTRITIS, GASTRALGIA y las IRRITACIONES de los INTESTINOS

Son curados por el uso del **RACAHOUT DE LOS ARABES** de DELANGRENIER, rue Richelieu, 26, en Paris. — Este agradable alimento, que está aprobado por la Academia imperial de Medicina de Francia y por todos los Médicos mas ilustres de Paris, forma un almuerzo tan digestivo como reparador. — Fortifica el estómago y los intestinos, y por sus propiedades analépticas, preserva de las fiebres amarilla y tifoidea y de las enfermedades epidémicas. — Desconfiese de las Falsificaciones. — Depósito en las principales Farmacias de las Americas.

INOFENSIVOS de esquisito perfume en instantáneamente al cabello y a su color primitivo, por una simple aplicación, grasar ni lavar, sin manchar la cara, y sin causar medades de ojos ni Jaquacas.

TEINTURES DU DOCTEUR CALLMANN
QUIMICO, FARMACÉUTICO DE 1^a CLASSE, LAUREADO DE LOS HOSPITALES DE PARIS
12, rue de l'Echiquier, Paris.

Desde el descubrimiento de estos tintos perfectos, se abandonan esos tintos débiles ELABORADOS AGUAS, que exigen operaciones repetidas y que mojan demasiado la cabeza. — Oscuro, castaño, castaño claro, 8 frs. — Negro rubio, 10 frs. — Dr. CALLMANN, 12, rue de l'Echiquier, PARIS. — LA HABANA, SARRA y C^a.

IRRIGADOR

Invencion del Doctor ÉGUISIER.



Los irrigadores que llevan la estampa DRAPIER & FILS, son los únicos que nada dejan que desear. Estos instrumentos reconocidos como superiores y de perfeccion acabada, ninguna relacion tienen con los numerosas imitaciones espereadas en el comercio.

Precio: 14 & 32 fr. segun el tamaño

DRAPIER & FILS, 41, rue de Rivoli, y 7, boulevard Sébastopol, en Paris.

BRAGUERO CON MODERADO

Nueva Invencion, con privilegio s. g. d. g.

PARA EL TRATAMIENTO Y LA CURACION DE LAS HERNIAS.

Estos nuevos Aparatos, de superioridad incontestable, reunen todas las perfecciones del ARTE HERNIARIO; ofrecen una fuerza que uno mismo modera á su gusto. Todas las pelotillas son elen interior de cautchú maleable; no tienen accion ninguna irritante y no perforan el anillo.

Se encuentran en nuestros almacenes toda especie de Bragueros y Suspensorios.

Medalla á la Sociedad de las Ciencias Industriales de Paris.

NO MAS CANAS MELANOGENA

TINTURA SOBRE ALIENIE DE DICQUEMARE sin DE SUAV

Para teñir en un minuto, en todos los matices, los cabellos y la barba, sin peligro para la piel y sin ningun olor.

Esta tintura es superior á todas las usadas hasta el día de hoy.

Fabrica en Ruan, rue Saint-Nicolas, 59.
Depósito en casa de los principales perfumadores y perfumadores del mundo.
Casa en Paris, rue St-Honoré, 297.

VERDADERO LE ROY

EN LIQUIDO ó PILDORAS

Del Doctor SIGNORET, único Sucesor, 51, rue de Seine, PARIS

Los médicos mas célebres reconocen hoy día la superioridad de los evacuativos sobre todos los demas medios que se han empleado para la

CURACION DE LAS ENFERMEDADES

ocasionadas por la alteracion de los humores. Los evacuativos de LE ROY son los mas infalibles y mas eficaces: curan con toda seguridad sin producir jamas malas consecuencias. Se toman con la mayor facilidad, dosados generalmente para los adultos á una ó dos cucharadas ó á 2 ó 4 Pildoras durante cuatro ó cinco dias seguidos. Nuestros frascos van acompañados siempre de una instruccion indicando el tratamiento que debe seguirse. Recomendamos leerla con toda atencion y que se exija el verdadero Le Roy. En los tapones de los frascos hay el sello imperial de Francia y la firma.

Signoret
DOCTEUR-MÉDECIN
ET PHARMACIEN

ROB BOYVEAU LAFFECTEUR

AUTORIZADO EN FRANCIA, EN AUSTRIA, EN BELGICA Y EN RUSSIA.

Los médicos de los hospitales recomiendan el ROB VEGETAL BOYVEAU LAFFECTEUR, aprobado por la Real Sociedad de Medicina, y garantizado con la firma del doctor Giraudou de Saint-Gervais, médico de la Facultad de Paris. Este remedio, de muy buen gusto y muy fácil de tomar, con el mayor sigilo, se emplea en la marim real hace más de sesenta años, y cura en poco tiempo, con pocos gastos y sin temor de recaídas, todas las enfermedades sífilíticas nuevas, inveteradas ó rebeldes al mercurio y otros remedios, así como los empujes y las enfermedades cutáneas. El Rob sirve para curar: Hérpes; abcesos; gota, marasmo, catarros de la vejiga, palidez, tumores blancos, asmas nerviosas, úlceras, sarna degenerada, reumatismo, hipcondrias, hidropesía; mal de piedra, sífilis, gastro-enteritis, escrófulas, escorbuto. Depósito, botellas y prospectos, gratis en casa de los principales boticarios.

Depósito general en la casa del Doctor Giraudou de Saint-Gervais, 12, calle Richer, PARIS. — Depósito en todas las boticas. — Desconfiese de las falsificaciones, vézljase la firma que visio la tapa, y lleva la firma Giraudou de Saint-Gervais.

PEPSINE BOUDAULT

EXPOSICION UNIVERSAL DE 1867
la medalla unica para la pepsina pura ha sido otorgada
A NUESTRA PEPSINA BOUDAULT
la sola aconsejada por el Dr. CORVISART médico del Emperador Napoleon III
y la sola empleada en los HOSPITALES DE PARIS, con éxito infalible en Elixir, Vino, Jarabe BOUDAULT y polvos (Frascos de una onza), en las
Gastritis Gastralgias Agruras Nauseas Eructos
Opresion Pituitas Gases Jaquaca Diarreas
y los vómitos de las mugeres embarazadas
PARIS, EN CASA de HOTTOT, SUCOR, 24 RUE DES LOMBARDS.
DESCONFIESE DE LAS FALSIFICACIONES DE LA VERDADERA PEPSINA BOUDAULT

NICASIO EZQUERRA.

ESTABLECIDO CON LIBRERIA MERCERIA Y ÚTILES DE ESCRITORIO

en Valparaiso, Santiago y Copiapó, los tres puntos mas importantes de la república de Chile. admite toda clase de consignaciones, bien sea en los ramificados indicados ó en cualquiera otro que se le confie bajo condiciones equitativas para el remite.

Nota. La correspondencia debe dirigirse á Nicasio Ezquer, Valparaiso (Chile.)

JARABE DE LABELONYE

Farmacoutico de 1^a classe de la Facultad de Paris.

Este Jarabe este empleado, hace más de 30 años, por los mas célebres médicos de todos los países, para curar las enfermedades del corazon y las diversas hidropesias. También se emplea con feliz éxito para la curacion de las palpitaciones y opresiones nerviosas, del asma, de los catarros crónicos, bronquitis, tos convulsiva, espantos de sangre, extincion de voz, etc.

Deposito general en casa de LABELONYE y C^a, calle d'Aboukir, 99, plaza del Cairo.

Depósitos: en Habana, Leriverend; Reyes; Fernandez y C^a; Sara y C^a; — en Méjico, E. van Wingaert y C^a; Santa María Da; — en Panama, Kratochwill; — en Caracas, Sturup y C^a; Braun y C^a; — en Cartagena, J. Veloz; — en Montevideo, Ventura Garaycochea; Lascas; — en Buenos-Ayres, Demarchi hermanos; — en Santiago y Valparaiso, Mongiardini; — en Callao, Botica central; — en Lima, Dupeyron y C^a; — en Guayaquil, Gault; Calve y C^a; y en las principales farmacias de la America y de las Filipinas.

GRAGEAS DE GÉLIS Y CONTÉ

Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

Resulta de dos informes dirigidos á dicha Academia el año 1840, y hace poco tiempo, que las Grageas de Gélis y Conté, son el mas grato y mejor ferruginoso para la curacion de la clorosis (colores pálidos); las pérdidas blancas; las debilidades de temperamento, en ambos sexos; para facilitar la menstruacion, sobre todo á las jóvenes, etc.



PILDORAS DEHAUT

Esta nueva combinación, fundada sobre principios no conocidos por los médicos antiguos...

PASTA Y JARABE DE NAFÉ DE DELANGRENIER

Los únicos pectorales aprobados por los profesores de la Facultad de Medicina de Francia...

RACAHOUT DE LOS ARABES DE DELANGRENIER

Único alimento aprobado por la Academia de Medicina de Francia. Restablece a las personas enfermas del Estómago...

EXPRESO ISLA DE CUBA

Remite a la Península por los vapores-correos toda clase de efectos y se hace cargo de agenciar en la corte...

EL UNIVERSAL

PRECIOS DE SUSCRICION. Madrid, un mes, 8 reales. Provincias, un trimestre, 30 »

EL TARTUFO, COMEDIA EN TRES ACTOS.

Se vende en Madrid, en la librería de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

CATECISMO DE LA RELIGION NATURAL

D. JUAN ALONSO Y EGUILAZ, REDACTOR DE «EL UNIVERSAL»

Este folleto encierra en una forma clara, metódica y compendiosa, el resumen sustancial de los principios de la religion natural...

VAPORES-CORREOS DE A. LOPEZ Y COMPANIA.

Table with columns for Linea Transatlantica, Linea del Mediterraneo, and Tarifa de Pasajes. Includes rates for Puerto-Rico, Habana, and various European ports.

Detailed table of Tarifa de Pasajes for Linea del Mediterraneo, showing rates for Barcelona, Valencia, Alicante, Málaga, and Cádiz.

TENEDURIA DE LIBROS.

POR D. EMILIO GALLUR.

Nueva edicion refundida con notables aumentos en la teoria y en la practica.

Obra recomendada por la Sociedad Económica de Amigos del país de Alicante, y de grande aceptación por el comercio en España y América.



CORS CALLOS

Manetas, Callosidades, Ojos de Pollo, Uneros, etc., en 30 minutos se desbarata uno de ellos con las LIMAS AMERICANAS...

ENFERMEDADES DEL PECHO

CLOROSIS, ANEMIA, OPILACION

Alivio pronto y efectivo por medio de los Jarabes de hipofosfito de sosa, de cal y de hierro del Doctor Churchill.

FLOWERS DE DEVON - El perfume mas delicioso para el tocador y la toilette, mas dulce, suave y duradero que ninguno otro.

OBRAS DE TEXTO

POR SALVADOR Y AZNAR.

TENEDURIA DE LIBROS POR PARTIDA DOBLE. - Nueva edicion, aplicada a las contabilidades mercantiles, industriales, de la propiedad, la guerra del Estado y de las Prácticas de CONTABILIDAD MERCANTIL...

CORRESPONSALES DE LA AMÉRICA EN ULTRAMAR Y DEMAS CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

Large table listing correspondents for various regions: ISLA DE CUBA, FILIPINAS, CENTRO AMÉRICA, BOLIVIA, BRASIL, PARAGUAY, URUGUAY, GUYANA INGLESA, TRINIDAD, ESTADOS UNIDOS, and EXTRANJERO.

CONDICIONES DE LA PUBLICACION.

POLITICA, ADMINISTRACION, COMERCIO, ARTES, CIENCIAS, INDUSTRIA, LITERATURA, etc.—Este periódico, que se publica en Madrid los dias 13 y 28 de cada mes, hace dos numerosas ediciones...